

VOLUMEN
49

José Antonio **Ramos Sucre**

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Alba Rosa Hernández Bossio



EL NACIONAL

BANCARIBE 

Alba Rosa Hernández Bossio

Nació en Ciudad Bolívar y desde los cinco años ha vivido en Caracas. En 1963 se graduó en Letras en la Universidad Central de Venezuela donde recibió también el Diploma en Latín Superior. Cursó la Especialización en Filología Clásica de la Universidad de Florencia, Italia, entre 1967 y 1969. Y en la Universidad Simón Bolívar se recibió de Magister en Literatura Latinoamericana Contemporánea, en 1985.

Es profesora titular del Departamento de Lengua y Literatura de la Universidad Simón Bolívar, desde su fundación en 1969 hasta 2000 cuando se jubiló. Ha sido coautora en antologías como *Bolívar en la poesía hispanoamericana*, U.S.B., I.D.E.A., 1984, y *Antología de la poesía hispanoamericana moderna*, I, II, Monte Ávila Editores, 1993. Sus relatos han sido publicados en la Revista Nacional de Cultura, *Imagen* y *El Nacional*. Ganó la mención de honor en el IV Concurso de Cuentos de la Universidad Santa María, con "Celebración".

Sobre José Antonio Ramos Sucre ha publicado los ensayos: "El qué, retórica de una negación", "Residuo, último poema" en *Oriente* N° 10, 1981; "La preposición según José Antonio Ramos Sucre", en *Últimas Noticias*, 10 de junio de 1990; "Entrevisión de José Antonio Ramos Sucre", en *Imagen*, septiembre de 1990; "La casa del olvido", en *Bajo el techo del origen*, Fundalibro, 1993; "Ramos Sucre tras el año 2000", *Revista Shell*, 2ª. Etapa, 1998. Y los libros: *Ramos Sucre, la voz de la retórica*, Caracas, Colección Estudios, Monte Ávila, 1990; *José Antonio Ramos Sucre, Obra Completa*, Edición crítica, coordinada por Alba Rosa Hernández Bossio, Barcelona, España, Colección Archivos N°52, ALLCA XX, 2001.

Tiene inéditos su trabajo de ascenso a Titular, "Las formas de la forma, el poema en prosa de José Antonio Ramos Sucre.", ensayos presentados en simposios y relatos leídos en el Taller de Creación Literaria que sostuvo durante varios años en la Universidad Simón Bolívar.

Ha merecido los siguientes premios: IX Bial Literaria José Antonio Ramos Sucre. Premio Mención Ensayo por *Ramos Sucre, la voz de la retórica*, Cumaná, 21 de noviembre de 1986, así como el Premio *Andrés Bello* de Investigación, Mención Ciencias Sociales, Universidad Simón Bolívar, 1990.

Biblioteca Biográfica Venezolana

José Antonio **Ramos Sucre**

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Coordinador Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejo

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Iurkovic

Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Wahnón

Coordinación de Nuevos Productos:

Astrid Martínez

Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Archivos El Nacional (portada y p. 9)

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: If 78920069204536

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 980-395-089-4

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

José Antonio **Ramos Sucre**

(1890-1930)

Alba Rosa Hernández Bossio

La constelación **del pasado**



La Cumaná de los orígenes

José Antonio Ramos Sucre, según muchos testimonios y por sus propias palabras, sintió siempre una nostalgia aguda por la ciudad natal, Cumaná, la “idolatrada Jerusalén” que sus hijos dispersos, como él, lloran. Salir de ella fue uno de sus exilios. Este sentimiento de la ausencia, siempre presente en su obra poética, se traduce también en la invención de uno de sus personajes, el del “exilado”, del “apátrida”, del “proscrito”. Su única patria, su espacio íntimo, fue Cumaná, y allí quiso reposar de la vida en la que se sintió extranjero, extraño, un visitante en un viaje no deseado. “El episodio del nostálgico”, un poema de su primera colección, *La torre de Timón*, expresa esta falta: “Siento asomado a la ventana, la imagen asidua de la patria. La nieve esmalta la ciudad extranjera.”

Este deseo de regresar a lo ausente es el de un exilado que en cualquier lugar imagina la patria, teniendo ante sus ojos la frialdad de un sitio ajeno. En él era nostalgia de su nacimiento, pero también de recuperar un espacio primigenio perdido.

Cumaná, la “primogénita”, fue la primera tierra firme tocada por aquellos expedicionarios, aventurados a explotar los placeres de per-

las de Cubagua, que desembarcaron allí para el botín de las riquezas de la fértil, “feraz”, naturaleza. La memoria de una tierra virginal, que Colón asimiló al “Paraíso Terrenal”, luego profanada y en ruinas, estuvo siempre viva en Ramos Sucre y fue matriz de imágenes en sus poemas. La “ruina” también sobreviene cuando las familias originales que poblaron la ciudad la desertan. La decadencia de una ciudad antes ilustre, como Cumaná, o de un espacio primordial, es otro de los temas constantes en sus poemas.

Sin embargo, este espacio genésico sólo pudo ser fundado definitivamente en 1669. Nació así, en palabras del poeta, “nuestra más antigua ciudad oriental.” Él tuvo siempre este sentimiento de pertenecer a un lugar donde comenzó la cultura occidental en el continente, un lugar historiado por sus abuelos paternos y por su padre, por sus ancestros héroes. Un espacio fundador.

Cumaná, signada favorablemente por ser puerto de mar, fue ruta de entrada de numerosos viajeros de las Antillas y de Europa cuando la única vía de comunicación posible con el exterior era la marítima. Alejandro de Humboldt inició en Cumaná, a donde llegó en 1799, su *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Mundo*. Y en esta su exploración hasta 1804, Cumaná fue el lugar donde se detuvo más, registrando no sólo la nueva naturaleza sino también la avidez cultural de los pobladores. He destacado a Humboldt de entre todos los viajeros ilustrados que arribaron a Cumaná porque Ramos Sucre lo privilegió al escribir sobre este visitante que: “pertenece a la Alemania indulgente y enciclopédica de entonces”, que “se regodea alabando la belleza equinoccial”. Lo hizo en su texto más largo, de quince páginas, que tituló, reconociéndose su lector y su seguidor, “Sobre las huellas de Humboldt”.

Asimismo, Cumaná, Río Caribe y Carúpano recibieron a los inmigrantes de Europa o de las Antillas como los corsos, o los franceses antillanos, o los trinitarios, los “culís,” empleados como servicio doméstico. De Trinidad vino la costumbre inglesa, que siempre conservó Ramos Sucre, del té por las tardes.

Su ciudad, casi inaccesible por tierra, era el puerto elegido por los vapores que viajaban a La Guaira y Maracaibo, o que por el Orinoco tocaban en Ciudad Bolívar, de donde incluso continuaban hasta San Fernando de Apure. Cuando en 1910 viajó a Caracas para estudiar en la Universidad Central, tomó uno de estos vaporcitos que en veinticuatro horas aproximadas llegaban a La Guaira. Todas estas condiciones propicias hicieron de Cumaná una de las ciudades más relacionadas con el exterior y con las novedades culturales. Igualmente propiciaron el gusto por otros idiomas, por el francés que estaba muy arraigado y se hablaba en las tertulias culturales, y por el inglés que los niños y adolescentes aprendían en los internados de Trinidad. Además, tomando en cuenta su primera condición de ciudad más antigua, guardiana celosa del pasado, se preciaba de sus grandes cultores del latín, de sus colecciones de muebles, objetos artísticos y de libros. De ahí que en Cumaná se hubiesen formado bibliotecas privadas muy valiosas, entre ellas la del presbítero José Antonio Ramos Martínez, tío paterno de Ramos Sucre, de las que sin embargo sólo tenemos noticias o el catálogo, porque se disgregaron o se perdieron cuando comenzó el éxodo de casi todas las viejas familias cumanasas hacia la capital desde los inicios del siglo XX.

No es de extrañar entonces que aquella Cumaná de cerca de once mil vecinos, uno de los cuales fue Ramos Sucre hasta 1910, fuese considerada unánimemente como la ciudad más refinada del país, la “Ateñas de América”, compitiendo así con Ciudad Bolívar por el cultivo de los idiomas, las expresiones artísticas, las tertulias literarias y las veladas musicales, porque en casi todas las casas de la calle Sucre y de la calle Bolívar había un piano, y la gentil hospitalidad, a tono con los refinados y elegantes modales. Ramos Sucre perteneció plenamente a este grupo social que se distinguía por esta privilegiada cultura y buen gusto, y que ostentaba el orgullo de pertenecer a un apellido con historia. De ahí que en su casa se respirara cultura, se respirara pasado.

Por todos lados sus raíces estaban hundidas en esta tierra. Los Sucre fueron todos militares y de ellos nació Antonio José de Sucre, el Gran Mariscal de Ayacucho, el primero de los muchos héroes orientales.

Mientras, los Ramos fueron historiadores, docentes y políticos hasta que apareció él, hoy por unanimidad uno de los grandes renovadores de la poesía hispanoamericana del siglo XX y, por lo tanto, el primer poeta de los Ramos, de los Sucre y de Cumaná.

Tras las huellas de los Ramos

Fue entonces Cumaná la ciudad de la iniciación, el surtidor de las claves culturales y de la herencia familiar que de un modo permanente actuaron en él. Fuerzas ancestrales que quiso conocer, como pide en su carta del 20 de diciembre de 1920 dirigida a su “Querido primo y venerado maestro”, José Silverio González Varela, rector del Colegio Nacional de Cumaná cuando él estudió allí:

Quiero saber quién soy, y al efecto te pregunto la historia de mis antepasados los González durante la colonia, o mejor dicho antes de nacer mi tío José Silverio González. Además, quiero saber de qué provincia de España eran ellos y Luis Ramos, mi más remoto antepasado por parte de papá. Además, quiero saber qué parentesco tenemos nosotros con la familia Guzmán Bastardo, de Aragua de Barcelona y qué parentesco tenemos nosotros con Barreto, el jefe patriota. Toda esta gente debe venir de Cumanacoa, que parece también nuestro manantial. Ofrezco el secreto más riguroso.

Yo anhelo visitar Cumaná, a donde haré trasladar mis huesos el día que muera, y por cuyo bienestar sacrificaría con orgullo mi reposo.

José Silverio González Varela (1859-1938) era hijo de José Silverio González (1820-1886), su tío abuelo, y medio hermano de su abuelo paterno. José Antonio deseaba comprender en él las fuerzas de la herencia, cuyos efectos podían ser “inconstantes y tenaces”, como afirma en “Estirpe procerá”, el 4 de abril de 1913. El don poético en una misma familia, como en el caso de la familia cubana de los Heredia, lo explica por la “distinción espiritual” de sus ancestros, favorable para el florecimiento de la poesía, que reúne en sí las cualidades dispersas de los antepasados, en lo que coincide con Goethe, y que parece ser su caso. De ahí que hubiese indagado las características de sus ancestros

para saber cómo se prolongaban en él, qué le preanunciaban, cuál destino estaba escrito en la sangre heredada. Parte de la respuesta está en la carta a su hermano Lorenzo del 12 de noviembre de 1924:

Nuestro bisabuelo, Miguel Ramos, no vino con Morillo; nació en Cumanacoa entre 1.770 y 1780, y fue su alcalde cuando la visitó Humboldt en 1.799. Era capitán de las milicias blancas del lugar al empezar la Independencia. El padre del Mariscal, coronel Vicente Sucre, acepta en su ejército a nuestro bisabuelo y lo denomina el capitán de milicias blancas don Miguel Ramos. Poseo el documento, publicado hace años. Este mismo señor casó con María Josefa González Velásquez, descendiente de los primitivos pobladores de Cubagua, persona blanca, nacida en el pueblo de San Juan, isla de Margarita y madre de nuestro abuelo José Antonio Ramos González.

Este Miguel murió muy joven en la batalla de Urica, en 1814. Su hijo, José Antonio Ramos González (1811-1882), el abuelo de José Antonio, fue una gran figura cumanesa. Formado en Latín y Filosofía en Caracas, fue Presidente de la Provincia de Cumaná en 1857 y 1858, Senador del Congreso Nacional en 1867 y 1868, fundador de la cátedra de gramática latina en lo que después sería el Colegio Nacional, y dejó obra escrita sobre historia. De los hijos de su matrimonio con Trinidad Carlota Martínez Vallenilla (1820-1872) –José Antonio, Miguel, Carmen, Jerónimo, Trinidad y Lorenzo– sólo Jerónimo, (en su momento se escribía Gerónimo), su padre, se casó y tuvo descendencia.

Ramos Sucre nació después de la muerte de estos abuelos paternos pero de ellos su familia recibió en herencia su casa número 29 de la calle Sucre, antes calle Larga. En esa casa de otro siglo, frente a la iglesia de Santa Inés, la santa niña patrona de la ciudad, y de las ruinas del castillo de Santa María de la Cabeza, del castillo de San Antonio de la Eminencia vigilante en lo alto de la abrupta colina y del viejo cementerio de la ciudad que está detrás de ellos, todos espacios para la memoria, pasó su infancia y adolescencia hasta los veinte años cuando viajó a Caracas. Más aún, del abuelo recibió los dos nombres propios, y su predilección por la historia y el latín.

En esta carta él parece haber comprobado su “limpieza de sangre”. En carta anterior a Lorenzo, del 21 de octubre de 1924, es aún más enfático al afirmar que los González Velásquez eran “gente blanquísima.” Ramos Sucre trató el tema sólo en esta carta íntima al hermano en lo que tocaba a su familia, porque muchos de los irreparables conflictos con su madre Rita Sucre nacieron precisamente en no poder complacerla, o aplacarla cumpliendo con los requisitos de su raza y su famoso abolengo. En una “Granizada” ironizará: “Los apellidos ilustres son patentes de corso.” En otra carta de ese mismo año le advierte: “No intervengas en las fiestas del Centenario como deudo de Sucre. Sería declarar tácitamente que no valemos sino por semejante apellido, el de nuestra verdugo Rita Sucre.” Y en otra “Granizada” justificará irónicamente el concubinato, casi siempre entre el señor y una empleada “de color”: “El concubinato merece bien de la república. Ha acelerado la fusión de las razas venezolanas.”

En síntesis, según esta genealogía, los Ramos (provenientes de Andalucía) se habían radicado en la provincia de Cumaná cuatro generaciones antes del nacimiento del poeta. Y las dos primeras estuvieron integradas por hombres de armas; las siguientes, por hombres de letras, a partir de su abuelo. Porque, asimismo, su padre Jerónimo Ramos Martínez (1847-1902) fue Diputado del Congreso Nacional, Secretario de la Presidencia del Estado de Cumaná, educador e historiador. También escribió poesía y un poema suyo, escrito con el lenguaje romántico del momento, se reprodujo en una antología de poetas cumaneSES, “Tus negros ojos”: “*Como en noche apacible/ Fulgura trémulo/ Con luz esplendorosa/ Albo lucero,/ Así en tu rostro/ Con brillantéz rutilan/ Tus negros ojos.// Si mi postrer suspiro,/ ¡Ay! Lo exhalara/Junto a ti, dulce sueño,/ Mujer amada/ Muero gustoso,/ Si percibo que lloran/ Tus negros ojos.*”

Jerónimo (o Gerónimo como él lo escribía) Ramos Martínez era, según la única foto suya de cuerpo entero que se conserva, pequeño y muy delgado, de largos bigotes lacios sobre unos labios llenos, cabello rubio en ondas, rostro largo y anguloso, de pómulos altos y barbilla pronun-

ciada, mirada amable detrás de unos pequeños lentes al aire. El color azul de sus ojos fue heredado por todos sus hijos, excepto Luis, y es aún uno de los caracteres físicos dominantes de la familia. De él José Antonio tuvo la contextura delgada, el cabello abundante casi ondulado, el azul claro de los ojos. Pero su mirada penetrante y fija, el constante sobreceño y los labios finos e irónicos, son los de su madre, Rita Sucre.

Sin embargo, quien tuvo más títulos y méritos de los hermanos Ramos Martínez fue el hermano mayor, llamado también José Antonio (1837- 1903), quien se recibió de Licenciado en Derecho Canónico en el Seminario Tridentino de Caracas. Fue Doctor en Teología en la U.C.V., y después tomó la orden sacerdotal. A su regreso a Cumaná, y fue dos veces Rector del Colegio Nacional y, desde 1878, cura párroco de Carúpano. A él se debe la reconstrucción de la nueva Iglesia de Santa Inés, frente a la casa de los Ramos Sucre, en sustitución de la anterior, en ruinas por el sismo del año 1853. El Padre Ramos dejó una obra imprescindible sobre los orígenes de la población de Cumaná, y de la iglesia en la provincia oriental, así como biografías de algunos prohombres. Sobre su obra religiosa, Ramos Sucre escribió a Lorenzo en la carta antes citada del 21 de octubre de 1924 lo siguiente: "Nuestro tío vio premiados sus trabajos de orden eclesiásticos en la Sagrada Congregación de ritos de Roma y por añadidura la mención del Papa León Trece." Alude a la confección del nuevo Calendario perpetuo para la Diócesis de Guayana, aprobado por el Papa León XIII. Su valiosísima biblioteca privada no llegó a manos de su familia como José Antonio lo hace constar en su primera carta conocida, del 22 de julio de 1910, publicada en el diario *El Anunciador* de Río Caribe:

Ni yo ni mis hermanos poseemos ninguno de los muchos escritos que dejó inéditos el Padre Ramos. De este inolvidable deudo sólo ha pasado a nuestro poder una mínima parte de su biblioteca. Esos poquísimos libros los guardamos religiosamente así como su nombre que vive eternamente en nuestra memoria. Una de sus hermanas le sobrevive aún. Así me descargo a mí y a mis hermanos de una tremenda responsabilidad. José Antonio Ramos Sucre.

Los volúmenes de esta biblioteca, que no quedó en la familia, fueron la única consolación y recreo durante los más de tres dolorosos años de encierro que vivió bajo la tutela despótica del tío y padrino. A lo largo de los años él reparará esta pérdida al coleccionar en la suya casi todos los títulos y autores de aquélla. La dolorosa herencia del tío le robó tres años de su niñez, pero lo recompensó con la compañía y el solaz permanente de muchos libros.

De modo que José Antonio recibió de los Ramos una cultura que lo predestinó desde siempre a la presencia y al culto de los libros, a la devoción por la historia y el latín, a la religiosidad, ética y austeridad, pero que también lo sobrecargó de disciplina y obediencia excesivas, de castigos y de privaciones, de represiones que fue incapaz de olvidar o superar. Se sintió una víctima de su pasado, o como él dice, un prisionero. Sin embargo, aunque el Padre Ramos haya sido rígido hasta la crueldad, la mayor fuente de su sufrimiento habría de venirle de su famoso segundo apellido Sucre, recibido de su madre Rita Sucre.

En el nombre sagrado de Sucre

A este suelo natal llegó aún antes que el primer Ramos, el fundador de su segundo apellido, el más famoso y venerado de la región. Los Sucre (del francés “azúcar”) son descendientes de Carlos Francisco de Sucre y Pardo, militar español proveniente de Flandes que llegó a Cumaná en 1733 como Gobernador de la Provincia de Nueva Andalucía. De su quinto hijo, el Teniente Antonio de Sucre y Trelles, casado en Cumaná con Josefa Margarita García de Urbaneja, nació Vicente de Sucre y García de Urbaneja, quien esposó a María Manuela de Alcalá y Sánchez y fueron los padres de Antonio José de Sucre y Alcalá, el Mariscal de Ayacucho (1795-1830), octavo de los hijos; y del coronel y prócer José Jerónimo Sucre y Alcalá (1789-1854), el quinto hijo, quien fue el abuelo de Rita Sucre Mora de Ramos, la madre de Ramos Sucre.

Por consiguiente, el Mariscal venía a ser tío bisabuelo suyo y tío abuelo de su madre Rita. Esta línea de sucesión de los nueve hermanos Sucre Alcalá sólo fue continuada por los hijos de José Jerónimo, el bisabuelo

de Ramos Sucre, y por José María, el primogénito, puesto que dos hermanas murieron en un naufragio, una hermana y tres hermanos murieron en la Guerra de Independencia, y la única hija del Mariscal falleció siendo niña en un accidente. De ahí la asociación de este apellido con el martirio, la desgracia o la fatalidad. Además, este parentesco con el Mariscal tenía otros entronques porque el abuelo de Ramos Sucre, el coronel José Francisco –Pancho– Sucre Sánchez, esposó a Dolores Mora Sevillano, cuya hermana, Isabel Antonia Mora Sevillano, también había contraído matrimonio con un Sucre, José María Sucre Sucre, hijo de una hermana “bellísima” del Mariscal, según el relato del mismo José Antonio a su hermano Lorenzo en la carta antes citada de 1924: “Pancho Sucre, nuestro abuelo, era hijo del Coronel Jerónimo Sucre, hermano mayor del Mariscal y de Rosarito Sánchez. María Sucre Mora es hija de José María Sucre Sucre, hijo de un Sucre que no conozco y de la Griega, bellísima hermana del Mariscal. La madre de María se llamaba Isabel Antonia Mora Sevillano, hermana de nuestra abuela, Dolores Mora.”

Estos son los Sucre que descienden del segundo matrimonio del padre del Mariscal, quien luego de enviudar casó con Narcisa Márquez de Valenzuela y en ella tuvo seis hijos. En cuanto a la doble relación de los Mora y de los Sucre, era un hecho muy común en las familias de las calles Bolívar y Sucre el emparentarse dentro de ellas, con el resultado de que los matrimonios entre primos o deudos fueran de lo más frecuente. Su hermana y un hermano se casaron con primos, y Lorenzo, el hermano queridísimo, con una parienta. La relación más íntima y afectuosa de José Antonio con una mujer también fue con su prima Dolores Emilia Madriz Sucre.

A José Antonio parece complacer su parentesco múltiple con el Mariscal y ser más Sucre, anteponiendo los valores superiores de heroicidad y de sacrificio asociados con el prócer, cuya imagen omnipresente en el inconsciente colectivo del país sólo es superada por la de Bolívar. Esta carta revela que él se sintió orgulloso de pertenecer al linaje trágico del héroe, por el que sufrió mucho porque su madre se lo hizo pa-

gar muy caro, lo que explica su silencio sobre Sucre y su retiro de todo acto oficial donde se le conmemorase. Honraba su linaje, seguía sus huellas, pero no quería reconocimientos fundados en él. En sus textos sobre el heroísmo disculpa a algunos de los héroes orientales como José Francisco Bermúdez de Castro o Santiago Mariño por su rebelión ante Bolívar, por no acalorar sus “vastos ideales”, sin mencionar a Sucre puesto que éste siempre los secundó. El elogio del héroe y de su “artístico anhelo de morir” en el combate, que convierte en un acto de belleza y de redención su muerte, es un homenaje y reconocimiento de la herencia militar del apellido y de su imagen trágica, el Mariscal.

En efecto, las cinco generaciones de Sucre que lo precedieron entregaron su vida al ejército, primero al español y, a partir de Vicente de Sucre (1761-1824), el padre del Mariscal, al republicano. De sus hijos sobrevivientes, José María fue Coronel y Prócer en las dos primeras Repúblicas. Y Jerónimo, el bisabuelo de Ramos Sucre, tuvo una actuación muy destacada en las luchas independentistas donde alcanzó el grado de Coronel. De su matrimonio con María del Rosario Sánchez y Torres (“Rosarito”) nació José Francisco Sucre Sánchez (1831-1889), don Pancho, sobrino, por tanto, del Mariscal y abuelo materno suyo. Don Pancho fue Coronel durante los violentos años de la Revolución Federal en donde participó al lado de los conservadores, despectivamente llamados oligarcas o godos. Pero no fueron sus hazañas militares sino la violencia de su carácter lo que le valió el apodo de “el terremoto de Martinica”, ilustrado por la siguiente anécdota de la familia: una amiga pidió prestada a Rita una mantilla con una nota en garantía firmada, “Elenita, hija de María Santísima”. Y Rita respondió que debía devolvérsela el próximo domingo, firmándose: “Rita, hija de Pancho Sucre.”

Don Pancho fue el primer Sucre en no continuar los triunfos militares de sus antepasados. El valor guerrero, “una de las cualidades más altas de la especie humana”, como escribió José Antonio en “Plática profana”, fue la más alta cualidad de los Sucre, y había sido remplazada por “el desahogo brutal de nuestra fuerza” durante la Guerra Federal, que repudió en el texto arriba citado. Pero en la familia se mantu-

vo como una religión el culto al pasado militar, el mito del héroe y la glorificación del Mariscal. De esta casta de guerreros le vino a los Sucre la fortaleza física, el carácter fuerte, la entereza, la vida austera y altiva, la disciplina y el orden, el orgullo y la arrogancia. Otra anécdota de la familia cuenta que su madre Rita, ante las provocantes palabras de una amiga sobre un Sucre, su primo, que había tomado más de la cuenta en una reunión social, respondió: “-Sí, porque cuando un Sucre se emborracha está celebrando el triunfo de Ayacucho. Y en tu familia, cuando alguien se emborracha ¿qué celebra?”

Del matrimonio de Pancho Sucre Sánchez y de Dolores Mora Sevillano, su parienta, hija de Salvador Mora Sucre, nacieron seis hijas: Dolores, Rita, Luisa –la madre de su prima y confidente, Dolores Emilia Madriz Sucre–, María Alfonso, Providencia e Isabel.

El romance de la niña Sucre y del caballero Jerónimo Ramos

Rita comenzó a ver de cerca a Jerónimo cuando éste frecuentaba la casa de don Pancho, su amigo, en busca de documentación para la biografía que escribía sobre el Mariscal. Durante estas visitas, convertidas luego en tertulias sociales, fue cuando Jerónimo trató como amigo de la casa a las hijas de Pancho y comenzó a cortejar a Rita (1870-1952), a la que le llevaba veintitrés años. En ese momento, 1886, Rita era una niña de dieciséis años. En un hogar de puras mujeres fue educada bajo normas de estricta disciplina, entrenada sólo para las labores domésticas, sin estudios de música como se acostumbraba para “adorno” de las muchachas, con pocas lecturas, pero con manos de oro para la buena letra y la redacción, lo que después le permitiría ganarse la vida como maestra de primeras letras. Sobre todo, Rita brillaba por su habla llena de ingenio y matices de humor, luego irónicos o mordaces. Esta vivacidad que la distinguía, y su carácter fuerte, sumados a su belleza de niña, quizás hayan sido los atributos que más sedujeron a Jerónimo, quien era reposado y reflexivo. Como sus hermanas, Rita compartía el tipo de los Sucre: pequeña y estilizada, de rostro ovalado

y lleno, cuello alto, nariz recta y perfilada, labios finos y penetrantes ojos oscuros. Su largo cabello cobrizo lo peinaba hacia atrás con bucles, pero después lo reprimió siempre en un austero moño. No se conservan fotos de su niñez ni de su pubertad, ni siquiera la foto ritual de su boda, que Ramos Sucre habrá escrutado muchas veces para adivinar los signos de su pasado. Es de suponer una ceremonia celebrada bajo el sol de Cumaná en la Iglesia de Santa Inés, sólo entre familia y amigos íntimos. Pero se puede reconstruir la imagen perdida de la niña Rita imaginándola similar a la de “una beldad grácil, fantasma del olvido”, que hace su aparición en “Los lazos de la quimera”. Aquel día de 1887, estaría con toda su realeza nimbada de azahares, puesto que debió llevar una corona simple como el traje, agradeciendo las felicitaciones en el día de su iniciación de mujer, de casada y de madre, la única para la cual había sido destinada, para perpetuar su casta de héroes. Se decía que el amor vendría después y quizás vino, pero nunca lo expresó con palabras o gestos. La crianza y el linaje la dominaron para suprimir toda manifestación externa de afecto y de ternura, para nunca, aristocráticamente, revelar su intimidad. Fue una madre altanera que impuso a sus hijos el mandamiento único de su voluntad y su rígido código moral. La “beldad grácil” la vio Ramos Sucre en la foto, la soñó en su poesía. Él sólo conoció a la beldad glacial, a la diosa terrible.

Cumaná 1890-1900, la casa y el sol de la niñez

Para fundar su hogar, ya que en la casa paterna de la Calle Sucre habitaban los hermanos, Jerónimo tomó una casa cuya ubicación exacta se desconoce, en la Calle Ayacucho de Cumaná. Después de enviudar, Rita se mudó con sus hijos para aquella casa ancestral cuya propiedad definitiva les fue otorgada como parte de la herencia de los Ramos González. Esa es, por tanto, la casa de tres generaciones de los ascendientes paternos, la casa de su infancia y adolescencia, que fue vendida en 1915. Después de pasar por varias manos, *Corporiente* la compró dándola en comodato a la *Fundación José Antonio Ramos Sucre*, creada por Isabel Cecilia, “Chela”, Ramos González y Roberto Salvatierra Ramos, sobrina y sobrino-nieto del poeta. Esta es la actual “Casa Ramos Sucre” que la Fundación restauró espléndidamente por completo, reinaugurándola en 1993, con una dotación de muebles pertenecientes a la familia, un museo que exhibe manuscritos, fotos, algunos libros del poeta donados por la familia, y una biblioteca especializada en humanidades.

El primogénito de los Ramos Sucre nació en 1888 y, como tal, recibió el nombre más importante de la familia, José Antonio. Pero este niño murió apenas a los dos meses. Un año después Rita dio a luz a su primera hija, quien recibió el nombre de la abuela paterna, Trina (1889-

1977). Y el siguiente año, el 9 de junio de 1890, fue el alumbramiento de José Antonio, al que repitieron los nombres del primer hijo “para reponerlo”, pero le sumaron otros dos nombres por buena suerte, Primo Feliciano, el Primero y el Afortunado. Él hubiera podido usarlos, y no los primeros, pero aceptó ser su hermano y el hijo sustituto, ser su doble y el de sus antepasados. El bautizo fue el mismo 10 de noviembre de 1890 en la Iglesia de Santa Inés, y sus padrinos fueron el sacerdote y tío, José Antonio Ramos Martínez, y su abuela materna, Dolores Mora de Sucre. Mucho tiempo después, en su tarjeta de bautizo, Ramos Sucre copió en francés: “El misterio no ha sido todavía esclarecido pero se ha levantado una punta del velo.” Y debajo: “Helmholtz principio conservación energía.” Es una frase aforística de este físico alemán (1821-1894) sobre su principio de la energía constante en el universo. Dos años después, en 1892, nace otro varón, Miguel (1892-1974), llamado así en memoria del fundador de la familia. Ese mismo año triunfa la Revolución Legalista bajo el mando de Joaquín Crespo y desde allí comenzará la hegemonía del caudillo llanero quien ocupará la Presidencia de la República hasta 1898. En 1894 Rita da a luz a otro varón, que se llamará Luis (1894-1965), por otro antepasado. Es de esta época la primera anécdota conocida de José Antonio: Jerónimo lo cargaba en sus rodillas mostrándole las fotos del álbum familiar, y cuando le dice: “-Mira, José Antonio, éste eres tú cuando eras un bebé,” el niño, de tres años, después de contemplar detenidamente la foto, le responde: “-Sí, pero ahora es Miguel”.

Por estos años Jerónimo aceptó el nombramiento de Diputado del Estado ante el Congreso Nacional. De este período intermitente de residencia en Caracas data su conocimiento de personajes de la vida caraqueña, que luego éstos rememorarán a Ramos Sucre. Por eso, en una carta del 8 de marzo de 1928 a Lorenzo, le escribe: “Dile a Ignacito que su padre me colmó siempre de atenciones en memoria del mío y del Mariscal Sucre. Papá y el general Andrade se conocieron por causa de Crespo”. El “Ignacito” al que él alude es el hijo del general Ignacio Andrade (1839-1925), quien en 1898 fue Presidente de la República

impuesto por Crespo. Jerónimo debió haber estado de vuelta en Cumaná para 1897, porque el 1 de febrero de 1898 nace Lorenzo, llamado por el hermano de su padre que murió siendo niño, con quien José Antonio se sintió unido por un gran afecto, al que protegió y guió como un tutor o padre sustituto, y con quien se atrevió a confesarse. Los cuatro hermanos serán físicamente muy parecidos, y a veces la foto de Lorenzo y de Miguel han sido confundidas con la suya.

Rita Sucre, como la dueña absoluta de la crianza de los hijos, era la que mandaba. Hermanos de edades tan seguidas tienen que haber crecido compartiendo los mismos juegos y travesuras en la casona de techos de caña amarga de media agua con patios y corredores. Juntos habrán gozado los mismos paseos por las amplias riberas del Manzanares, arboladas entonces de palmas y de sauces, y de los largos baños de río y de mar. Actividades de rigor eran las visitas a familiares y amigos, en las que José Antonio tuvo que ser un niño modelo por su “docilidad nativa”: debió gustarle estarse quieto para no perderse palabra de la historia del día a día.

Enseñar a escribir y a leer fue en aquel entonces asunto de mujeres y debieron ser las tías quienes iniciaron a José Antonio en la escritura y en la lectura. Mientras que el conocimiento de la historia estaba en la familia Ramos, todos historiadores, en los Sucre, todos héroes. Por lo tanto, conmemorar los episodios de la Independencia y de sus próceres era el pan de cada día en esa casa, con pormenores más allá de la historia recogida en los manuales. Asimismo, su padre era un gran estudioso de la historia universal, y le gustaba comentar los acontecimientos de su momento. José Antonio debió escucharlo muchas veces reconstruir un suceso en charlas de mesa, o con mayor formalidad en las tertulias que eran costumbre por las tardes en el salón de grandes ventanales, cuando el tema principal siempre era la historia pasada o la contemporánea, eludiendo la nacional que sólo se trataba a “sotto voce” o en privado. No es extraño entonces que durante toda su vida él haya preferido siempre a la historia considerándola la primera fuente de conocimientos, de la cual emanaban todos, y que resumía los as-

pectos contradictorios de la condición humana. Esta convicción persiste hasta en la penúltima carta que escribió a su hermano Lorenzo en Ginebra, el 28 de abril de 1930, dedicada toda a aconsejarle sobre la educación de sus sobrinas, cuando le repite por última vez: “Yo tengo en casa muy buenos libros, sobre todo raros, pero ellas empezarán por conocer la historia. Ésta resume los demás conocimientos”. Es el mismo fervor con que en 1924 aconsejó a Lorenzo sobre los libros que debía leer: la historia universal de Juan Vicente González, o los seis tomos de Duruy en francés, la nacional, de Rafael María Baralt solamente: “Sobre todo lee muy bien a Baralt, como si fuera un libro de oraciones.” Quien estudie la historia entenderá que el hombre fue impulsado desde siempre por dos fuerzas primordiales, el odio y el amor. Cuando se mira hacia atrás, la historia revela el esplendor y la ruina, la creación y la destrucción como obra humana. Esto permite penetrar en el espíritu hiriente de sus aforismos sobre la historia que resaltan este lado oscuro del hombre que ha predominado: “La historia no sirve sino para aumentar el odio entre los hombres”. O: “Lo único decente que se puede hacer con la historia es falsificarla”.

A su niñez faltó la fantasía de los cuentos maternos. Rita no lo inició en el mundo de lo imaginario con los relatos infantiles que todo niño desea de su madre antes de dormirse, o las cantinelas inolvidables, así como el beso de las buenas noches. De Rita él recuerda sus órdenes y sus castigos. Cuando los varones se acostaban en sus hamacas colgadas en un único cuarto, antes de que se durmieran ella entraba para castigarlos con unos buenos correazos por haberse portado mal durante el día, sin que los niños supiesen hasta ese momento si lo habían hecho o no. Rita había asumido el rol autoritario y represivo que en la familia tocaba al padre, y después de enviudar, lo ejerció plenamente convencida de que era la única forma de imponer la “buena” conducta y principios morales de su clase social en los niños.

En septiembre de 1897, después de cumplir los siete años, José Antonio comenzó a asistir a la escuela del maestro don Jacinto Alarcón Blanco. Sabemos que se distinguió por su atención, su orden, su apli-

cación en todas las tareas. Fue un niño aventajado, con una gran memoria y pasión por estudiar. Fue un niño sano y fuerte, divertido e ingenioso, muy vivo, que participaba con toda normalidad en los juegos de sus compañeros, todos vecinos y de familias conocidas, que hacía en su compañía el camino a la casa, que le gustaban los baños en el Manzanares o en el mar, cuantas veces fuese posible. Qué más podía pedir: el río al abrir la puerta trasera del patio, la visión resplandeciente del mar, de los barcos en vibrante vaivén, las calles empedradas, las hileras de casas con sus ventanales y portones abiertos, los castillos empinados en la colina, las campanadas de Santa Inés sonando la hora, los libros que esperaban en los estantes, los juegos con los hermanos en la casa, la voz de su padre con el pasado, el sol y el sabor de sal de Cumaná. Hubiese pedido, en su lugar, la sonrisa y la dulzura que su madre le negaba.

El 31 de octubre de 1899 Rita da a luz a su segunda hija, a la que llamaron María del Carmen Quintina. Según una anécdota de 1900, antes de cumplir él sus diez años, sorprendió a todos en una reunión cuando expuso, como un experto, su conocimiento de la guerra de los *boers* en Suráfrica. Por lo visto, Jerónimo no había notado antes esta curiosidad intelectual, y debió parecerle lo mejor enviarlo a vivir con su tío y padrino, vicario y párroco de la Iglesia de Santa Rosa de Lima en Carúpano desde hacía más de veinte años, para que se educara bajo la guía del mejor de los mentores.

Carúpano 1900-1903, el mar de los dolores

No fue, por lo tanto, un acto de crueldad separarlo en agosto de 1900, a los diez años, de la casa familiar. Quizás fue el mismo sacerdote quien pidió velar por su educación en el sosiego de su casona de Carúpano, enfrente de la plaza “asombrada” de grandes árboles y de la vieja iglesia de Santa Rosa, que hoy reconstruida es la Catedral, cerca de la playa y del muelle donde bullía el tráfico constante de barcos, por tratarse de uno de los puertos más activos del país, en donde había cargueros con las mercancías de importación y exportación, vaporcitos de las rutas nacionales, trasatlánticos que iban y venían de las Antillas o de Europa, o los coloreados “peñeros” que ofrecían los frutos del mar. En la poesía de Ramos Sucre habrá constantemente mares con naves que zarpan o aportan, que se extravían o se salvan en su búsqueda de otra tierra en un viaje de transformación o de renacimiento, pero también de extravío o muerte.

El padre Ramos inscribió al niño en el histórico Colegio Santa Rosa, situado frente a la plaza del mismo nombre. Había sido fundado en 1870 por el maestro cumanes don José Jesús Martínez Mata (1833-1920), quien para ese momento tenía más de cincuenta años de labor educativa. Allí estudió el poeta romántico Andrés Mata (1870-1931), quien

en 1909 sería el fundador y primer director de *El Universal*, diario en donde él publicaría asiduamente. Allí trabajó siempre el padre Ramos quien regentaba las cátedras de Latín, de Retórica y Filosofía.

Todos los auspicios parecían favorables: el mejor colegio y maestro, la casa y la biblioteca a su disposición. Pero José Antonio revela a Lorenzo, en una desgarradora carta del 25 de octubre de 1929, que Carúpano fue un infierno:

Carúpano fue un encierro. El padre Ramos ignoraba por completo el miramiento que se debe a un niño. Incurría en una severidad estúpida por causas baladíes. De allí el ningún afecto que siento por él. Yo pasaba días y días sin salir a la calle y me asaltaban entonces accesos de desesperación y permanecía horas llorando y riendo al mismo tiempo. Yo odio a las personas encargadas de criarme. No acudí a papá por miedo. El padre Ramos era una eminencia y yo no era nadie, sino un niño mal humorado. La humanidad bestial no veía que el mal humor venía de la desesperación del encierro y de no tener a quién acudir. Yo temía a papá, quien era atento con Trinita y no conmigo. Ya ves cómo se vino elaborando mi desgracia. Suponte que yo era regañado por el Padre Ramos y regañado por la plasta de mierda de Martínez Mata porque retozaba con los niños de mi edad, a los once años, en la plaza de Santa Rosa. Es decir, yo era regañado por un acto impuesto por la pedagogía anglosajona. Habla con personas que conozcan a Inglaterra y los Estados Unidos.

José Antonio fue un niño víctima que guardó silencio por miedo, seguro de que su palabra nada valdría ante la del padre Ramos. Además, su padre nunca lo había complacido y, por tanto, no lo escucharía o creería. Por miedo, por aprehensión, no acudió al único que hubiese podido salvarlo. Ni siquiera es imaginable que hubiese pensado en su madre, como todo niño.

Esta es la primera herida que puso fin a su infancia: saberse sin la protección y ayuda de los padres y, por tanto, en peligro de muerte. ¿No es la primera pesadilla de un niño soñar que sus padres lo abandonaron? Fue el inicio en la experiencia de la pérdida y del exilio. Ramos Sucre no pudo superar ese sufrimiento de su niñez, aun cuan-

do lo hubiese transformado en creación poética. El padre Ramos era, ante los ojos de todos, un hombre sabio y humilde. Pero había olvidado las necesidades de afecto y de juego del niño. Quería encaminarlo por la única vía del estudio y de la religión. Había cerrado los ojos ante su exquisita sensibilidad y su necesidad de afecto. Lo mismo Martínez Mata, maestro durante sesenta años, a quien llama “plasta de mierda” en una explosión de ira incontenible, impensable en él, quien hizo de la medida y la contención un culto. El primer viaje real de su vida fue para hacer del claustro su destino. Porque si estaba prohibida la salida a la plaza frente a su casa, imposibles fueron las calles, los paseos al puerto y al mar con los amigos. Vivía amurallado en una casa rodeada de la plaza, la escuela y la iglesia, mientras más allá bullía la vida porteña y el buen humor carupanero. Esta vivencia del encierro será después una experiencia compartida por los personajes de su poesía, bien sea en clausura impuesta por la fuerza o por el terror, sin escapatoria, o en prisión voluntaria, elegida libremente para huir de la maldad del mundo y esperar la muerte. Por eso, la confesión de esta carta ya había sido hecha antes en dos poemas, donde su experiencia de la niñez se transformó en un acto poético. En “El Alivio” de *Las formas del fuego* el personaje inicia su discurso:

Yo había crecido bajo la encomienda de mi hermano mayor.

Jamás salí de casa a divertirme con los niños de mi edad en la plaza vecina.

Este segundo verso fue escrito antes de “porque retozaba con los niños de mi edad, a los once años, en la plaza de Santa Rosa”, por lo que esta línea lo evoca y permite descubrir que nació de una imborrable experiencia de su niñez. José Antonio sintió y repitió hasta el final que vivió en una prisión, que la vida real, la libertad, le fue negada. Por consiguiente, ¿a qué experiencias pudo apelar entonces sino a las imaginarias?

En un segundo poema, “El clamor” de *El cielo de esmalte*, el yo poético, un enclaustrado también, que honra constantemente la memo-

ría de un ser amado ausente, sueña abandonar su ciudad para prestarle ayuda sin que pueda encontrar luego el camino del regreso:

Yo estaba al arbitrio de mis mayores y no les pregunté, antes de su muerte, por el lugar de mi infancia...

Yo no acostumbraba salir de casa en la ciudad de mi infancia. Mis padres me detenían en la puerta de la calle con un gesto de terror.

Aquí, el encierro de la niñez es impuesto por el terror de los padres y continúa luego de la muerte de aquéllos. El “yo” protagónico del poema estará siempre prisionero de los mandatos y prohibiciones legados por los padres, por todos los ancestros, en la niñez.

Así que cuando se habla de la brillantez escolar de Ramos Sucre en Carúpano bajo la guía del tío sacerdote: hay que recordar que fue un niño muy infeliz quien se convirtió en el mejor alumno de la clase. Fue un niño desesperado quien leyó uno a uno todos los libros de la biblioteca. Fue un niño prisionero que recibió del tío, un eximio maestro y latinista, instrucción en esta lengua que luego amó tanto como la suya. La lectura y la traducción de los clásicos latinos, bajo su conducción, le abrió la vía para su vocación de escritor. Bajo su égida pudo conquistar su profunda precisión y concisión: “Yo escribo el español en base del latín”, repetirá si alguien criticaba por no entender una construcción o una palabra en alguno de sus poemas. Por consiguiente, el odio que sintió siempre por la severidad inhumana, “caníbal”, del tío, necesariamente tuvo que convivir junto al reconocimiento del maestro que le enseñó “la belleza lapidaria” de la lengua original y madre del español.

En este régimen de encierro, castigos y abusos, José Antonio sólo tuvo como obligación y deber (su única salida) los estudios. En Caracas repetiría que en su niñez lo obligaban a estudiar sin descanso, y de ahí, la fragilidad de sus nervios y su insomnio. El estudio fue una vocación elegida pero también una imposición y una compulsión. Después siempre repetirá: “Estudiar es mi morbo”.

El 7 de diciembre de 1901 muere en Cumaná, de una infección intestinal, a la edad de dos años, su hermanita Carmen Quintina. Sólo por esto diciembre hubiera sido un mes muy triste pero también porque, por primera vez desde la fraticida Guerra Federal, la lucha revolucionaria llegaría a Oriente.

La “Libertadora” lucha por oriente y por Carúpano

El 20 de diciembre de 1901 se prendió, primero en el occidente y el centro del país, la “Revolución Libertadora”, la última revuelta armada que intentó sacar del poder al presidente Cipriano Castro y a “sus andinos”. Pero el vicepresidente Juan Vicente Gómez, delegado por Castro, derrotó en el occidente a los legendarios caudillos que la secundaban. En el oriente, la “Libertadora”, en cuyo comando había varios prohombres cumaneses, para inicios de 1902 dominaba ya en Cumaná. Jerónimo Ramos, su padre, había tomado parte en primera fila, recibiendo incluso el grado de General.

Pero el 23 de marzo de 1902, cuando tenía 55 años de edad, le sobrevino un infarto. En enero de ese año, Rita Sucre le había dado otra hija, también llamada Carmen en memoria de la anterior. Rita, aún sin cumplir los 32 años, tenía seis hijos pequeños, había perdido dos, los bienes del marido desaparecidos en la lucha armada y, para colmo, había enviudado. El velatorio y ceremonia del entierro de Jerónimo fue un acto colectivo, y el padre Ramos y José Antonio, viajando por mar, llegaron justo a tiempo. Él fue el único de los hermanos que asistió al acto de inhumación, por ser el mayor, con la prohibición de no llorar.

Rita contaba con sus hermanas, algunas ya casadas: Dolores con Benigno Sucre Martínez, Luisa con Ramón Madriz Otero (los padres de su “adorada” prima Dolores Emilia), Isabel, con Eliso Silva Díaz. El orgullo de los Sucre, radical en Rita, que le impidió siempre pedir ayuda, no aceptó el apoyo de la familia de su esposo a fin de afrontar la crisis, ni de los suyos, sino que comenzó a valerse por sí misma abriendo en la casa de los Sucre de la calle Bolívar una escuela de primeras letras, ayudada por su hija mayor Trina.

El destino de José Antonio parecía estar sin remedio “al arbitrio” del Padre Ramos. Había llegado tarde a la muerte de su padre y no recibió sus últimas palabras. Era imposible acudir a él para su salvación. Rita Sucre, golpeada doblemente por el infortunio, reaccionará endureciéndose todavía más y, en vez de conservarlo junto a sí, lo hizo irse con su tío y padrino, para que éste, no ella, continuara con su crianza y educación.

Su luto y el de su familia coincidían con la violencia del país en guerra. La “Libertadora” mantenía sus focos de dominio en el oriente del país. La calma de Carúpano se rompió cuando el 7 de marzo de 1902 el General de La Libertadora, Nicolás Rolando y sus hombres, llegaron en el buque *Ban Righ* al puerto y lo tomaron.

En mayo, el general Juan Vicente Gómez fue designado por Cipriano Castro como delegado para derrotar a los insurgentes, y el 3 de mayo los navíos de Gómez, con el general Velutini al frente, llegaron al puerto de Carúpano, intentaron tomarlo pero fueron rechazados. Se desató entonces “la batalla de Carúpano” entre los “gobernadores” y los alzados. Entonces, el 6 de mayo, en la mañana, Gómez recibe una herida de bala cerca de la ingle izquierda con salida por el glúteo, pero sigue luchando hasta las 5:30 p.m. cuando acepta, al fin, retirarse.

Según el relato del mismo Gómez, al darse cuenta de que estaban disparando “desde la torre de la iglesia cercana”, hizo trece disparos de máuser cuando sintió “un golpe en el muslo izquierdo”. Es muy posible que la iglesia hubiese sido la de Santa Rosa, cerca del puerto y con las torres más altas de Carúpano. Lo cierto es que Gómez estuvo muy cerca de la muerte o de la mutilación en Carúpano. Y también muy cerca de José Antonio, encerrado en una casa frente a la iglesia desde donde probablemente le dispararon, mientras en ese momento él distraía la pesadumbre leyendo quizás a Virgilio, anulando el ruido bárbaro de la guerra con el sonido civilizado del latín, ignorante de que un hecho, suscitado a unos pocos pasos, pudo haber cambiado la historia del país y la suya.

José Antonio había quedado huérfano cuando más necesitaba un padre que lo condujese por el mundo. Todos sus méritos escolares habían pedido su aprobación y su benevolencia. Su hermana Trina testimoniará que cuando salía uno de sus libros, repetía siempre “cómo complacería a papá leer lo que escribo”. Nunca olvidará que “Papá era muy indulgente, según Providencia, Isabel y Trinita”, como le escribe a Lorenzo desde Ginebra el 18 de mayo de 1930, refiriéndose a las dos hermanas de la madre y a su hermana mayor. Él sólo supo de sus virtudes dispensadas sobre otros. Su obra poética había culminado la herencia humanista de los Ramos y su padre no había vivido para complacerse por ello, para complacerlo.

Por esto, la batalla a su alrededor no le podía causar temor ni perturbación, sumergido como estaba en su pérdida y en sus libros. A los pocos días, las fuerzas del gobierno abandonaron el puerto. Pero la revuelta tenía las horas contadas. Para poner punto final, entre el 20 y 22 de julio de 1903, Gómez asedió y recuperó a Ciudad Bolívar, el último reducto revolucionario en manos de Rolando. Ésta será “la última batalla” de los treinta y nueve alzamientos militares que desde 1830 tomaron o perdieron el poder político por la fuerza de las armas. Será el inicio de la paz, la que Gómez, “El Pacificador”, reivindicó como obra suya, la que cerró el ciclo de las revoluciones del siglo XIX.

En 1903 entró en la pubertad sin que el tío sacerdote modificase el régimen de su encierro. Despierto antes del amanecer, debía asistir diariamente a los oficios religiosos, y también por las tardes, compartir las comidas con el tío, acatar sus mandamientos y prohibiciones, ir y venir de la escuela mañana y tarde, estudiar sin parar en la biblioteca, recibir del sacerdote la lección y las tareas de latín, retirarse a su cuarto a persistir leyendo hasta que, rendido de sueño, dejaba caer el libro de las manos. Un verso de “El desesperado” alude también a esta memoria personal: “Yo regaba de lágrimas la almohada en el secreto de la noche. Distinguía los rumores perdidos en la oscuridad firme”. El insomnio de Ramos Sucre se sembró en Carúpano.

Pero el 23 de octubre de 1903, a las 10 de la noche, murió el padre Ramos, de un paro cardíaco. El adolescente, en ese instante, debió sentirse doblemente turbado por la muerte que había deseado, y que significaba el fin de su opresión. Tenía motivos de sobra para odiar al sacerdote, pero también para admirar su obra, así que sus sentimientos debieron ser complejos: alivio pero también emoción, odio pero también lástima, alegría pero también tristeza. De hecho, apenas se corrió la voz, la casa se desbordó de dolientes. A la mañana siguiente fue velado de cuerpo presente en la Iglesia de Santa Rosa, en una misa solemne, con asistencia de la familia y de todo el pueblo de Carúpano que lo acompañó religiosamente hasta el cementerio donde fue enterrado por la tarde con oficios cantados.

José Antonio no tomó el camino abierto del puerto y del mar que tanto había anhelado sino que, de luto y abismado, regresaba sin detenerse a la casa donde sus dos tías y el tío Miguel inventariaban y organizaban el legado del sacerdote. Debió ser entonces a principios de diciembre cuando tíos y sobrino tomaron el barco que los llevaría de vuelta a Cumaná.

Cumaná 1903-1910, la trama de la **madre y de los libros**

El adolescente que regresaba a los trece años era ahora taciturno y malhumorado pero recuperaba su casa y Cumaná. Los tíos Ramos lo retuvieron en la Calle Sucre mientras Rita y los cinco hijos, tres cuerdas más arriba, vivían en la casa natal de Andrés Eloy Blanco, propiedad de su padre, el doctor Luis Felipe Blanco, quien se la había encomendado a Rita porque en 1903 fue confinado en la isla de Margarita por Cipriano Castro. Rita había salido adelante sola, habilitando la sala de la casa para fundar una escuela de primeras letras. Después conseguirá el puesto de maestra en la Escuela Federal Rendón. Al respecto hay una anécdota que corrobora su ingenio y fortaleza: como había escrito al director pidiendo un cargo de maestra de primaria y aquél no respondía, le envió otra carta: “Úrgeme una contestación. No puedo esperar indefinidamente. Mis hijos tienen tanta -AMBRE que ya comenzaron por comerse la H. Rita Sucre.” Su capacidad y don de mando le ganaron, a la larga, su dirección.

Fueron tiempos muy malos, de luto y de mucha escasez, que los niños debieron soportar aprendiendo a pasar hambre sin quejarse porque, en compensación y premio, llevaban el apellido Sucre. Estaban en la ruina pero tenían el mejor apellido de la calle Sucre.

Hay muchos cuentos suyos sobre el privilegio de ser un Sucre, que bastaba y sobraba para anular cualquier carencia. Según esta compensación: “Uds. no tendrán zapatos pero tienen a Sucre. “Uds. son Sucre. Lo demás no cuenta”. Así los niños tenían que aceptar la ropa remendada con parches, los zapatos gastados, privarse de comer completo, o no comer nunca “ni en días de dinero”, como escribirá José Antonio a Lorenzo. Ni en nochebuena había juguetes. Luego de la muerte de Miguel se mudaron al fin para la casa heredada de los abuelos, donde estaban las reliquias doradas del pasado, los muebles importados, los volúmenes de la rica biblioteca de los Ramos, los folios y condecoraciones, el piano de cola de la abuela en el salón, y también su hijo José Antonio.

Es seguro que José Antonio, como sus hermanos, trató siempre por respeto de “usted” a su madre, a la que llamaba “mamá” en su primera niñez. Pero al vivir de nuevo con ella evitaría en lo posible darle este nombre. En sus cartas a Lorenzo, es “Rita Sucre”, para poner en claro que no la consideraba su madre sino la “tirana” que en nombre de un sacrosanto apellido los dominaba. La carta-confesión a Lorenzo del 25 de octubre de 1929 prosigue el relato de su cadena de prohibiciones:

Al salir de ese presidio de Carúpano, circuito del infierno dantesco, pude salir a la calle, pero la tiranía era más severa aunque de nueva forma. Incurría en el enojo de Rita Sucre por actos de falta de atención o de fatiga de atención y estas escenas eran tremendas y duraban meses. No podía aplacarla a pesar de mi docilidad nativa. Yo me creía obligado a dar el ejemplo de la honestidad y sólo conseguí ser un hipócrita, un mentiroso.

La furia de una madre es devastadora. José Antonio no quería irritar, disgustar, molestar y, sin embargo, Rita continuamente le reclamaba por sus descuidos, olvidos y omisiones. Se sabe de sobra que su afán de orden era obsesivo, que podía ver un cabello caído en el piso y ordenarle a su dueño recogerlo. Mover un objeto de su sitio, no pasarle la llave a la alacena, dejar entreabierto la gaveta, equivocarse un encargo, perder, retrasarse, faltar, ¡cuántas situaciones diarias serían el drama de José Antonio! Él era descuidado porque estaba abismado en otra

cosa, o ausente “en la luna”, era un adolescente retraído y muy castigado por el dolor. De ahí su desatención o, como él dice, falta o fatiga de la atención. Vivía hacia adentro, era aficionado al ensueño y al estudio. Eso sería lo de menos, lo terrible eran sus prohibiciones basadas en el orgullo del apellido pero también en una moral rígida y cruel. Temibles eran sus escenas de insultos y amenazas por hacer algo prohibido según su código.

José Antonio siempre afirmará que no lo dejaron vivir su infancia y su adolescencia, y que por eso se había encerrado en el estudio. “Mamá me vejaba porque yo cortejaba a las muchachas fáciles de Chiclana”, le escribe a su hermano Lorenzo en una carta sin publicar. Chiclana era, y es, un barrio muy pobre de la ciudad, donde entonces había muchachas “fáciles” que se prostituían obligadas por la pobreza. José Antonio, como todos sus amigos, tuvo su iniciación sexual de esta manera porque no había otra. Él no quiso la abstinencia que llevaba a vicios y perversiones, como le escribe a Lorenzo al justificarse ante uno de los “crímenes” que la madre castigaba con “cruelles ultrajes”, avergonzándolo de los deseos de su cuerpo. No conocemos las otras muchas prohibiciones que le infligieron pero todas lo hirieron profundamente porque eran impuestas por su madre. José Antonio dejó de ir los domingos a misa, ni siquiera en Semana Santa o Navidad: “No se le veía ni aún en el templo de Santa Inés”, recuerda su compañero Diego Córdova, en una reacción contra ella que iba a la iglesia todos los días, y que lo humillaba con su religión. Sin posibilidad de ganársela, la única forma de “aplaclarla” fue encerrarse, ocultarse, guardar silencio, aceptar ser gritado y maltratado, tragarse sus palabras, ser hipócrita ante ella.

“Yo no creo en severidad, mal humor, irascibilidad; yo no señalo sino crueldad y vulgaridad”. Estos fueron los métodos coercitivos usados en su infancia y adolescencia. El resultado fue trágico porque José Antonio no se sintió amado por su madre, quien no fue su primera fuente de vida sino su destructora. Ella lo obligó a odiarla y eso no se lo perdonó nunca. La falta de este sosiego y protección maternal lo dejó inde-

fenso para enfrentar la hostilidad del mundo exterior, y lo debilitó ante las enfermedades físicas, según su carta: “Tú sabes que la escasa resistencia que ofrezco a las enfermedades no vienen sino de un sistema nervioso destruido por los infinitos desagradados, discusiones, maldiciones, desesperaciones y estrangulaciones que me afligieron”.

José Antonio no pudo reposar su alma en el recuerdo de su niñez y adolescencia porque no las gozó, y a esta carencia de imágenes de una primera felicidad, de un “hogar sedante y tolerante” atribuyó siempre su enfermedad y sufrimiento.

Hay más que decir de Rita Sucre: ella no fue sólo esta mujer imperiosa y rígida, cruel con su hijo, dominada por el orgullo de su apellido y clase, sino que según muchos, entre ellos Alberto Sanabria, cronista de Cumaná, era encantadora, “de talento y simpatía, de grata conversación, y de cuyos labios fluía singular gracia...” Se ha dicho que Ramos Sucre no tenía sentido del humor pero muchas de sus anécdotas prueban lo contrario, que era divertido e irónico como su madre. Hizo del ingenio y del humor su única arma de defensa, que dio origen a gran parte de su “Granizada”. Rita también se defendió del mundo de la misma manera. Estas dos anécdotas lo prueban: cuando Ramos Sucre en Caracas se mudó de una de las tantas pensiones, la dueña le reclamó: “Así que te vas, José Antonio, después de que tantas veces te maté el hambre”, y él le respondió: “No se haga ilusiones señora. Mi hambre es inmortal”. Cuando Rita, en 1952, el mismo año en que moriría, erguida y sin aceptar ayuda por sus 82 años, se acercó a la mesa para votar en las elecciones donde sólo presentaban candidatos URD, COPEI y el FEI, el miembro de este último partido perezjimenista le preguntó: –“¿Señora, Usted sabe para qué viene aquí?” –“Sí señor. Vengo para perder.”

Así perdió José Antonio con su madre. En compensación y refugio, se encerró en el estudio y a soñar con una obra propia. A su disposición estaba el caudal de la biblioteca de los Ramos, con más de seiscientos volúmenes, según el inventario que de ellos se hizo en 1907. Y en 1904, su inicio del bachillerato.

Un adolescente sufrido y cabizbajo

El Colegio Nacional de Varones, hoy Liceo Antonio José de Sucre, fue la más prestigiosa institución educativa de la ciudad. José Antonio estudió en su nueva planta, diagonal con la Catedral. Tanto el abuelo como el tío sacerdote habían sido rectores por muchos años y también profesores de latín, retórica, historia y filosofía. Y para ese momento el Rector era el “querido primo y venerado maestro”, José Silverio González Varela, a quien los alumnos llamaban “Silverito”, para diferenciarlo de su padre que lo había precedido en el cargo. Él llegaba a un recinto que había sido punto de convergencia de sus antepasados que seguían presentes en él.

José Antonio cumplía catorce años cuando entró con su hermano Miguel, de doce años, al primer año del bachillerato. Era el mayor del salón, retraso explicable por el tiempo de formación en la casa del tío. También por eso debió ser, desde el primer día, sin competencia posible, el mejor de la clase. Cuando tenía diez y seis años mereció ser nombrado asistente del maestro “Silverito” en las cátedras de Latín y Retórica, y debió recibir alguna remuneración. El periódico *La instrucción pública* reseñó repetidas veces su sobresaliente actuación en todos los años del bachillerato, siempre “el primero” en todas las asignaturas; y asimismo registró sus otros estudios por su cuenta, porque además de conocer el latín y el francés que se enseñaban en la Escuela, estaba aprendiendo italiano, alemán e inglés.

Después de obtener su título de Bachiller en Filosofía, en septiembre de 1910, el periódico lo despidió antes de su viaje a Caracas con este comentario: “Puede leer en sus propias lenguas a Virgilio, a Dante, a Shakespeare, a Molière y a Goethe y decía ingenuamente: en cuanto tenga un poco de tiempo aprenderé el griego”.

No cabe duda de que fue considerado excepcional en muchos sentidos: por ser el alumno más sobresaliente de la Escuela, por su conocimiento de muchos idiomas, por la abundancia de sus lecturas. Pero también por heredar y proseguir a tantos antepasados ilustres, por tener la sangre de Sucre. Así comenzó a crearse la fama de su “pasmosa

erudición”, con la que lo asociaron sus contemporáneos las más de las veces, lo que les impidió ver en él al poeta y al artista que fue. Sin embargo, no hay información de que en estos años hubiese mostrado, o leído a algún compañero algún intento de creación poética. Sus composiciones escolares, con las primicias de una escritura propia, se quedaron en Cumaná cuando viajó a Caracas, y de allí se extraviaron como casi todos los libros de la invalorable biblioteca de su casa.

¿Cómo lo verían sus compañeros? Quizás como un apasionado defensor del latín y de los autores clásicos que a escasos interesaban, un cultivador del buen hablar que decía frases precisas y acertadas, ni una más ni una menos, un lector incansable de libros que ellos no habían leído pero que no humillaba a nadie con sus lecturas sino que con gusto las compartía. Uno de sus compañeros de clase se convertiría en su amigo más íntimo, Cruz María Salmerón Acosta.

Salmerón Acosta, “el poeta de Manicuaire”, como la posteridad lo conoce, dos años menor que él, venía de una niñez feliz, entre los pescadores y el mar. Eran once los muchachos en la clase, pero la relación que se haría luego hermandad sólo fue entre los dos. Es imposible decir desde afuera qué secreta afinidad o complemento unía a dos personas tan diferentes. José Antonio había sufrido pérdidas y castigos inolvidables, mientras Cruz María gozaba aún la plenitud de su niñez. Ramos Sucre, “el mejor alumno”, apenas dibujaba una sonrisa, sus palabras eran pocas y precisas, era contenido y solitario. Cruz María era descuidado en los estudios, alegre y rebelde. Dionisio López Orihuela, uno de los compañeros del Colegio, recuerda el uso de los castigos corporales, o de las reprimendas públicas de los alumnos. Según él, Cruz María “se dio el gusto, que no pudimos darnos los demás, a excepción de José Antonio Ramos Sucre que fue otro espíritu superior, de salir de allí sin haber sido golpeado, humillado”. Otro amigo del Colegio, Diego Córdova, recuerda estas palabras suyas: “El estudio es mi único consuelo”. ¿Consuelo de qué? En plena adolescencia no podía referirse sino a su carencia de un “hogar sedante y tolerante”. De este modo, sus amigos testimonian que, siempre con un

libro en la mano, a veces en soliloquio, después de las clases no los seguía a los entretenimientos sino que solo tomaba el camino a casa para meterse en algún otro volumen de la antigua y rica colección de los abuelos.

Sin embargo, cuando pasaba por la calle Bolívar y la calle Sucre tenía la visión de las niñas puestas a la ventana, en espera de amigos y de galanteos, o que dejaban oír las notas de su piano o del canto. Ramos Sucre las conocía a todas, y a sus familias desde siempre. Hubiese sido muy bien visto en sus casas, por su atractivo y su gentileza, por su fama de estudioso, por todas las razones del mundo que eran llamarse “Sucre”, pero él se detenía justo el tiempo para unas corteses palabras de saludo y nada más.

“Yo he sido querido, admirado, compadecido por bellísimas mujeres. Naturalmente, no he abusado de su bondad. María del Rosario Arias habló conmigo una sola vez, antes de venirme para Caracas, y me recordaba afectuosamente por ese único motivo. Se asombró de mi humanidad y amenidad al conocerme”.

Es su aclaratoria a Lorenzo de que gozó de la amistad de muchas mujeres, con quienes siempre se comportó como un caballero que cumplió todos los deberes de su culto, pero no enamoró a ninguna. Su cortesía o galantería, que no buscaban seducir sino respetar, le ganó la admiración y el amor de muchas, como él afirma sin ninguna vanidad puesto que se abstuvo de tomar en premio algún favor, según el código de honor del caballero que exige su resistencia al menor intento de seducción, su defensa y protección de la honra de la dama. Esta contención y recato ante la mujer, que fue siempre la suya, estará en su poesía encarnada en la actitud del gentilhomme que ante la dama no romperá el sigilo de su amor, como si la imaginación fuera el espacio de la consumación del deseo y no la realidad:

“Yo estoy prosternado. Quiero oprimir entre mis manos su diestra delgada y perezosa”.

En esta estrofa de “Trance”, de *La torre de Timón*, un caballero escucha en silencio y en “trance” idolátrico, de rodillas, la voz mágica de

una beldad rubia, pero conserva hermético su amor. No es aventurado afirmar que un adolescente tan sensible y sufrido como él debió sentirse atraído por alguna de estas muchachas de Cumaná pero no intentó expresarlo, reprimió su deseo. Era “de buen tono” ser tímido, después escribió en una “Granizada”, en defensa de esta actitud virtuosa, connatural de su adolescencia, y que es parte del “entono” del caballero. Pero su timidez era también sentirse paralizado ante la posibilidad de actuar, no atreverse a salir de su “celda” de estudio para iniciarse en una relación amorosa. Era libre para pasear por el resplandeciente mar con los amigos, por el claro Manzanares. Era libre para frecuentar las veladas artísticas y musicales en donde lucían su beldad las muchachas de su edad. Era libre de divagar por las calles estrechas y antiguas de su ciudad, pero se apartaba del mundo para estudiar, conocer, aprender, saber quién era, para protegerse. “Conservo mis afectos de adolescente sufrido y cabizbajo”, dice el narrador protagonista de “De profundis” en un verso que es una imagen de su yo biográfico. “Los contratiempos me desviaron de la realidad y me persuadieron a la esquivéz”. En esta línea de “El cautivo de una sombra”, el protagonista elige también el retiro del mundo como única forma de supervivencia.

Él fue, esencialmente, siempre “el mejor”, el que por moderación callaba en clase ante el profesor, el que en los bancos de la Escuela resolvía o explicaba para otros una tarea, el que parecía haber leído todos los libros de la biblioteca. No sabemos si se valía del humor y de la ironía para desahogarse como después, si reía con los compañeros en los juegos de la edad. Pero sí es seguro que nadie presintió que su destino iba a ser la poesía y no las universidades y las academias.

Todo adolescente es soñador, más José Antonio, también Salmerón como él lo llamaba, quienes a diario se entregarían con vehemencia a imaginar “otra” historia. Y eso se hacía a pleno sol después de que Cipriano Castro, el Presidente reelecto para el periodo 1905-1911, que en 1908 había tenido que viajar a Alemania por enfermedad, fuese declarado en 1909 reo de traición y asesinato, acusación que llevó a la

proclamación de Juan Vicente Gómez como Presidente para el período 1909-1913, con la adhesión unánime de todo el país en una primera etapa considerada de “luna de miel” con sus opositores por la apertura de la prensa, la libertad de los prisioneros políticos, el regreso de los exiliados, la reconciliación y colaboración de todos los caudillos regionales que se sentaron juntos en un Consejo de Gobierno.

José Antonio y Salmerón, como todos, tuvieron esperanzas ante un cambio que parecía ser por la libertad. José Antonio habría limitado más su esperanza, habría preferido guardar silencio sobre el porvenir histórico para no aguar el momento de fiesta. Ya sabía que la historia daba para demostrar tesis contrarias: bien “el triunfo perenne de la fuerza”, o las conquistas perdurables de la justicia y el derecho, como escribirá después en un artículo de abril de 1913, cuando Gómez aún no había revelado su intención continuista.

La admiración por esa entrega solitaria y sacrificada al estudio y al pasado debió conmover, más que a nadie, a Salmerón. Además, los dos estaban poseídos por otra pasión, la poesía, que se cultivó desde siempre en Cumaná. A Salmerón le bastaba con la del último romanticismo, y luego con la del modernismo latinoamericano y de Rubén Darío. Mientras que José Antonio, también lector de esta poesía de su época, miraba mucho más atrás. En la poesía francesa que fue la fuente de la renovación modernista. Y de ahí que conocía a Aloysius Bertrand, el creador del “poema en prosa”, y a Baudelaire y Rimbaud, a los parnasianos y simbolistas. Pero también era asiduo de Goethe, de los románticos alemanes y del italiano Leopardi, con quien siempre se identificó. Aún más atrás, leía toda la literatura del siglo de oro español, la profana y la religiosa. Y desde su adolescencia fue apasionado lector del teatro de William Shakespeare. Además, era el único que regresaba directamente a las fuentes: a la poesía medieval de Dante, a todo el latín, con predilección por el siglo de Augusto, a todo el griego ático y el de Homero, y de ahí a la mitología greco-latina pero también la nórdica, donde estaban las imágenes primordiales. Asimismo, en Carúpano, obligatoriamente se empapó de los libros de los primeros

padres del Cristianismo, de todo el santoral y los ritos religiosos. Un verso de “El adolescente” evoca a los autores que llenaron las fantasías de su adolescencia: “Yo juntaba las memorias de la antigüedad pagana con la memoria del drama alegre o sombrío de Shakespeare”.

A su lado estaban también los poetas integrantes del club literario “Surge et ambula”, que habían fundado en 1904 la revista literaria *Broches de flores*, al que pertenecieron figuras como Juan Miguel Alarcón, Pedro Elías Aristeguieta, Luís Teófilo Núñez, José María Milá de la Roca Díaz, Eliso Silva Díaz, Joaquín Silva Díaz, por nombrar sólo algunos de los más relacionados con él. Eliso Silva Díaz (1874-1950) fue el esposo de su tía Isabel Sucre Mora. Su hermano Joaquín Silva Díaz (1885-1977) fue el famoso pianista internacional y compositor que desde 1913 se radicó en Francia. Luis Teófilo Núñez, nacido en 1884, será socio de Andrés Mata en *El Universal*, del cual fue después director y allí encontrará a Ramos Sucre cotidianamente. Juan Miguel Alarcón (1887-1933), autor del entonces celebrado poemario “Rimas de oro”, será su compañero de trabajo en la Cancillería. Pedro Elías Aristeguieta, nacido en 1885, emparentado con su familia, trascenderá como un héroe porque morirá de una herida recibida en batalla luego del desventurado desembarco del “Falke” en 1929. Y José María Milá de la Roca Díaz (1878-1911), quien desde muy joven enfermó de lepra, dejó dos poemarios, una novela aún inédita y obras dramáticas. Que José Antonio fue a visitarlo en su retiro, lo prueba su “Al pie de un cipo”, escrito en Caracas el día después de saber su muerte. Allí exalta su sobrehumana fortaleza sin una queja por su desgracia y pide un monumento funeral que lo represente meditando sobre la mano mutilada, como lo recuerda “cuando desde la ventana de su cuarto, comparaba su reclusión con la libertad del mar lejano, en cuya brisa intermitente venía muy rara vez un desmayado clamoreo a interrumpir el silencio abrumador sobre el vecino arenal llameante”.

Esta será la primera imagen, de las muchas en su poesía, del hombre sufriente que no se abandona a la queja sino que la convierte en acto, en este caso, de creación (en caso contrario, el sufrimiento puede lle-

var al mal, a la destrucción). Según esto, el dolor puede engendrar poesía, transmutarse en obra de arte.

El 22 de septiembre de 1910 rindió el examen para optar al título de Bachiller en Filosofía, aprobado con la calificación de “sobresaliente”. Casi todos sus compañeros viajaron a Caracas a estudiar en la U.C.V., aunque de ellos sólo obtuvieron su doctorado en Derecho Ramos Sucre y Juan Bautista Mariña Liccioni; y en Medicina, Agustín Aza Gil.

Miguel no seguirá a Caracas sino que buscará trabajo para irse el año siguiente. Mientras que Salmerón mandará a llamar a Ramos Sucre porque el dinero enviado por su padre alcanzaba y sobraba para los dos. Además, el 13 de febrero de 1911 la Gobernación del Estado Sucre, en reconocimiento de sus méritos escolares, le concedió una pensión de cien bolívares para sus estudios universitarios.

Caracas 1910-1913, un joven estudioso **y desarraigado**

Caracas estaba ahí, sus techos rojos, sus blancas torres, a los pies del Ávila, tendida, ante los ojos de Ramos Sucre. También, con lo que no registró Pérez Bonalde, los cambios arquitectónicos de Guzmán Blanco para asimilarla a un pequeño París. O las mediterráneas villas tras los jardines de El Paraíso, que introducían nacientes formas de urbanismo que suplantarian a la ciudad colonial rodeada de haciendas y sembradíos. Aquella ciudad de un poco más de cien mil vecinos que comenzaba a crecer restándole habitantes a las otras ciudades, y que era el centro cultural del país, que venía desplazando a ciudades ilustradas y fundadoras, como su Cumaná.

Su entrada a Caracas debió ser a finales de septiembre de 1910, aunque su diploma de Bachiller tiene fecha del primero de octubre. Este será el único escenario de la presentación de su obra, la ciudad en donde la hizo, y perpetuó su modelo invariable de poema en prosa. Allí vivirá diecinueve años, hasta el primero de diciembre de 1929, siempre de pensión en pensión, como estudiante y luego como abogado y Doctor en Leyes, como si estuviese de tránsito o de paso. Incluso, desde finales de 1915 su madre y hermanos, vendida la residencia de la Calle Sucre, se habían domiciliado en la casa comprada en La Pasto-

ra, el N° 80 de Amadores a Urapal, en donde él nunca vivió. No obstante, al menos en esa casa dispuso de un espacio permanente para sus libros que estuvieron resguardados en armarios en los dos cuartos del segundo piso.

De los libros de esta biblioteca, que a todas luces fue una dilatada y selecta colección, incluso de primeras ediciones, en muchos idiomas modernos, y también en latín y griego, sólo ha quedado una lista de inventario, elaborada por Miguel, el hermano solterón que vivió siempre en esa casa con Rita Sucre, tal vez con el propósito de donarlos o venderlos. Pero de ellos (pocos se salvaron en manos de familiares y algunos fueron donados a la Casa Ramos Sucre) no hay noticia de ingreso en ninguna biblioteca pública del país, por lo que podrían estar dispersos en bibliotecas privadas sin que los propietarios hayan visto o apreciado su valor hasta ahora; o fueron rematados por libreros ambulantes. Esa lista, hecha más de treinta años después de su muerte, muestra que sus libros ya habían comenzado a disgregarse por ahí porque apenas se enumeran mil doscientos setenta y cuatro títulos, algunos de varios tomos, de una recopilación que era muchísimo más vasta, según todas las referencias que se tienen, entre otras, por la ausencia de autores que el poeta había estudiado. No sólo se extraviaron sus libros sino con ellos sus anotaciones en los márgenes, las frases que se le ocurrían mientras leía, imágenes a lo mejor para un poema, “libros todos leídos y anotados brevemente por aquel cerebro infatigable”, como lo recordará José Nucete Sardi.

Pero cuando llegó a Caracas, traía apenas una maleta con poca ropa y libros. Aquella primera pensión situada de Camejo a Santa Teresa, la esquina norte del Teatro Nacional, fue uno de los lugares de reunión de los estudiantes orientales. Allí reencontró a compañeros como Dionisio López Orihuela o Juan Bautista Mariña Liccioni, y allí lo esperaba su íntimo amigo Salmerón, quien compartiría con él su cuarto durante casi un año, hasta julio de 1911. Después tendría un cuarto solo, su único espacio privado donde no recibió a nadie.

Su primer texto poético, “El paria”, publicado en Caracas por la revista *Cultura* de noviembre de 1912, será una transposición de su situación y sentimientos de aquel entonces:

A Caracas, reducido casi a la mendicidad, viene de muy lejos. La separación de los suyos lo agobia de pena no expresada, porque la expresión del dolor es indigna de las almas severas. Lo espanta del regreso el recuerdo del hogar fulminado por el destino.

En la Facultad de Ciencias Políticas cumplió los requisitos de inscripción en Derecho, y también en Literatura en la Facultad de Filosofía y Letras, donde Pascual Venegas Filardo era el otro único alumno. Por consiguiente, tenía por delante asistir todos los días a las clases, conocer a los estudiantes, a los profesores, figuras muy destacadas del momento, descubrir el mundo cultural capitalino que tenía su punto de concentración en la Plaza Bolívar y su irradiación por las cuatro esquinas y cuadras circundantes. Allí, en la Plaza, Ramos Sucre vería pasar a todas las generaciones del mundo literario, también a casi todos los políticos, y aún más, vería a las familias de la sociedad caraqueña que iban a misa el domingo a Catedral, a Santa Capilla o a San Francisco y luego podían quedarse para la retreta de la banda marcial dirigida por el maestro Pedro Elías Gutiérrez, o entrar con sus hijas y amigos acompañantes en “el rendez-vous de la aristocracia”, donde había *vermouth*ailable los domingos, el café “La India”, situado de Gradillas a Sociedad, la cuadra de lujo de la ciudad. No tenemos testimonios de estos primeros meses cuando sólo frecuentaba y se demoraba en la Universidad, las Academias y la Biblioteca, reunidas en el mismo recinto de San Francisco. O cuando se detenía un rato en la plaza por las tardes, para estar atento a las noticias y novedades que corrían de boca en boca. ¿Qué más podía hacer un joven reducido casi a la mendicidad y sin hogar? Refugiarse en el estudio sin descanso dentro del claustro universitario, o de la Biblioteca Nacional, con libros prestados.

“El llegó a Caracas con mucha fama de ser muy inteligente”, esta será la única memoria de esos primeros meses que conservará el poe-

ta Fernando Paz Castillo, dos años menor que él, quien lo conoció entonces cuando Ramos Sucre fue invitado a hablar en una reunión en el Liceo Sucre, cuyo director era el educador J. M. Núñez Ponte. Será en este Liceo cuando a partir de septiembre de 1911 tendrá su primera cátedra de Historia y Geografía de Venezuela.

A finales de febrero de 1911 comenzó a llegarle la beca mensual de cien bolívares, relevando la ayuda de Salmerón, y dispondrá para comprar libros clásicos o antiguos, como los de la librería Hernández y Ceballos, que en la esquina de Padre Sierra remataba viejas bibliotecas, y en donde se reunía el grupo que fundó la revista *Cultura* en 1912. Así que no había tiempo ni dinero para más. Sin embargo, llevó siempre su pobreza con decoro y prestancia, aun con un solo traje y las camisas blancas que usaba con el cuello levantado, su corbata ancha esponjada bajo el chaleco, el sombrero de ala corta, los libros bajo el brazo, su fino bastón. Nada tuvo que ver con la picaresca de las pensiones, y en las noches, nunca se detuvo en charlas de patio o de pasillo sino que, saludando a todos, se aislaba en su cuarto.

José Antonio y Salmerón compartirán el respeto por la dignidad del recinto universitario, sin permitirse irreverencias. Dionisio López Orihuela recuerda que Salmerón, por una ofensa en clase, retó a duelo al alumno culpable citándolo para las cinco de la mañana del siguiente día en el patio de la universidad, nada menos que ante la estatua de José María Vargas. El alumno no se presentó. José Antonio habrá admirado el valor de su amigo “que lleva al sacrificio y a la muerte”, como escribirá después en uno de sus textos laudatorios del heroísmo. Ante las ofensas exteriores los dos tomaban actitudes opuestas: Salmerón respondía actuando; él, en cambio, sufriendo en silencio, las convertía en estudio y, después, en acto poético.

De modo que cuando culminó su primer año académico 1910-1911 en Derecho y en Literatura fue el mejor del salón, con méritos para Diplomas de Honor de Sobresaliente en cuatro materias: en Derecho Público Eclesiástico, Principios Generales de Literatura, Derecho Romano y su historia, y Sociología. Aún no se descubría como poeta sino

como un conocedor de muchos idiomas, un lector y enciclopedista a la manera del siglo de la Ilustración (“apergaminados”, llamaba a los eruditos), un defensor del humanismo clásico.

Fue él quien condujo a Salmerón a su vocación. Según López Orihuela: “Fue el primero que descubrió en él al poeta. Nos hablaba de él con entusiasmo delirante. Cruz María no tenía fe en sus poemas: los rompía y Ramos Sucre se desesperaba”. En admiración y reconocimiento, Salmerón le envió desde Manicuaire, en julio de 1911, el soneto “Cielo y mar” que compuso para él, dedicado “A mi hermano José Antonio Ramos Sucre”.

Una relación importante desde su llegada a Caracas fue la de Lisandro Alvarado (1858-1929), el memorable investigador de nuestra realidad, imbuido del Positivismo que en ese momento era la corriente de pensamiento dominante. Don Lisandro, que trabajaba en la Cancillería, era un consumado lingüista y traductor, y tanto lo habrá impresionado José Antonio que le encargó traducir del latín, por primera vez al español, “Política Indiana”, el prefacio de Chauveton para *La historia del Nuevo Mundo* de Jerónimo Benzoni, prestándole un ejemplar único de su propiedad. Así debutó presentado nada menos que por Lisandro Alvarado como “el estudioso joven” en la revista de culto, *El cojo ilustrado*, de agosto de 1911.

Alvarado era también amante del latín y había traducido en prosa el apasionado y lúcido poema filosófico de Lucrecio *De la naturaleza de las cosas*. Lucrecio, que según la leyenda compuso su poema en los intervalos de “razón” de su locura y se suicidó a los 44 años, fue el poeta de quien Ramos Sucre recibió la filosofía que siempre fue suya, de la aceptación ecuaníme y sin quejas, con naturalidad, de la muerte:

Yo vivía retirado en el campo desde el fenecimiento de mi juventud. Lucrecio me había aficionado al trato de la naturaleza imparcial. Yo había concebido la resolución de salir voluntariamente de la vida al notar los síntomas del tedio, al sentir las trabas y cadenas de la vejez.

Este poema de *El cielo de esmalte* resume su actitud filosófica ante la muerte, guiada por Lucrecio. El título *Edad de Plata* alude al mito de las cuatro edades que Ramos Sucre asimila a la temporalidad. Por eso, el yo del poema saldrá de la vida a su voluntad antes de la edad de hierro, que es la vejez. Aguardará la muerte viviendo lejos de los hombres volátiles, con la naturaleza “imparcial” de Lucrecio. Es decir, la naturaleza inmutable, incommovible, impávida ante la muerte. Porque Lucrecio compuso su poema para probar con imágenes poéticas y argumentos racionales que el alma se disuelve en átomos junto con el cuerpo. Por lo tanto, si el alma individual no sobrevive a su cuerpo, la muerte son “las vacías tinieblas” de “Preludio” invocadas por el “yo” poético en *La torre de Timón*. De ahí que temer a la muerte sea vano. Todos los tormentos y placeres nos aguardan en vida y en un cuerpo. El terror y la desolación de desaparecer sólo podrán compensarse y repararse con una obra inmortal. El único temor es, entonces, morir antes de tiempo. Según Paz Castillo, cada vez que salía un libro suyo, Ramos Sucre respiraba aliviado porque “ya podía morir”.

Asimismo, Alvarado había traducido del francés los libros de Humboldt. Y también debió inducirlo a la detenida relectura del naturalista alemán que culminó en la publicación de 1923, *Tras las huellas de Humboldt*, que llamó ensayo, sin seguirlo como pensaba. Porque ya para esa fecha había dejado de escribir prosa con ideas, y escribía prosa con imágenes de la poesía.

La salida del prosista y la iniciación del poeta

Ramos Sucre tenía 21 años cuando el 15 de diciembre de 1911 *Ritmo e ideas* de Cumaná publicó “Del destierro”, el texto inaugural de su poesía. Parece, como “El Paria”, recrear una experiencia personal con una “pasante” que se pierde por una “avenida asombrosa de árboles”. Es este un lenguaje emotivo, similar al lenguaje romántico de su momento, que usará sólo en su iniciación. Aquí brilla sólo el hallazgo del adjetivo “asombroso” que ha recuperado su primer sentido. Pero ni

éste ni “El Paria” fueron posteriormente reconocidos por su autor, quien los dejó fuera de su primera recolección, *La torre de Timón*.

Tampoco quiso salvar sus artículos de prensa de 1912 y 1913. El primero, “Renzo Stecchetti”, publicado en Cumaná el 1 de enero de 1912, sobre un poeta muerto de tisis a los treinta años, que fue una invención del escritor italiano Olindo Guerrini (1845-1916), lo que Ramos Sucre ignoraba. El artículo, que traduce del italiano uno de los poemas, introduce una de sus ideas fijas, la justificación de la muerte en plena juventud, según el postulado del mundo griego de que los elegidos de los dioses, como los héroes, deben morir jóvenes, que Ramos Sucre extiende también a los poetas: “Morir a los 30 años es lo más poético de la vida. Siempre he pensado que los poetas, los héroes debían morir jóvenes”. Ésta será una de sus ideas fijas.

Y en Caracas publicó otros cinco artículos de opinión, tampoco recuperados. “Reflexiones sinceras”, en *Atenas*, el 15 de mayo de 1912, sobre la necesidad de leer pocos libros hondamente, consejo que reiterará después a su hermano Lorenzo. “El poeta de la democracia”, en *El tiempo*, el 22 de enero de 1913, que ironiza a Walt Whitman. “Estirpe proceras” y “Ni el derecho ni la fuerza”, ambos también en *El tiempo*, en abril de 1913, ya comentados. Y el imprescindible, “Ideas dispersas sobre Fausto”, en *El Cojo Ilustrado* de abril de 1912, donde rememora a Fausto, que será uno de los personajes de su poesía, cuya leyenda fue tratada por muchos antes de Goethe, porque “el genio no crea el asunto de la obra de arte que lo inmortaliza”. Y sostiene que la “mayor parte de las obras de arte lo son de oscuridad”, por las alusiones y escenas indescifrables que despertarán innumerables lecturas. Esta oscuridad será precisamente la nota dominante de su futura poesía, que perturbará y perderá a más lectores. Incluso el mismo Ramos Sucre hace constar que leyendo el *Fausto* de Goethe “se hallaba perdido como en un laberinto”, del que fue guiado por el poeta francés Gérard de Nerval “a quien enfureció la locura sagrada de las pitonisas y malogró el mismo destino que a Lucrecio”. ¿El estudioso joven que aún no había encontrado su voz poética visionaba que éste podría ser también su destino?

Sin embargo, Ramos Sucre desistirá de seguir publicando sus opiniones para entregarse cada vez más a la invención de la “otra” prosa que será el continente de su poesía. Aunque todavía en *El Nuevo Diario*, el 28 de marzo de 1914, sentirá el impulso de debatir en “Comentarios de un crimen” en relación al que cometió en esos días la esposa de un Ministro francés en contra del hombre que injurió a su marido. Allí recuerda que la mujer, en la Edad Media, hizo posible el surgimiento de la caballería, “la más alta preseña de la dignidad humana”. Mientras que siglos de su servidumbre y sumisión podrían llevar al desastre biológico y social de convertirla en un “ser parásito u ornamental”. Quizás por el juego irónico, muy pocos entendieron que Ramos Sucre no quería que la mujer fuera un ser parasitario u ornamental, como lo era en su sociedad, sino un ser libre de elegir su vida. En “Granizada” ironiza: “Los hombres se dividen en mentales y sementales”. “Las mujeres se dividen en bellas y feas”. “Las mujeres son botín de guerra”. Y aun publicó un último artículo, en tono satírico, en contra de las ideas políticas de Leopoldo Lugones, “Un sofista”, el 27 de enero de 1927, en el mismo diario, gracias al cual sabemos que defendía con vehemencia la democracia, que Lugones confunde con “el redil”.

Habría que preguntarse entonces si sus dos primeros intentos poéticos fueron actos fallidos. ¿Cuál fue entonces el poema de la iniciación que lo llevaría a la consecución de la forma hierática, cristalina, fija de su poesía en prosa?

Es sin duda, “Elogio de la soledad”, publicado por primera vez en *Comando de Atenas*, el 30 de septiembre de 1912, y de nuevo en *La revista* de junio de 1918, allí dedicado “A José Abel Montilla”, hasta que entró en su forma final como el décimo poema de *La torre de Timón*, de 1925.

El texto se inicia con una exposición de los argumentos en contra o a favor de la soledad, cuya parte toma Ramos Sucre: “Siempre será necesario que los cultores de la belleza y del bien, los consagrados por la desdicha, se acojan al mudo asilo de la soledad, único refugio acaso de los que parecen de otra época, desconcertados con el progreso”.

Entonces Ramos Sucre cede la palabra a un personaje de ficción para que declame, como ante un foro, un discurso en defensa de la soledad valiéndose de los procedimientos de un “retórico”, es decir, de un orador que usará los argumentos y ejemplos más persuasivos y conmovedores del repertorio para ganar su caso:

La indiferencia no mancilla mi vida solitaria; los dolores pasados y presentes me conmueven; me he sentido prisionero en las ergástulas; he vacilado con los ilotas ebrios para inspirar amor a la templaza: me sonrojo de afrentosas esclavitudes; me lastima la melancolía invencible de las razas vencidas. Los hombres cautivos de la barbarie musulmana, los judíos perseguidos en Rusia, los miserables hacinados en la noche como muertos en la ciudad del Támesis, son mis hermanos y los amo.

Habría sido imposible no ser absuelto con un discurso, poema, como éste. En esta enumeración caótica inicial, el “acusado” se identifica con los hombres y mujeres que han sufrido en todas las épocas históricas y también en la suya. Así prueba que el asilo solitario no es para huir, ni para olvidar, dos formas de evasión, sino por su sufrimiento que lo ha “consagrado” para el estudio y el “afecto puro de la gloria”. Esta primera persona poética, igual a todos los que han sufrido a causa de la historia, será la fuente para la invención de personajes cautivos, torturados, perseguidos, vencidos, las víctimas que después asumirán las voces cantantes en su poesía. Pero esto tomará tiempo. Pasarán más de dos años antes de que escriba otro poema, antes de que regrese a la invención de personajes, iniciada en “Elogio de la soledad.”

Este asilo en la soledad, que él defendió en su poema, no lo tuvo nunca en Caracas, donde carecerá siempre de un espacio retirado, propicio y silencioso, donde vivirá en estado de precariedad y de intemperie, expuesto a la presencia de la gente y a la necesidad de salir a la calle todos los días desde el amanecer. Ya en septiembre de 1911 se había mudado para otra pensión situada en la esquina de Colón y vivía apartado de sus amigos y de su hermano Miguel, quien llegó para iniciar estudios de Medicina.

En diciembre de ese mismo año se había casado en Cumaná su hermana mayor Trina con Ramón Almándo Mora, su pariente, acontecimiento familiar al que no pudo asistir. José Antonio siempre mantuvo correspondencia epistolar con la hermana, según testimonio de su hija Virginia. Pero Trina, para resguardar sus confidencias, quemó estas cartas que hubiesen mostrado la faz de esa intimidad que develó ante ella. Fue a la amable Trina a quien escribió, antes de su viaje a Europa, que sería reconocido cuarenta años después de su muerte.

El año 1912 Ramos Sucre comenzó a asistir a las reuniones semanales del Círculo de Bellas Artes, fundado ese año por jóvenes pintores de su edad, como Luis Alfredo López Méndez, Manuel Cabré o Federico Brandt, quienes formarían la Escuela Paisajista de Caracas. El Círculo era un movimiento pictórico de avanzada, para confrontar a la Academia de Bellas Artes, y reunir a los representantes de las diferentes disciplinas artísticas. El propósito era debatir, desde distintas perspectivas, las nuevas tendencias del arte europeo, a partir del impresionismo y después el cubismo o el futurismo. El Círculo contó también con la presencia activa de Armando Reverón desde 1915, a su regreso de España y París. Es seguro que Ramos Sucre habló muchas veces con sus integrantes y que, con fama de ser un perfecto estudioso de la cultura europea, haya participado como expositor, porque fue un gran conocedor de las artes plásticas, atestiguado por los numerosos volúmenes sobre el tema que hubo en su biblioteca. Muchos de sus poemas pueden ser considerados pictóricos o descriptivos, porque refieren o aluden a estilos arquitectónicos, modas, objetos de uso o decoración, que parecen configurar un cuadro cultural o histórico. Estos modelos culturales fueron siempre fuente de recreación en sus poemas, que carecen del paisaje real que los pintores impresionistas del Círculo buscaban capturar, en metamorfosis bajo la luz viva.

A mediados de ese mismo año, Ramos Sucre debutó como orador en la Escuela Federal Ezequiel Zamora, situada frente a la Plaza de Capuchinos, en ocasión de la presentación de un retrato de Zamora; pieza oratoria que luego fue el primero de los textos de *La torre de Timón*.

Allí, eludiendo mencionar a Zamora para no recordar la guerra civil, en su vez exalta el heroísmo y el numeroso séquito de sus virtudes.

Para julio de este 1912 ya había aprobado su segundo año de Derecho y de Literatura con “sobresaliente por unanimidad” por lo que, en septiembre, estaba inscrito para iniciar el tercer año de las dos carreras. Sin embargo, esta normalidad se vio interrumpida el 19 de septiembre cuando la Asociación General de Estudiantes, a la cual pertenecía Salmerón, llamó a huelga general para pedir la renuncia del rector Felipe Guevara Rojas. Entonces el Ministerio de Instrucción Pública ordenó, el 1 de octubre, la clausura de la Universidad. Este cierre se prolongará cuatro años, hasta 1916, cuando al fin la máxima casa de estudios reabrirá con algunas reformas, entre ellas la eliminación de la Facultad de Filosofía y Letras.

Sobrevivir al naufragio de la esperanza

Mientras tanto José Antonio, que había dejado su curso en el Liceo Sucre, ganó la cátedra de latín y griego en el famoso Colegio Federal de Caracas, después Liceo Andrés Bello, cuya sede en aquel entonces era una vieja casona colonial en la esquina de Caja de Agua en Altagracia. Allí enseñaron eminentes figuras del mundo intelectual, quienes por devoción altruista se dedicaron a la docencia como un medio de vida digno que los desvinculaba de la política. De allí salieron las generaciones que después serían la elite cultural y política del país, como la del 28. Cuando él ingresó el Director era el doctor Luis Espelosín y el Vicedirector, Rómulo Gallegos, también profesor de Historia Universal, y luego Director, desde 1922 hasta 1930. Gallegos venía del grupo de la revista *La Alborada* donde había publicado sus trascendentes artículos sobre el tema de la educación, así como también en *El Cojo Ilustrado*, pero aún no se había iniciado como narrador. Ramos Sucre debió sentirse atraído por su reciedumbre moral y sus ideales educativos pero carecemos de testimonios de esta relación prolongada por diecisiete años, durante los cuales Ramos Sucre compuso y publicó toda su obra, y Gallegos su novela emblemática, *Doña Bárbara*.

De los cientos de jóvenes que fueron sus alumnos de latín, materia que a muy pocos interesaba, han quedado dos recordatorios. El del naturalista Francisco Tamayo, quien en 1920 fue su alumno, que lo recuerda en “El hijo taciturno de la angustia”, callado, de mirada abstraída, “sin matices emocionales en el rostro”, con una risa abrupta que iniciaba e interrumpía sin que los alumnos supieran el por qué. Y el segundo, el del poeta Carlos Augusto León, quien fue su alumno en 1927, pero después lo siguió encontrando en la Plaza Bolívar y muchas veces lo acompañó en sus caminatas nocturnas. Recuerda que era muy cordial, que hacía chistes en clase, cargados de alusiones políticas, de las que todos reían junto con él. Carlos Augusto recuerda el ejemplo en latín “Regina cadet in laqueo”, que traduce “la reina cae en el lazo... “pero existía Regina Gómez, hija de Gómez, hermana de Alí, de quien se decía incluso que tenía una relación incestuosa, y entonces él decía: –Regina cadet in laqueo, ¡ja,ja,ja!, entonces nosotros también nos reíamos, claro, sabíamos las indirectas...”

Estos últimos meses de 1912 confirmaron también el diagnóstico de la dolencia que minaba la vida de Salmerón hacía casi un año. Era la enfermedad sagrada, la que en la antigüedad manifestaba la ira de Dios, la lepra. El sufrimiento de Ramos Sucre ante lo irreparable debió ser desolador. En enero de 1913 Salmerón regresó a Cumaná y vivió recluido en Manicuare, sin quejarse por su enfermedad hasta su muerte, el 30 de julio de 1929. Muchos amigos de Caracas fueron a visitarlo pero él no. Sin embargo, debió escribirle a menudo, saber de él constantemente a través de su hermana Trina o sus amigos de Cumaná. No fue abandono sino que no quiso regresar de visita a Cumaná, deseaba y preveía un regreso definitivo para no moverse más. “Aliento la esperanza de volver a mi suelo meridional, cerca del mar bruñido por el sol”. Este verso de “El rezagado” lo dice por él.

Después de perder a Salmerón, dos veces tocó el tema de la lepra en su poesía. “El crimen de la esfinge”, de *La torre de Timón*, poema primerizo, ilustra la creencia de que los leprosos buscan la ocasión de contagiar a los demás, relatando la historia de don Álvaro, contamina-

do por una misteriosa mujer que sólo se le entregaba en la oscuridad. Y en *El cielo de esmalte*, uno de sus poemas visionarios, “Los gafos”, nombre medieval de los leprosos, un personaje viaja de noche por un litoral y mar corrompidos que han enfermado de muerte a los “gafos”, que muestran “una corteza indolora en vez de epidermis”, envueltos en vendas que reproducían “el aderezo de las momias”. El poema revela el horror de una naturaleza corrompida que engendra la vida como enfermedad, como la lepra que no se menciona, pero a la que todo alude.

Pero en 1913 Ramos Sucre tiene ante sí la obligación de vivir sin expresar su dolor, sin transformarlo en poesía, debe cumplir con sus clases, tolerar la promiscuidad de la pensión, caminar por la ciudad que no es suya, dar la cara sin mostrar su desesperación. El único refugio y salvación estará en los libros y en el estudio de los idiomas, del griego que todas las noches traducía.

También ese año, el historiador danés, amigo de su padre, Christian F. Witzke, quien era director del Museo Bolivariano, lo nombró su asistente y comenzó a enseñarle su lengua, la que aprendió en cuatro meses. Por eso, en el catálogo de sus libros hay más de treinta volúmenes en danés. Además, era danés Hamlet, el personaje shakesperiano más afín, por su incapacidad para practicar el mal y por su “locura”, del que escribirá en “Granizada”: “Un olvido de Hamlet: tal vez hay necesidad de practicar el mal para ser respetado, para vivir en medio de nuestros semejantes”. Este olvido será reparado por sus personajes “malditos”, quienes se entregarán con gozo a la depredación y al exterminio, como una suerte de “purificación” por la maldad. ¿Qué de extraño tendrían el silencio o la risa, nacidos de sus deseos reprimidos, interrumpiendo sin causa aparente la declinación del latín en clase?

Ese mismo año, en septiembre, gana por concurso las Cátedras de Historia y Geografía Universal y de Venezuela en la Escuela Nacional de Maestros o Escuela Normal. “No hay jurado para él”, dijeron sus posibles opositores cuando se supo que iba a presentarse. Uno de sus alumnos, Félix Armando Núñez, dejó el testimonio de su actuación como maestro: “Sus lecciones de historia patria, dichas en lenguaje

sencillo, nervioso, plástico, de perdurable eficacia, vibraban con recio dramatismo, ni antes ni después conocido de nosotros en la comunicación entre profesor y alumno”. Después, estos elogios a la precisión y entonación del habla de Ramos Sucre se reiterarán, y se extenderán también a la lectura en voz alta que hacía de sus poemas, en la que, como un actor, insinuaba o creaba matices dramáticos, irónicos o humorísticos que un lector solo no hubiese descubierto. Todo parece indicar que la voz de Ramos Sucre se movía entre el registro normal y grave de los sonidos, que era pausada, lejana, que podía inventar muchos “colores”. “Leyéndolo, se oye su voz”, escribirá el novelista Enrique Bernardo Núñez, su amigo. Este don histriónico, ¿no se expresa también en la invención de muchas personas poéticas que narran su historia en un monólogo dramático?

Ese “annus horribilis” de la lepra también fue el de la entronización definitiva de Gómez en el poder. En agosto, Gómez disolvió el Consejo de Gobierno, y finalmente, se suspendieron las garantías constitucionales bajo el pretexto de una invasión inminente de Castro; por lo que se le declaró Comandante en Jefe del Ejército y al país en pie de guerra. Desde este momento no se hablará más de elecciones y se instalará la represión, el control y el espionaje. Gómez, el tirano, será llamado el “Benemérito” y muchos otros títulos que renovarán sus cortesanos para adularlo.

De 1914-1925, los trabajos y las **obras de un poeta**

El 28 de enero de 1914 José Antonio reaparece con un único poema ese año “El solterón”, en *El Nuevo Diario*, fundado ese mes para ser el órgano oficial del gomecismo. Pero allí sólo publicará éste, pues en adelante comenzará a entregar sus textos poéticos a casi todas las revistas y periódicos de la ciudad, como aceptando colaborar con quienes se lo pidiesen. Sin embargo, muy poco mostró estos primeros años porque, hasta donde he investigado, en 1915 no publicó nada de poesía, y en 1916 tan sólo “Entonces” en la revista *Renovación*. En 1917, “A un despojo del vicio” en *Billiken*, y “Miércoles de ceniza” en *La revista*. Al fin, en 1921 reunió en una primera edición para repartir a los amigos y escritores, treinta y siete de estos primeros intentos de escritura poética y literaria, donde incluyó, por tanto, los dieciocho poemas publicados en revistas y periódicos hasta la fecha, los cuatro antes mencionados, más uno en *Fíguro*, cuatro en *La Revista*, uno en *El obrero*, otros dos en *Actualidades*, uno en *Billiken*, y seis en el diario *El Universal*. Las ocho piezas laudatorias del heroísmo pertenecen a esta recopilación. Así que este libro sólo contiene veinticuatro poemas alternando con textos de tema heroico o histórico. Y su título *Trizas de*

papel indica ser una selección de un repertorio mucho más numeroso, rechazado y destruido por el poeta.

Esta selección la seguirá depurando porque estos treinta y siete textos de *Trizas de papel* pasarán de nuevo por distintas transformaciones cuando entren como el núcleo inicial de *La torre de Timón* de 1925, que es, por eso, su primer libro, suma e integración del proceso que llevó a la invención del poema en prosa, que aparece allí en su forma total y perpetua. Ramos Sucre tenía treinta y cinco años, le había tomado más de quince años este viaje de búsqueda de la forma nueva que reiterará sin variantes en *Las formas del fuego* y *El cielo de esmalte*, sus dos últimos libros. Una obra compuesta por 346 poemas, publicada bajo su cuidado, sin prólogos para propiciarla o recomendarla, consagrada sólo por la posteridad. Imaginada, trabajada, decantada, purificada en medio de circunstancias cada vez más adversas y crueles, imaginada en lechos alquilados, en medio de la calle y de la noche de Caracas, trascrita en mesas ajenas bajo lámparas mezuquinas, expuesta al ruido, a la represión, a los sobresaltos.

El traductor e intérprete de la Cancillería

Cuando en 1914 estallaba la Gran Guerra, Ramos Sucre firmaba el 5 de marzo, en el libro de juramentos de la Cancillería, su nombramiento como Oficial de la Dirección de Derecho Público Exterior, en donde ejercerá el oficio de intérprete y traductor de documentos por quince años. Junto a su firma aparece la del Canciller, el gran escritor modernista Manuel Díaz Rodríguez. Entre los dos debió haber simpatía, dado el refinamiento de ambos y su interés por la cultura universal, pero no pasó de ser una relación de trabajo. Cuando los restos de Díaz Rodríguez llegan de Nueva York a Caracas para su entierro el 15 de septiembre de 1927, los escritores invitan en una nota de *El Universal* con el texto: “El finado fue un maestro de la prosa castellana y un insigne patriota”, y en la lista de los firmantes aparece él de quinto: “Jacinto Fombona Pachano, Andrés Eloy Blanco, Raúl Carrasquel y Valverde, José Tadeo Arreaza Calatrava, José Antonio Ramos Sucre, Fernando

Paz Castillo...” De éstos, el único que no sufrirá prisión y tortura bajo Gómez será Fernando Paz Castillo porque también él será detenido varios días en 1919.

Este cargo apolítico en la Cancillería le dará un espacio propio, “un salón espacioso de grandes cortinones y libros cubiertos de polvo”, según la descripción de Enrique Bernardo Núñez. Lo del “polvo” será una metonimia por viejos o antiguos, puesto que estos libros los manoseaba todos los días. Allí podrá recibir a los delegados extranjeros y diplomáticos de visita en el país, y también a amigos o conocidos en diligencias de viaje. Allí lo conocerá el profesor universitario y ensayista Edoardo Crema cuando llegó al país, quien rememoraré su asombro al oír que lo recibía en un “italiano perfecto” y luego que escandía en griego los hexámetros de *La Ilíada*. Quizás allí tendrá algo de reclusión, silencio y tiempo, después de las horas de oficina, para trabajar algún poema que, guardado en un bolsillo de su traje, muchas veces podrá leer al grupo de amigos escritores reunido por las tardes en la Plaza Bolívar, aceptando con respeto y silencio sus comentarios.

Clausurada la Universidad, Ramos Sucre proseguirá intensamente por su cuenta los estudios. El 20 de mayo de 1916 publicará en la revista *Renovación* su única traducción del alemán, cuatro poemas de Luis Uhland, el poeta romántico que se inspiraba en leyendas suavas. Sabemos que al danés seguirá el sueco, del cual constan en el catálogo de su biblioteca veintinueve libros. Asimismo, hay veinte libros en holandés. Es una constante en todas estas lenguas las traducciones de los clásicos latinos y griegos, los de etimologías y raíces y los de sagas, leyendas y mitos. Asimismo, poseyó algunos libros en provenzal, en catalán y dos gramáticas del sánscrito. Este catálogo pone en claro que reunió primariamente libros de los clásicos griegos y latinos en muchas traducciones, sobre todo en francés y en alemán, que se interesó en conocer todas las lenguas derivadas de estas lenguas madres, que después del español prefería libros en francés y alemán, más que en inglés, y que apenas había iniciado el estudio del ruso porque sólo tuvo tres libros de raíces y compuestos, verbos y vocabulario y una

traducción de la Biblia. Así que leyó a los autores rusos traducidos, en francés a Dostoieski, y a Pushkin, en alemán.

Su ritmo de trabajo iniciaba idéntico a las cinco de la madrugada cuando se le podía ver de Gradillas a Sociedad frente a la pizarra luminosa de la casona de *El Universal* leyendo los últimos cables noticiosos, y esperando el periódico. Luego será la ruta de sus clases para la Escuela Normal y el Liceo Caracas, y después la Academia Militar. Regresará a su oficina de la Cancillería, y antes del mediodía se detendrá un rato en la plaza para los comentarios de última hora, luego el almuerzo en la pensión. Por la tarde de nuevo la Cancillería hasta el anochecer cuando saldrá a compartir la tertulia de la plaza. Al fin, muy tarde, los noctámbulos lo verán, la fina caña que usaba de bastón a sus espaldas, caminando solo por la ciudad, por el Paraíso, el Panteón, San Juan, la Estación del Ferrocarril, la Candelaria, dándole vueltas a la noche para poder dormir. Fernando Paz Castillo recuerda el miedo de pasar a su lado a esas horas “porque entonces no lo soltaba a uno en toda la noche”. Cuando lo extraordinario y lo deseado hubiese sido poder oír su monólogo, sus frases breves y precisas, cortadas por su risa inesperada y por su silencio. Además, formaban parte de su rutina los compromisos sociales que siempre atendió. Ramos Sucre fue un caballero que siguió todas las normas de la cortesía y nadie pudo tacharlo de incumplido. Aparte de esto, no frecuentó los cafés o cervecerías como la de la Torre con los amigos, ni la vida nocturna de la bohemia. Tampoco concurría a la temporada anual de ópera, ni a las eventuales obras teatrales de compañías españolas, menos a los sainetes criollos. No fue a ver bailar a la Pavlova en 1917, ni al cine, ni siquiera para ver a Chaplin, ni a los recitales de poesía de los amigos en el teatro Capitol, y de poetas internacionales muy populares como José Santos Chocano en el Municipal, ni a los toros, ni a los paseos a los Mecedores ni menos a los baños de Macuto. Su verdadera vida estaba en otra parte, en sus lecturas, en la forja y la fragua de su poesía.

Las mujeres enclaustradas y difíciles de Ramos Sucre

Según el recuerdo de quienes lo conocieron recién llegado a Caracas, a Ramos Sucre le gustaba pasear por las calles residenciales para ver, puestas a la ventana, a las muchachas sentadas en cojines bordados sobre los poyos, engalanadas para ser admiradas por los pasantes, y por quienes se detenían para cortejarlas tras el enrejado. Fernando Paz Castillo recuerda haber conocido a “dos o tres muchachas de las cuales él se enamoró, pero novia no le conocí, muchachas muy bonitas y con él pasé varias veces a verlas, él se entusiasmaba, pasaba y hablaba con ellas, ahora, novia, no le conocí”. Asimismo, cuenta su alumno Carlos Augusto León que Ramos Sucre y Eduardo Arroyo Lameda, su compañero universitario en Literatura, estuvieron enamorados de la misma muchacha y ambos pasaban por su calle para verla y alcanzar hablarle, y “entonces Eduardo y Ramos Sucre comentaban en intimidad, después, en un café o algo así, cómo estaban sus acciones con la muchacha. Era en ese aspecto enteramente normal”.

Sí, era normal que se hubiese sentido enamorado varias veces de alguna de estas bellas jóvenes, y que pasase por su calle repetidamente para verlas, y hasta que iniciase con ellas una conversación de ventana. Pero no lo era que nunca hubiese querido dar el siguiente paso de aceptar ser recibido en sus casas como un amigo, y comenzar una relación con horas de visitas fijas, vigiladas por alguna de las damas mayores presentes en el gran salón. Quizás en estos primeros años de su llegada él no podía dar este paso por la precariedad de su nueva situación. Pero a los 25 años, en 1915, parecía un buen “partido”, con dos años universitarios aprobados, varias publicaciones en la prensa, sus cátedras en los liceos, su trabajo en la Cancillería, su fama de muy culto y estudioso, sin contar con la herencia de su famoso apellido, sus influyentes relaciones sociales y políticas, y su gran atractivo físico. Por lo tanto, era posible pero no quiso comprometerse en una relación amorosa aun cuando se hubiese sentido apasionado por varias mujeres y supiese que éstas podían corresponderle. Volvió a la mujer un objeto imposible o perdido, y así aparecerá en sus poemas. “Recata-

ba dentro de mí un amor reverente, una devoción abnegada, pasiones macerantes, a la dama cortés, lejana de mi alcance”, monologa el “yo” poético de “El romance del bardo”, quien debe esconder también su amor por la mujer inalcanzable. En el poema, el bardo ama, siguiendo las leyes del amor cortés, a una dama de alcurnia que le está prohibida porque socialmente es inaccesible. Ramos Sucre cumplió también todos los ritos de este tipo de amor y amó a muchas mujeres de este modo, sin acercárseles, o velando su pasión, aun cuando nada se hubiese interpuesto sino su sacrificio voluntario de la entrega, o del placer erótico. En sus poemas la mujer es también un objeto de compasión, porque está prisionera o enclaustrada, porque puede ser profanada por un seductor, porque el tiempo le arrebatará su belleza.

Ella está puesta a la ventana, desierta de galanes. Vestida de luto y pensativa, reclama la atención de los artistas y demanda la reverencia de los soñadores. Ajada por el tiempo, regala y apacigua las almas afligidas.

Es la primera estrofa de “La ventana”, poema fechado en 1920 y publicado primero en *Actualidades* el 2 de enero de 1921, y luego en *El Universal*, el 20 de febrero de ese mismo año, cuando meses más tarde será incluido en *Trizas de papel*. Este poema nace directamente de esta costumbre de las mujeres de su época de “ponerse a la ventana” que era su única libertad de mirar y hablar tras las rejas, donde las admiró, amó y compadeció Ramos Sucre, y las convirtió en imágenes poéticas. Así mismo, hubo en su tiempo otro escenario para la aparición de estas criaturas obligadas a la reclusión, que fueron las iglesias donde terminaban refugiándose en el declive de su belleza.

Sobresale en el concurso de los fieles ingenuos por la severa majestad que levanta su hermosura decaída. Lucen las galas últimas de la juventud con el doliente esplendor de la tarde, y aridece y blanquea sus cabellos el implacable otoño que arranca las hojas trémulas.

Es de “Miércoles de ceniza”, un poema de su temprana escritura emotiva, publicado primero en *La revista* el 21 de octubre de 1917, en *Figaro* el 22 de noviembre de 1919, en *El Universal* el 20 de febrero de 1921, y que luego entró en *Trizas de papel*. Las varias publicaciones indican que Ramos Sucre quiso que se leyera y relejera este poema como si buscara despertar la compasión de una sociedad que negaba lo femenino. Por eso, su dolor de que muchos lo llamaran misógino, sin comprender el por qué de su retraimiento ante las mujeres, ni el doble sentido de algún aforismo mordaz. Esto lo sabemos de las cinco cartas que escribió desde Europa a su prima Dolores Emilia Madriz Sucre. Dolores Emilia era una de las hijas de Luisa Sucre, hermana de su madre, quien casó con el “bonancible” Ramón Madriz, con quien vivió siempre en Cumaná en la casa de la calle Sucre donde criaron a sus siete hijas: María Teresa, Rosario, Dolores Emilia, Mercedes, Trina, Luisa y Mireya, y a sus tres hijos: Ramón, Federico y Julio. Todas las Madriz Sucre eran bellas, otras graciosas y cultas como Dolores Emilia, a quien llamaban Mina. Gran lectora, tocaba el piano y cantaba muy bien. Las Madriz Sucre viajaban con frecuencia a Caracas y llegaban a casa del primo Juan Almándo, o a casa de Rita Sucre. Sin embargo, parece que Ramos Sucre no se había acercado mucho a ellas en estas visitas sino hasta su último año en Caracas, cuando descubrió su gran afinidad con Dolores Emilia, quince años menor que él, quien supo consolarlo y servirle de confidente. De tal modo que desde Europa sólo a ella escribió sus cartas más afectuosas y emotivas que le sirvieron de desahogo en medio de su intenso sufrimiento. Debió sentir lo benéfico y providencial que le era la compañía femenina que le permitía expresar el universo de los afectos; e incluso, permite suponer que su relación con la prima a quien llamaba “Adorable”, “Ilustre” “Adorada”, “Niña incomparable” hubiese podido llevar al enamoramiento.”¿Cómo podré quererte bastante? Beso tus manos”, se despide en una de ellas. Es a Dolores Emilia a quien encomienda defenderlo de lo que él creía se decía de él: “Te ruego no permitas la leyenda de que soy antropófago y salvaje y enemigo de la humanidad

y de la mujer. Esa leyenda es obra de mis enemigos. Tú sabes, por el contrario, soy muy accesible, muy indulgente y jamás he lastimado a una mujer”. O en otra: “Las mujeres son tan desventuradas que me han perdido a mí, a su mejor amigo, esperanzado de mejorar la suerte de la mujer que vive de su trabajo”.

Dolores Emilia permaneció siempre en Cumaná en la casa familiar de la calle Sucre, sin casarse, aun cuando tuvo enamorados. Allí estaba para recibir el cuerpo de su primo y llorar en su entierro, allí le llevó siempre el olor de los nardos, allí guardó sus cinco cartas y quizás rompió otras dos para proteger su intimidad, allí está enterrada ella también.

Otra mujer muy influyente en su vida fue Carmen Elena de las Casas McGil, considerada “la mujer más bella de Caracas”. Carmen Elena no sólo tenía la perfección de la belleza física, sino también el abolengo y una posición económica privilegiada. Su amistad con Ramos Sucre se inició cuando a petición suya, después de 1925, aquél comenzó a darle clases de latín y griego y a traducir y a comentar juntos versos de los clásicos. En las largas temporadas que todos los años Carmen Elena pasaba en París en el apartamento de íntimos amigos, Ramos Sucre le escribía con frecuencia cartas que ella conservó y al final destruyó. Carmen Elena pasó a ser el modelo de la gran dama ilustre, la diosa inaccesible, a quien se ama en silencio, no porque fuese imposible porque Ramos Sucre era de la misma aristocracia, sino porque ella amó siempre a otro hombre. Al fin pudo casarse con aquél cuando ya era bastante mayor, mucho después de la muerte de José Antonio. Es a ella a quien dedicará su libro cumbre *Las formas del fuego*, como memoria de su admiración y posible amor, quizás también porque con ella leyó por primera vez algunos de los poemas del libro. O también porque en muchos se siente su imagen de “diva”, de “señora”, de “dama”, uno de los dos modelos de mujer en su poesía, junto con el de la “virgen” o la “niña”, esta última víctima del mundo, arrebatada por la muerte en el alba de la juventud. Por ejemplo, el recuerdo de Carmen Elena es evidente en *Mar latino*, cuya estrofa inicial es:

Estoy glosando un pasaje de La Iliada en donde los ancianos de Troya confiesan la belleza de Helena. Me escucha una mujer floreciente del mismo nombre. Los dos sentimos la solemnidad del momento de la epopeya y esperamos el fragor del desastre suspendido sobre la ciudad.

El yo poético “glosa”, por decir reinventa, recrea los sentidos de unos versos de Homero para una “mujer floreciente” que se identifica con Carmen Helena, y junto con ella viaja imaginariamente por el mar épico de Troya y luego, a su demanda, sigue a Horacio por el mar latino, el Mediterráneo, en busca de “unas islas situadas en el occidente”. La isla de Horacio que los dos buscaban era la de los bienaventurados, una suerte de isla paradisíaca donde reina la Edad de Oro para los héroes muertos, en donde Aquiles eternamente es amado de Helena. El fracaso y los presagios de muerte son el final del viaje y no la felicidad.

Ramos Sucre quizás fue virginal en el amor porque lo concibió como una pasión imposible, que se vive sólo en la imaginación. Las mujeres que deseó le fueron inaccesibles por su ascetismo y renuncia voluntaria, pero también por los prejuicios de su sociedad que las enclaustraba sin permitirles ninguna libertad antes del matrimonio. No pudo rescatar a ninguna de estas mujeres de las rejas que las aprisionaban porque tampoco pudo romper las suyas.

Las lecciones de un eterno estudiante

En 1916 el general Ignacio Andrade, el viejo amigo de su padre, fue nombrado Canciller hasta el año siguiente. Y al fin, en junio de ese mismo año, la Universidad Central reabrió todas sus Facultades. Él, en sólo tres semestres, presentó todos los exámenes de las materias de los tres últimos años, obteniendo notas sobresalientes y aplausos unánimes. Así que el 21 de junio de 1917 recibió el título de Abogado pero no entregó los requisitos legales para el título de Doctor sino ocho años después, en 1925 cuando lo recibió. ¿Por qué tanta demora?

José Antonio, apenas graduado de abogado, había actuado como Juez Accidental de Primera Instancia en lo Civil, cargo del que se retiró en

1918 sin nunca más ejercer su profesión que era imposible en un país donde no se podía hablar de “derechos humanos” ni de “garantías constitucionales”, donde el derecho era una suerte de mitología, como lo llamaban los estudiantes. Él no fue un colaborador, ni hizo negocios con el gobierno o con nadie. Por lo tanto, engavetó su título de abogado y después de doctor, en 1925, para continuar con sus labores docentes, su oficio de traductor y su obra poética.

De este breve paso por el Derecho quedan dos documentos. Una sentencia de divorcio de una pareja de extranjeros, dictada el 25 de junio de 1918, que fue una decisión que sentó precedentes. Y ese mismo año, el 26 de julio en *El Universal*, un artículo sobre la propiedad: “El Contrato de Venta. Observación”. Sin embargo, él siguió soñando, como algunos de sus personajes, en la justicia que sabía, bajo Gómez, imposible. “El derecho y el arte son una enmienda del hombre a la realidad”, dice una “Granizada”.

De su misión de maestro ejemplar ha dejado testimonio Mariano Picón Salas, quien llegó a Caracas en 1919 para estudiar Derecho en la Universidad Central, y pudo conocerlo y tratarlo hasta 1922 cuando regresó a Mérida. Picón Salas rememorarán su cultura clásica y reconocerán que “las pocas humanidades de nuestra perdida generación nos llegan un poco a través de Ramos Sucre”. Esta relación discípulo-maestro la reconocerá Ramos Sucre el 30 de junio de 1918 en *La revista*, al publicar “Lección bíblica”, dedicado “A Mariano Picón Salas”. Este texto poético, aún sin la última forma de su poema en prosa, es una semblanza de Moisés, el legislador que logró disponer “en torno a la divinidad única un sistema de verdades presentidas”.

Este fue el año de “La generación poética del 18”, por el hecho de que se presentaron como grupo en un primer recital en el teatro Capitol Andrés Eloy Blanco, Fernando Paz Castillo, Ignacio Fombona Pachano, Luis Enrique Mármol, Rodolfo Moleiro, Gonzalo Carnevalli, todos sus amigos algo menores que él. A José Antonio se le ha incluido entre ellos por esta razón cronológica aunque siempre estuvo claro que seguía otro camino poético aparte.

Las trampas y los hierros de la historia

Entre octubre y diciembre de 1918 la población fue diezmada por la epidemia mundial de “gripe española”, hoy en día identificada con la gripe aviar, que dejó 75.000 muertos en el país. El hijo preferido de Gómez, Alí, fue una de sus víctimas. En su poesía hay pandemias con imágenes apocalípticas de enfermedades: “Vino a aquella mansión, como a otras muchas, un mal tremendo, como aquel que de orden divina diezma los primogénitos de Egipto...,” escribirá un año más tarde en “Duelo de arrabal”. Como “Los gafos”, corrompidos por la lepra, o “La plaga”, por las larvas de unos insectos que herían “de modo irreparable, los resortes del pensamiento y de la voluntad”. Imágenes que también aluden a cualquier régimen político que degrade y corrompa la dignidad humana.

Ese mismo año, el 11 de noviembre, se firmó el armisticio que puso fin a la Gran Guerra, durante la cual el gobierno de Gómez se mantuvo “neutral”. En cuanto a la posición de Ramos Sucre, queda su artículo periodístico de 1917, luego recopilado en *Trizas de papel*, “El dilema de la gran guerra, por Francisco García Calderón”, aparecido bajo el título de “Crítica” en *La torre de Timón*. En él repudia la división simplista y falsa que hace el autor entre países demócratas y feudales, y se burla de su defensa optimista de los primeros, porque: “Ninguna realidad más confusa que la del humeante conflicto, donde los imperialismos culpables cruzan aceros mortales (...)” Su neutralidad provenía de la sinrazón y la culpabilidad de ambos bandos, de una actitud en comunión con el movimiento pacifista mundial”.

En 1919 José Antonio era profesor de inglés de la Academia Militar en La Planicie, inaugurada en 1911 para formar un Ejército nacional moderno. Ese mismo año escribió el discurso fúnebre que, en *Trizas de papel*, tituló “Palabras pronunciadas por Miguel Ruiz en el entierro del capitán Lucena Borges”, y en *La torre de Timón* llamó “Epicedio”. En él hace decir al declamador que el capitán Borges prestó el inapreciable concurso de su persona al cuartel venezolano que “dejó de ser casa de francachela y de suplicio, para convertirse en lo que es

hoy, lugar de austeridad y de recogimiento”. A pesar de esto, su Director, el coronel Elías Sayago, por animadversión, envió el 18 de agosto al vicepresidente José Vicente Gómez un telegrama acusándolo de que “en horas de clase se expresa mal del General”, exigiéndole “el pronto retiro de tan perjudicial elemento”. El hijo mayor de Gómez de inmediato dictó la orden de prisión y ese mismo día Ramos Sucre fue conducido a la comandancia de la policía donde estuvo detenido más de una semana bajo interrogatorio y encierro, hasta que las intervenciones de sus influyentes amistades políticas lo recomendaron a Gómez y fue liberado.

De este humillante hecho quedan las palabras de la única carta que envió al “Respetado General Gómez” a Maracay, fechada el 2 de septiembre, para agradecerle su “magnanimidad” al librarlo “de una intriga alevosa y cruel. Había sido calumniado de predicar contra la autoridad de usted. Nada más impropio de mi carácter retraído y esquivo. Mis acusadores faltaron descaradamente a la verdad y sólo se proponían la ruina de mi casa”. Así Ramos Sucre hace de su familia el centro del ataque y de él, su único defensor y guardián:

He heredado un nombre y sé respetarlo. Es imposible que yo sea un infidente. Yo no puedo ser enemigo de ninguna autoridad ni de ninguna persona. Deberes numerosos y pesados me atan pies y manos. Tengo a mi cargo una familia necesitada, y esta familia no cuenta sino con mi trabajo diario. No tengo ni el derecho de enfermarme. Los días de mi arresto bastaron a causar en mi casa pérdidas gravísimas, entre las cuales merece citarse la interrupción definitiva de los estudios de mi hermano menor. Usted comprenderá, señor general, que yo no puedo exponer por mi voluntad a mi familia a tales calamidades. Estos desastres sólo pueden ser obra de mis acusadores inhumanos.

José Antonio recurre a una premisa general para deducir una particular: él no es libre para ser enemigo de nadie porque está obligado por su familia y su apellido; por consiguiente, no puede serlo de Gómez. Qué mejor modo para evitar adularlo que admitir que sus cadenas le impiden ser enemigo de nadie y, por lo tanto, tampoco suyo.

¿No era esa la situación de todos, entumecidos o aherrojados por la tiranía, aun cuando la detestaban? Concluye pidiendo garantías “de mi libertad, que es la salud de mi familia. Los doctores Esteban Gil Borges, Luis Felipe Blanco, Samuel Darío Maldonado, Vicente Lecuna, Laureano Vallenilla Lanz, José Abel Montilla y muchísimas otras personas pueden asegurarle que yo merezco la protección de usted, es decir la seguridad de mi persona”. Esta lista la encabeza nada menos que el ilustre Esteban Gil Borges, Canciller de la República, quien había sido su profesor en la Universidad, después caído en desgracia en 1921 cuando no mencionó a Gómez en la inauguración de la estatua de Bolívar en Nueva York. Está el más brillante ideólogo del régimen, Laureano Vallenilla Lanz, a quien Ramos Sucre citó en “Tiempos heroicos”, a quien conoció en la Academia Nacional de la Historia, y trató personalmente en *El Nuevo Diario*, del que fue director. Asimismo, el gran historiador bolivariano, don Vicente Lecuna, muy relacionado con su familia. O el padre de Andrés Eloy Blanco, el médico cumaneño Luis Felipe Blanco. Esta carta presupone que Ramos Sucre, al hablar en plural de “mis acusadores inhumanos”, aun cuando haya sido uno el delator, está incluyendo a todos los espías secretos y partidarios del régimen como sus enemigos. Afortunadamente, no se leyó así y él mantuvo su cargo en la Cancillería pero fue retirado de sus clases en la Escuela Militar, el cuartel “civilizado” del gomecismo.

Ahora ¿cuánto de cierto había en la acusación en su contra? Se sabe que en clase él hacía alusiones políticas, celebradas por los alumnos con una risa cómplice de la suya. Así mismo habría ocurrido en la Academia: un matiz irónico o humorístico, una risa imprevista, un silencio no más habrían podido acusar los cadetes. Carlos Augusto León oyó también que pidió “un ejército nacional, no de un hombre”.

Por el contrario, las noticias de todos sus amigos señalan que con ellos participaba en conversaciones sobre la situación política, que conocía los hechos diariamente silenciados por la prensa, que reaccionaba vivamente ante cada nueva prisión o afrenta.

Desde la niñez en su casa, Gómez y Castro estuvieron asociados con la desgracia, la barbarie y la fuerza bruta. “Yo nací en una cárcel y he permanecido en ella durante treinta años. Con estas palabras hamletianas me recibió Ramos Sucre cuando le vi por última vez en Caracas el pasado año”. En este inicio de su artículo de 1931, Enrique Bernardo Núñez entiende que Ramos Sucre se enmascara con las palabras de Hamlet para asombrar a Rosencrantz y Guildenstern al preguntarles por qué han venido a Dinamarca, que es una cárcel.

José Antonio no se plegó a la tesis, refrendada por casi todos los intelectuales del momento (luego se hablará de que Gómez se dio el lujo de contar en su Gabinete y Congreso con los hombres más ilustres de su época), de que aquél era el “gendarme necesario” que Laureano Vallenilla Lanz había justificado. O que según otros era “un mal necesario”, o “el mal menor”. Ramos Sucre responderá a esta justificación claudicante en una incisiva “Granizada”: “El bien es el mal menor”. En consecuencia, quien fue el primer humanista de su época fue sólo profesor de Liceos y traductor e intérprete de la Cancillería. Ni siquiera su nombre fue propuesto para las Academias de la Historia o de la Lengua. Sólo el viernes 16 de septiembre de 1925 fue elegido por votación del Consejo Universitario de la Central como Secretario de la Facultad de Filosofía y Letras, cargo en el que fue renovado en septiembre de 1929, cuando no tenía aún la certeza de que viajaría con un nombramiento diplomático para el exterior.

Sólo ahora se leen muchas imágenes “de espanto y crueldad” de sus poemas como una representación simbólica que incluye el régimen de Gómez. La vida consciente reprime, silencia, olvida pero la imaginación no perdona nada. Aflora en los sueños, en el arte, en las elecciones eróticas. Cuando Ramos Sucre alcanzó al fin la tan buscada clarividencia poética, las sombras del régimen reducidas al silencio renacieron bajo la forma de imágenes de terror que se le impusieron, lo asediaron y que se transformaron en formas verbales que el autor trabajó a conciencia, valido de su don poético y de su vastísimo conocimiento de la lengua.

Ernesto Silva Tellería, diecisiete años después de la muerte del poeta, rememoraría que éste lo convidaba muchas veces a un helado de fresa en la confitería “Donzella”; o a corregir “algo de literatura”, su poesía en prosa entregada a *El Universal*, que “afirmaba iba dirigida contra la tiranía”. Según el autor, una noche mientras caminaban hacia su pensión del Panteón, Ramos Sucre “fue haciéndome la exégesis de su literatura que aparecería el día siguiente”. Y el joven, entusiasmado, se habría ofrecido para transcribir estas palabras y llevarlas a *El Universal* “porque lo que he oído me parece estupendo, y, en cambio, aquello no lo va a entender nadie”. Durante varios días Ramos Sucre no lo saludó “por castigo a su irrespeto”, hasta que volvió a ser el maestro generoso de siempre. Lástima que Silva Tellería haya olvidado lo esencial, el poema y la explicación de Ramos Sucre. Porque las líneas que cita son de “El cortesano”, publicado sólo en el único y primer número de *válvula*, en enero de 1928, antes de entrar en *Las formas del fuego*. En él, un yo testigo, el “cortesano”, sobrevive a los nómades que incendian el palacio de la princesa de China, reducida a cenizas allí junto con los suyos. Es una imagen de la maldad gozosa de hombres bárbaros que entregan al fuego un espacio bello y cultivado. Los hombres, a lo largo de la historia, han sentido el placer de practicar todas las formas de la tortura y la destrucción. ¿Por qué estas imágenes de espanto y de crueldad obsesionaron a Ramos Sucre? El mundo despótico de la madre, la tiranía de Gómez, el mal en el ser humano y en la historia ofrecen respuestas, tienden puentes entre su poesía y su tiempo histórico.

De ahí que debía sentir el acecho de nuevos “acusadores” solapados. En enero de ese mismo año había fracasado, por traición, la conspiración estudiantil-militar cuyo inicio había sido el apoyo de los estudiantes al gremio tranviario en contra de la compañía británica de Tranvías Eléctricos. En ella estaban involucrados sus compañeros de Cumaná Roberto Martínez Centeno y J. B. Mariña Liccioni. También, Jacinto Fombona Pachano, Augusto Mijares, Rodolfo Moleiro, José Rafael Pocaterra y los redactores de *Pitorreos*, que fueron a parar a la

cárcel por su participación. Todos salieron libres, unos a los pocos meses, otros muchos años después. Y estas noticias que no aparecían en los diarios, volaban de boca en boca y golpeaban a Ramos Sucre.

Era normal entonces su carta a Gómez, incluso su promesa de obediencia o de servidumbre obligadas o forzadas. También era cierta la precariedad de su familia que sólo contaba con la pensión que cobraba su madre como descendiente del Mariscal; y con él, para proveer lo necesario de la casa y los estudios de Medicina de sus hermanos Luis y Lorenzo. Su hermano Miguel había abandonado Medicina, y debió exilarse, en 1925, para evitar la cárcel o la muerte. Vivirá mal durante años en Nueva York, después en La Habana, y regresará para el entierro de su hermano. Soltero, vivirá con su madre Rita, y después solo, último indolente guardián de los libros y los objetos del hermano que extravió. José Antonio tuvo con él fuertes desavenencias y dejó de verlo. Miguel publicó breves trabajos sobre historia y política pero no dejó ningún testimonio sobre José Antonio, a pesar de que vivió hasta 1974 cuando ya comenzaba a renacer su nombre.

En ese infortunado septiembre de 1919 Lorenzo no se inscribirá en su segundo año de Medicina, para contribuir con la economía de la familia, esperando reanudar sus estudios después de la graduación de Luis. Ese mismo año se empleará, auspiciado por don Vicente Lecuna, como agente del Banco de Venezuela en San Fernando y luego en Ciudad Bolívar. Luis estaba en el cuarto año de su carrera y será el único de los hermanos que obtendrá el título de Doctor en Ciencias Médicas. Se casará con su novia y pariente Lola Martínez Centeno, con quien vivirá primero en Cumaná. Se distinguió en su profesión como director del Hospital Militar en Maracay, y del Hospital Vargas en Caracas. Murió de cáncer en 1965, como Miguel. Sus relaciones con José Antonio fueron tirantes y lejanas. Su hermana Carmen tocaba piano y cantaba muy bien, además escribía poesía pero tampoco le tuvo amor. Él, para ayudarla, le redactó instrucciones sobre el arte de escribir y los libros que debía leer, desafortunadamente extraviadas, aunque debieron ser similares a las que escribió a Lorenzo. Carmen fue recluida en

un sanatorio por una enfermedad mental y allí se suicidó en 1938, apenas a los treinta y tres años de edad. Sólo Lorenzo entendió su superioridad moral y su sensibilidad poética encomendándose a él para que le sirviera de guía, cortando con la “sombria tradición” de su casa.

Derrotero del viaje, el poema

La suerte estaba echada, la apuesta era por la poesía. Retomo el comienzo: en 1921 *Trizas de papel*, su primera recopilación, salió a la luz y no hubo reseñas. Apenas el 12 de diciembre *El Universal*, el diario de Andrés Mata (quien para no disgustar al “aristócrata cumanés” pidió darle siempre espacio en primera página), en una breve nota anónima anunció su aparición y reprodujo “A un despojo del vicio” y “Cansancio”, redundando sobre la “amplia cultura” del autor y que era una edición “privada”. Entonces privados fueron todos los libros de Ramos Sucre, que él mismo se encargó de publicar para regalarlos en unas primeras ediciones hasta ahora las mejores porque, revisadas por su mirada de lince, carecen de erratas como las posteriores. Apenas en *El cielo de esmalte* no vio la falta de la “e” en la palabra “alba” del penúltimo poema y en tinta la escribió en cada ejemplar. Además, los poemas tienen doble separación entre estrofas y márgenes mayores como señales de un espacio poético, no considerado en ediciones posteriores.

Incluso, ese mismo año Ramos Sucre había publicado en *El Universal* del 20 de febrero “La ventana” y “Devota” (después llamada “Miércoles de ceniza”), encerrados en un recuadro con el título en mayúsculas “POEMAS EN PROSA”. Asimismo, el 28 de febrero, en el mismo diario, “La hija de Valdemar”, también sobre la reclusión de la mujer. Pero lo fundamental es el título que les puso el autor, “poemas en prosa”, que tampoco se tomó en cuenta.

Casi como desagravio, José Tadeo Arreaza Calatrava publica en agosto del año siguiente, en el mismo diario, “Un libro y un temperamento”, en el que ratifica su obra como “poesía en prosa”. Él habla por primera vez, luego también Fernando Paz Castillo, Enrique Bernardo Núñez y Pedro Sotillo, de su temperamento de asceta y monje, reto-

mando la afirmación del poeta: “Yo soy un monje”. Es el primero y único que lo relaciona con Giacomo Leopardi, con quien José Antonio siempre se comparó, ¿por el origen aristocrático, por “la pena de vivir”, por la nostalgia de la patria heroica perdida, por el dolor de su decadencia? Para ese momento se debía especular sobre su “anormalidad” porque Arreaza Calatrava lo defiende: “Sin duda, no es normal Ramos Sucre, y la extrema delicadeza nerviosa da la razón de su original persona y escritura”. Pero no sólo debemos al gran poeta modernista este reconocimiento sino también su primera foto, la única que lo muestra de cuerpo entero, muy delgado a sus treinta y dos años, vestido de claro y sentado a la derecha del grupo con los tres hermanos Arreaza, uno sentado a su derecha, mientras José Tadeo, y el otro están parados detrás. Vemos la única imagen de su cuerpo con las piernas entreabiertas, las manos casi cerradas sobre los muslos, la chaqueta abierta mostrando el chaleco, el cuello de la camisa alzado, los labios finos contraídos, los ojos claros mirando un punto invisible. Su presencia es intensa y perturbadora.

Mientras tanto, había sido nombrado Canciller el doctor Pedro Itriago Chacín, quien observará con él una relación de amistad y gran atención por su salud hasta el final.

Ese año, su hermano Lorenzo adelantará su boda con su única novia, Blanca González Pregal y con ella tendrá una vida feliz y próspera. Vivirán primero en una casa de El Valle, en donde José Antonio los visitará con frecuencia y con gusto disfrutará la mesa con ellos. Allí nacerá Gladys, la sobrina “incomparable”. Luego, siempre como agente del Banco de Venezuela, se moverá a Maracaibo, donde nacerá Luisa Elena, “la brava y turbulenta maracaibera”. Trasladado de nuevo a Caracas, aquí nacerá Isabel Cecilia, “mi distinguida ahijada”, “Chela”, a quien dedicará “Isabel” de *El cielo de esmalte*. De ese momento data una anécdota que muestra su humor: almorzaba en casa de Lorenzo cuando le entregaron un telegrama que inmediatamente pasó a Luisa Pregal de González Mármol, la madre de Blanca, sin abrirlo para que se lo leyera, diciéndole: “Acabado de comer, ni un sobre escrito leer”.

José Antonio siempre se preocupó por la seguridad del hermano, por sus amigos y por lo que hacía y escribía. Siempre insistió en que debía ahorrar: “Te advierto que debes economizar urgentemente, sin ocuparte de obsequiarme. No deseo ni acepto regalos. Debes fundar tu casa como un baluarte. Insisto en que debes tener una casa propia en Caracas. De otro modo, la campaña de vivir se torna depresiva, angustiosa”. Lorenzo, a quien Ramos Sucre instruyó desde 1921 sobre el oficio de escribir y los libros que debía leer, compuso algunos artículos, poemas y pensamientos. Murió joven, de un infarto, en 1951, antes del tan esperado reconocimiento del hermano.

En 1922 José Antonio no publicó para crear un intervalo entre su libro y los nuevos poemas, y para terminar su “ensayo” “Sobre las huellas de Humboldt” publicado por *La lectura* en 1923. La portada del folleto reproduce su más lúcida foto, tomada a los treinta y tres años para ilustrarla. Sus grandes ojos azul claro brillan bajo el pliegue que cubre el párpado superior y de las cejas espesas. La frente espaciosa, el cabello abundante y ondulado, rubio oscuro, la nariz recta, los labios finos levemente irónicos, los oídos grandes, el mentón firme, el rostro largo y delgado, de mejillas hundidas, el cuello alto cubierto por el de la camisa, subido hasta el borde de la faz. Es un rostro que rezuma melancolía y contención.

Será el ensayista y cuentista, uno de los fundadores de *Cosmópolis*, Pedro Emilio Coll (1872-1947) con su artículo “Tres apostillas” de *El Universal*, el 21 de mayo de 1923, quien lo inducirá a escribir “Filosofía del lenguaje”, incluido en *La torre de Timón*. La afirmación de Coll de que el adjetivo es “subjetivo”, obliga a José Antonio a admitir que el adjetivo antepuesto “asume el color emocional” de la frase, pero que cuando va pospuesto, “asume valor impersonal”. Con mucho humor dice omitir la lista de los filólogos que “han apurado este asunto, porque ellos son profesores teutones, más o menos atracados y ultrasabios, de apellido rebelde y pedregoso”. ¿Quién dijo que le faltaba la sal del ingenio? Gracias a esta respuesta al “señor Pedro Emilio Coll” sabemos el por qué de la posposición del adjetivo en su poesía, radical

después de *Trizas de papel*, cuando en la cumbre del poema en prosa alcanzó la “impersonalidad” o “neutralidad”, los epítetos que él deseó para emular “la naturaleza imparcial” de Lucrecio.

En julio de ese 1923, en *El Universal*, reaparece como poeta con “Hechizo” y el 8 de septiembre con “La casa del olvido”. El 16 de septiembre saldrá, siempre en el mismo diario, “Sobre la poesía elocuente”, donde defiende la elocuencia como “el don natural de persuadir y conmover”, que no debe confundirse con la “declamación”. Apenas dos días después, quien ya escribía sus primeros relatos, Julio Garmendia, le responde con el humorístico e irónico artículo “La poesía elocuente”, debido a que en el texto de su “querido amigo” “viene envuelta una réplica a pareceres que le expuse en una conversación que anteriormente sostuvimos él y yo. Él, un hombre elocuente y partidario entusiasmado de la elocuencia. Yo, un hombre que, además de no ser elocuente, soy contrario a todo lo que suele llamarse elocuencia. En estas desventajosas condiciones no ignoro que me hallo condenado a ser en breve tiempo persuadido por Ramos Sucre”. José Antonio, en verdad, estaba defendiendo la retórica, de la cual todos, también Garmendia, lo acusaban, a lo que él respondía: –“Sí, soy retórico y estoy bien acompañado”. Parecían antiguallas, de viejos libros, todos sus escritos, y Garmendia, irreverente y espontáneo, debió pedirle también que le “torciera el cuello” a la elocuencia para respirar nuevos aires.

La invención del maldito y otras personas

El contrapunto entre creadores tan opuestos continuará pero esta vez impulsará a la invención poética. El 27 de agosto de 1923, en el mismo diario, Julio Garmendia publica su artículo “El doctor José Antonio Ramos Sucre”. Incitado por él, José Antonio inventará un personaje que será su primer yo malvado, la voz protagónica de “La vida del maldito”, poema publicado en *El Universal* del miércoles 10 de octubre de 1923, con la dedicatoria: “A Julio Garmendia”. ¿Qué decía Garmendia en su reseña sobre el “doctor”?

Su artículo comienza por señalar la edición de *Trizas de papel*, y la entonces reciente publicación de la primera parte del ensayo sobre Humboldt, la única cita que se hará de éste en la época. Hay un tono irónico pero admirativo al llamarlo “este joven soterrado bajo una pátina de antigüedad”, que “suele expresar en frases lapidarias la pena que le causa “la enfermedad de vivir”. Estas “frases lapidarias” cuando las transcriba se llamarán “Granizada”. Las palabras de Garmendia que darán impulso al poema son: “Siempre es el dolor, la desventura, la crueldad, el tema profundo de estos escritos. (...) Doctor en Derecho y dedicado a la lingüística y a la filosofía, no posee, como pudiera creerse un pensamiento equilibrado y sereno. Individualidad contradictoria, enérgico misántropo...” ¿Cómo inicia el yo del maldito su monólogo?

Yo adolezco de una degeneración ilustre; amo el dolor, la belleza y la crueldad, sobre todo esta última, que sirve para destruir un mundo abandonado al mal. Imagino constantemente la sensación del padecimiento físico, de la lesión orgánica.

El maldito es de ascendencia ilustre, como Ramos Sucre, pero degenerada. El dolor y la crueldad que ama, son las palabras de Garmendia... La belleza es el fin del arte y de la poesía, pero está unida al dolor que la produce así como la crueldad... Golpeado en su niñez por el mal, el “maldito” gozará sólo con la destrucción del mundo, colaborando así en su propia y anhelada muerte. Hasta este poema, el yo de su poesía siempre había sido el sufriente, el paciente y la víctima del mal. A partir de él, Ramos Sucre, como un autor dramático, inventará un teatro en el que hablarán desde su “yo” múltiples personajes protagónicos o testigos, también los del lado del mal como el “maldito”, siempre los más complejos y atractivos para un actor de teatro, como Yago, Don Juan, Mefistófeles. Personajes que darán rienda suelta a las fuerzas destructoras reprimidas o inconscientes de la mente humana, liberándose de las leyes opresoras de la moral. Opuestos a la máscara social, cortés, de Ramos Sucre, quien era culto, reservado, y repudiaba las manifestaciones de cólera o de mal humor. “Te conviene vivir en-

tre las cuatro paredes de tu casa. (...) Vive solo pero sé amable”. Así aconseja a Lorenzo en 1923 para resguardarlo de la infidencia o maldad de los otros. Esta misantropía era una acción defensiva, nunca un arma ofensiva. La de sus personajes es la que ha entrado en acción en la historia, en el régimen de Gómez. Para muestra, en julio de 1923, el asesinato del primer Vicepresidente de la República y Gobernador del Distrito Federal, Juancho Gómez, en su lecho del Palacio de Miraflores.

A partir de este poema, Ramos Sucre se adueñará del monólogo dramático para superar y trascender su “yo” individual y transformarlo en múltiples “yo” que representarán las “máscaras” del destino humano. Esta metamorfosis del yo, o desdoblamiento y capacidad fabuladora, como la llama Guillermo Sucre, no fue reconocida en su época como un recurso poético innovador, y todos estos “yos” serán confundidos con su “yo” individual, olvidando que un artista es siempre vidente y portavoz de lo universal y eterno, aun cuando hable de sí mismo. Sus imágenes poéticas que pudieron emanar de una experiencia de la niñez o la adolescencia, de una juventud encerrada, han dejado de ser suyas para transformarse en poesía de todos. Y las que surgieron de experiencias imaginarias fueron tan suyas como las que nacieron de una experiencia vital. Todo el tejido de su vida está en su obra, que es su biografía profunda.

El cuarto y último poema que mostrará ese año también en *El Universal* será “La leyenda de Fausto (nueva exposición de un símbolo permanente)”, que en el libro perderá el nombre explícito por otro elusivo: “La resipiscencia de Fausto” (derivado del verbo latino que significa volver a saborear o a saber, por tanto, volver en sí). En él parece postular su poética a través de uno de sus personajes modelo, el desconsolado doctor Fausto quien abandona la investigación científica por “la mayor veracidad de los signos del arte”.

El año 1924 se intensificará su presencia ante el público porque dará a *El Universal* seis poemas, y a la revista *Perfiles* otros tres, todos modelos de su plenitud creadora, como “Sueño”, “De la vieja Italia” o “El romance del bardo”. Este será el año del apogeo de su creación poéti-

ca, cuando sus poemas en prosa alcanzarán la inmovilidad de una forma perpetua.

Este es también el año cuando sus insomnios se hacen cada vez más persistentes e inevitables. En una carta del 3 de enero de 1930 desde Hamburgo, dirigida a César Zumeta en París, le dirá: “heredo el insomnio y lo sufro desde hace ocho años”. Lo que nos permitirá sacar la cuenta de que viene desde 1921 o 1922, años cuando su producción poética comenzaba el ascenso hacia la conquista de la forma que se congeló entre 1923 y 1924. Hay entonces una relación inmediata entre el insomnio de esos años con el desvelo y la vigilia del impulso creador, que impide el reposo. Sin embargo, después de cada poema debe sobrevenir la catarsis, la purificación, el descanso, o si se quiere, el “goce” ante la obra realizada. ¿Sintió él este alivio por el poema terminado, ese placer ante la belleza poética conquistada? “Sé muy bien que he creado una obra inmortal y que siquiera el triste consuelo de la gloria me recompensará de tantos dolores”, le escribe a Lorenzo el 25 de octubre de 1929. Por estas palabras, y por las que escribió a Trina su hermana, estamos seguros de que creía en su obra y de que sabía que su destino era la gloria. Sin embargo, no hay referencias de su euforia o entusiasmo después de concluir un poema, o de su reacción al verlo en primera página de *El Universal* ojeado por todos. Por consiguiente, el insomnio de estos años no fue por frustración o impotencia sino también por un deseo de crear que no admitía alivio, que no le permitía atrapar sino ráfagas momentáneas de sueño.

Ramos Sucre siempre había dormido poco desde niño, y luego, de adolescente, porque permanecía leyendo hasta muy tarde en su cuarto. Este hábito de dormir poco siguió en las pensiones de Caracas, cuando era el primero en el baño para su aseo, y el único en regresar a última hora. La falta de privacidad, el ruido de pasos, de voces y puertas interrumpiendo el silencio, rompían un sueño delicado como el suyo y lo desvelaban.

Todos, incluidos sus alumnos, sabían de este insomnio suyo, y de sus caminatas nocturnas de desvelado. Fernando Paz Castillo opina que él

dormía algo pero a deshoras, puesto que cuando de noche junto a Enrique Planchart revisaba los papeles de formación en la Cámara de Comercio, muchas veces Ramos Sucre entraba a acompañarlos mientras corregían “y entonces él cabeceaba”. Mientras que, según su alumno Carlos Augusto León, Ramos Sucre para 1924 o 1925 dormía muy poco y se decía que se acostaba en forma horizontal para descansar. El insomnio del creador, y el del hombre sometido a un excesivo trabajo y sufrimiento, tejieron una red cada vez más espesa, que sólo un largo tratamiento terapéutico de reconocimiento hubiese intentado penetrar. Pero Ramos Sucre, en cambio, para esta fecha, comenzó a probar con hipnóticos de todo tipo, dando inicio así a otro grave problema, el de su dependencia de estas drogas.

La escala al cenit de la poesía

Ya había alcanzado la cumbre del poema en prosa, pero uno de los precios que pagaba era el insomnio. En ese año 1925 sólo en *El Universal*, hasta septiembre, aparecen, en primera página, trece poemas en prosa, entre ellos “El episodio del nostálgico” y “Trance”. También, en *Billiken* del 4 de julio aparece “El fugitivo”, otra de sus obras maestras. Y en *La Nación* había entregado “El culpable”.

Todos estos poemas pertenecerán al libro que recopila toda su obra hasta entonces, en cuya revisión y edición había estado trabajando, *La torre de Timón*, que saldrá en agosto, mes en que comenzará a ser entregado a todo el medio intelectual. Esta vez no podía pasar por debajo de la mesa porque ya sus poemas habían sido vistos asiduamente, más que leídos, casi semanalmente, en los diarios y revistas. La primera reseña, como debía ser, salió publicada en *El Universal* del 30 de septiembre de 1925, firmada por el entonces poeta y crítico Gabriel Espinosa, quien admite que hasta ese libro lo había considerado sólo un abogado “con ribetes literarios”, pero que ahora sabía que era un poeta. Lo importante es su recuerdo de un Ramos Sucre en el diario leyendo siempre en voz alta el poema a punto de entregar, con tanta originalidad en la entonación, en “la acentuación voluntariosa y la

comicidad” que “ha hecho sostener a alguno la superioridad del Ramos Sucre verbal sobre el Ramos Sucre escritor”, índice de que no comprendía los poemas que su voz iluminaba, y por eso, la juzgaba superior. Esta descabellada afirmación crea la añoranza del timbre perdido de esta voz pausada y baja que todos elogiaron, quizás la única capaz de registrar la entonación justa de sus poemas. Crea la nostalgia del poder perdido de la palabra oral que Ramos Sucre poseía gracias a su conocimiento y dominio de la retórica. La nostalgia de querer oír en su voz el poema que hemos leído para que encarne.

Ese 3 de octubre, en la recién fundada *Elite*, publicó Fernando Paz Castillo la primera de sus reveladoras reseñas del hombre y de su obra, a la que llama “poesía en prosa”. Es él quien notó que en ninguno de sus poemas aparece el “que”, lo que es cierto sólo en la poesía escrita después de 1924, y también, en toda la de sus dos últimos libros. Asimismo, el 14 de ese mes, Pablo Domínguez en *Fantoches* se atreve a confesar ingenuamente su desconcierto, lo que “hará sonreír un poco a Ramos Sucre, seguramente”.

La siguiente reseña apareció sin firma en *La Nación* del 16 de octubre, y la cito, por la publicación, por primera vez, de su última foto que entregó en la ocasión del libro pero que sólo esta revista reprodujo. Es un rostro que aún no ha cumplido treinta y cinco años ya envejecido, expuesto de frente, sin disimular su demacración y agotamiento, la tristeza en el pliegue de los párpados sobre los ojos y el rictus contenido de los finos labios. Un rostro excavado por el sufrimiento y el insomnio.

Ese mismo mes también recolecta en su forma final cincuenta y cuatro de las “frases lapidarias” que ensayaba ante sus alumnos y amigos, dándoles el título *Granizada*, con dedicatoria “A Pedro Emilio Coll”, y publicadas en *Elite*. Luego las seguirá presentando en esta revista, y otras dos en *La Universidad*, con varios títulos humorísticos, como “Cencerro”, “Rugido”, “Buscapié”, “Tercero en discordia”, “Volatería”, “Pregón”, “Dogma”, “Réplica”, hasta que de nuevo las recopilará todas, en total 91, para una última publicación en *Elite*, el 7 de septiem-

bre de 1929, retornando a su primer título *Granizada*, con dedicatoria a Augusto Mijares.

Ramos Sucre no reunió en sus libros estas frases, las dejó en las revistas, como confiando sólo en su poesía. O pensó en recopilarlas más adelante porque cita una de memoria en Ginebra, el 18 de mayo de 1930, en su carta a Lorenzo: “La vanidad consiste en medirse con nuestros semejantes y el orgullo consiste en medirse con el ideal de la perfección. Este pensamiento es mío y salió con otros muchos en *Élite* antes de venirme yo. También ha sido reproducido en el extranjero”. La “Granizada” en *Élite* lee: “El orgulloso se compara con el ideal de la perfección y el vanidoso se compara con los demás hombres”. Estas frases, asociadas hoy al espíritu aforístico por ser intensas, sorprendentes y ambiguas, resultan imprescindibles para acercarnos a su pensamiento crítico y paradójico. La “Granizada” conserva y perfecciona algunas de aquellas frases que parecían incomprensibles, y por las cuales también se le consideraba “extraño” o “demente”. Uslar Pietri recuerda que a veces lo llamaba “de paso y le soltaba una especie de chirigota, él decía “los godos son oblicuos” y esas cosas así.” La “Granizada” es: “los godos son zurdos”. Otras veces era muy serio. El novelista Julián Padrón, su alumno, recuerda haberlo oído afirmar que la mejor religión era la dignidad humana, sin clero ni altar. Asimismo, Gabriel Espinosa reitera que él decía no necesitar iglesias ni dogmas de moral sino que le bastaba un concepto pagano de la dignidad humana para respetar a todos los hombres. Todo esto se concentró en la “Granizada” imperativa: “Fundemos, por fin, la religión de la dignidad humana, una religión inteligible, sin clero ni altar”.

José Antonio Ramos Sucre había entregado su libro de poemas en prosa a todos, entre ellos a los grandes críticos del momento, pero éstos se abstuvieron de opinar. Tenía que ser así porque el libro era oscuro, nuevo, difícil de comentar y de relacionar con la poesía del pasado o la del momento, que buscaba la ruptura con la tradición. Él regresaba a lo antiguo y a las fuentes del latín y del griego, y esto parecía a todos un ejercicio de perfección formal estéril, “que no tenía

sentido, pero que formaba parte de esa extrañeza de él...”, dirá Uslar Pietri recordando que cuando la poesía andaba en la vanguardia “él andaba muy metido en sus cosas de los viejos clásicos”. Muy admirado, eso sí, lo reconoce, pero no como renovador de la poesía, sino como hombre plenamente versado en lenguas y culturas.

La torre de Timón –hay que recordarlo– contiene los treinta y siete textos del libro anterior, y además, el de Humboldt, en un orden renovado, después de ser sometidos a modificaciones y cambios. E integra los cuarenta y ocho poemas nuevos, muchos que había publicado ya en *El Universal*, como he señalado, o en revistas. Asimismo, los dos artículos “Filosofía del lenguaje” y “Sobre la poesía elocuente”. En total, recolecta ochenta y ocho textos, de los cuales dieciocho no son de poesía. Esta reunión o confusión de géneros, que interrelaciona la prosa y la poesía, como en *El hacedor* de Jorge Luis Borges, parecía no tener razón. Alguien asimiló el libro a “un cajón de sastre”.

Sin embargo, también habría que preguntarse, ¿por qué eligió la forma poema en prosa? Si él hubiese elegido cualquier tipo de verso, nadie habría dudado de que era poesía. Así, prevaleció en la mayoría el recelo de que se trataba de “relatos líricos”, “cuentos comprimidos”, “leyendas resurrectas”, “crónicas”, “cuadros”... Esto explica en parte su continua exclusión de nuestras antologías de poesía, incluso las mejores, hasta finales de 1970.

Cuando él se apoderó de la forma “poema en prosa”, que había sido inventada por Aloysius Bertrand, con su único libro *Gaspar de la Noche. Fantasías a la manera de Rembrandt y de Callot*, editado póstumamente en 1842, se estaba pronunciando por un concepto innovador de los modelos poéticos que los ampliaba al hacer participar a la prosa de la poesía y, por tanto, sujeta a unidades de medida, ritmo y armonía. A partir de esta reunión de prosa y poesía, Ramos Sucre inventó su propio modelo de poema en prosa, mucho más ceñido a formas fijas que detuvo hasta el final. Por consiguiente, Ramos Sucre no era “antiguo” cuando eligió el poema en prosa. En cambio, muchas de sus palabras sí lo son porque provienen de libros de otros siglos del

español, que ya no están en los diccionarios de hoy, mientras otras se registran como poco usadas o arcaicas. Así que no inventó neologismos como tantas veces se repite, sino que rememoró, para regenerarlas, muchas palabras olvidadas de siglos anteriores. En los “abedules incurvados por la borrasca”, “la belleza descaecida”, revive adjetivos, según el DRAE, “poco usados”. Los comunes serían “encorvados” o “decaída”. En “la sala encubertada de negro” usa de nuevo un verbo antiguo. O regresa directamente a la fuente latina: “acerbando mis dolores de proscrito”, “la cauda luminosa”, “los sones...flébiles”, “las aves procelarias”. O descubre la etimología: “su tumba, asombrada por áspero matojo”..., “la disoluta abundancia de sus aguas”, todos ejemplos tomados de este primer libro. Ramos Sucre aconsejaba a Lorenzo consultar cada día el diccionario. “Todas las palabras están en el diccionario”, le dictaba. Por consiguiente, también están todas las suyas que el lector tendrá que aprehender después de mucho cotejar para hallarlas esperando en su sitio. Decir que él las encontró en los libros y las sacó a la luz en sus poemas, ¿no es parte argumental de su biografía?

Este libro es, entonces, el final de un largo y trabajoso viaje desde 1912, en el que están las etapas, las rutas que luego no continuó, las formas verbales que eliminó, hasta cuando se detuvo en la forma depurada, decantada e inmóvil del poema en prosa que reiteró y contuvo sin variantes, hasta el final. También hay que reconocer que muchos de los poemas previos, los que se acercan o preanuncian el modelo final, son memoriosos (adjetivo que él usó en “los viajeros memoriosos”, antes que Borges en su relato), y hacen lamentar que no los hubiese recordado para volver en su acuerdo cuando, después de haber publicado sus siguientes dos libros, desde la alteza del vuelo poético, se sumergió en el vacío de la esterilidad creadora.

1926-1929, altura y desenlace del poema

Las noches de creación y de insomnio

Después de su libro, Ramos Sucre no cesará de mostrarse ante los lectores porque en octubre, noviembre y diciembre de 1925 aparecieron en *Elite* tres nuevos poemas, que luego pertenecerán a *Las formas del fuego*, en este orden “Crepúsculo”, “Cenit” y “Una tregua de la Iliada”, que en el libro será “El sacrificador”. De ahí que no haya intervalos entre su primera producción poética y la siguiente. Es tal la continuidad que si el libro hubiese sido editado en diciembre, a él hubiesen pertenecido todos los poemas que escribió en los cuatro últimos meses del año, más de los tres publicados.

“El tiempo es una invención de los relojeros”, esta frase oída de sus labios que tanto perturbó a su alumno Carlos Augusto León, y que luego fue incluida en *Granizada*, es una burla a quienes creen saber qué es el tiempo. En este sentido, a partir de 1923 no hay manera de recuperar el orden cronológico de sus poemas, cuáles fueron escritos en 1925, cuáles de 1928. De ahí que los doscientos cincuenta y dos poemas que producirá entre los meses finales de 1925 y 1928 (quizás dejó de escribir antes), son variaciones o modulaciones de una misma forma y de los mismos temas.

Ese año se muda de la pensión en la esquina de la Pelota donde residía cuando llegó a la plenitud del poema en prosa. De esta casa sólo tenemos el recuerdo de Fernando Paz Castillo, de que su cuarto quedaba en la antesala y de que lo mantenía cerrado, aunque alcanzó a ver tres escaparates llenos de libros. El lugar debió volverse insoportable, sin la más remota posibilidad de aliviar el insomnio que ya padecía. Esta nueva pensión, que sólo sabemos quedaba cerca de la Plaza del Panteón, será la última donde se hospedará hasta su viaje a Europa. En este cuarto alquilado serán imaginados, trabajados y conservados los poemas que luego entrarán en sus dos últimos libros.

El nuevo espacio, más limpio y tranquilo porque de otro modo no lo hubiese elegido, no traerá pausa para sus insomnios. A la larga decidió gastar “a rienda suelta”, como le escribe a Lorenzo el 20 de marzo de 1929, porque debió alquilar el cuarto de al lado. “De ese modo evito el peligro de su habitación por dos personas al mismo tiempo, de donde vendría el diálogo en la noche y mi enfado. He ocupado, pues, la pieza contigua”. Es consabido que a todo insomne, cualquier alteración del silencio, o de los rumores familiares de la noche, es suficiente para desvelarlo y volver irrecuperable el sueño. Sin embargo, este pasaje ha llevado a la especulación de que el verdadero temor era oír al lado suyo el “sonido del amor”. Pero la moral severa e hipócrita, “con facha de burro y alma de caníbal” de la época, que Ramos Sucre fustigó en su *Granizada* y en sus cartas, prohibía alquilar a parejas por la noche, o incluso recibir a personas de otro sexo en la habitación. Ramos Sucre necesitaba la seguridad del silencio para poder abandonarse al sueño sin temor de ser perturbado, y por eso quería desocupado el cuarto anexo. Y ni siquiera así fue posible.

No hay fecha cierta de cuándo comenzó a recurrir a los hipnóticos o narcóticos, las drogas para el sueño, como en ese momento las llamaban. Sin embargo, como una de las casas que más visitaba era la de su pariente Juan Almándo, primo de Ramón, el esposo de su hermana Trina, y aquél trabajaba como expendedor de drogas, según las recetas establecidas y registradas en la famosa botica “Braun”, debió ser él

su asesor en la supervisión y consejo, dado que no buscó tratamiento de un médico, cuando comenzó a probar los primeros compuestos químicos, como el hidrato de cloral, que tomó siempre, un sedante muy suave aún en uso. Después no le quedó más remedio que entrar en el mundo de los barbitúricos. Y será el elixir de veronal la única droga que le permitirá dormir algunas horas. El veronal, del nombre de la ciudad de Verona, llamado así por uno de sus descubridores, fue el primer sedante de la familia de los barbitúricos, con una acción que disminuye todas las funciones corporales y, por lo tanto, causa enervamiento, letargo, somnolencia o sueño profundo, según la dosis. Su uso prolongado produce dependencia, y su sobredosis provoca fácilmente la muerte. El veronal y todos los barbitúricos, por sus nocivos efectos secundarios, salieron del mercado en la década de 1960. Hoy sabemos, además, que alteran el funcionamiento neuroquímico del cerebro. Pero entonces el “Elixir de Veronal” se vendía libremente en las boticas, y se anunciaba como el más seguro e inofensivo de todos los narcóticos, el que recomendaban las clínicas.

Él sentía terror de las enfermedades que corrompían la integridad del cuerpo, y se negaba a las consultas médicas. De ahí que evitara enfermarse siguiendo muchos hábitos comunes de buena salud. Hizo de la higiene y la pulcritud una norma de vida sin excepciones. Era voz común que no bebía cuando estaba en compañía de amigos en alguna cervecería o café, y menos aún fumaba. Aparte de los raros momentos de compromisos sociales, estaba entregado de lleno a sus trabajos. El día lo gastaba en las diversas exigencias de sus clases y en la Cancillería, traduciendo documentos circunstanciales que no se conservaron. Él hubiese deseado tiempo libre durante el día para abismarse en sus poemas y sus libros, para revisar los últimos ejemplares recibidos de su librero en París, o los rescatados en algún remate. Pero las horas de soledad y de desvelo sólo eran posibles de noche en su habitación cuando se ensimismaba en la lectura y en el trabajo de poeta, que debía interrumpir cuando no podía más del cansancio. Entonces, agotado hasta el límite de su resistencia, tendido en el le-

cho, Ramos Sucre clamaba por el reposo del sueño. Pero éste se resistía a venir por sí solo, requería del puente que le extendían las drogas, cada vez menos viable, al punto de que cuando lograba franquearlo y dormir varias horas de corrido, lo declaraba un milagro. Su imposibilidad de dormir más de tres horas seguidas debió afinarse durante 1926 y 1928, los años de su mayor productividad poética, cuando escribió casi todos los poemas que después reuniría en sus dos últimos libros. De modo tal que para no desplomarse físicamente, para no enfermarse, pero sobre todo, para restituir a su “lastimado espíritu” el alimento del sueño, para la salud de su alma, Ramos Sucre se hizo dependiente del veronal, el único que le concedía entrada a las imágenes perdurables de la memoria, y a la fuente primigenia de la imaginación, los sueños. “He salido de esa ciudad, asentada en un suelo pedregoso, durante el sueño narcótico de una noche y he olvidado el camino del regreso”. El yo de “El clamor” de *El cielo de esmalte*, escrito entre 1926 y 1927, abandona su ciudad gracias a un sueño “narcótico”, clara alusión a que fue inducido por drogas, como el veronal, que le permitió a Ramos Sucre soñar este poema. En sus cartas a Lorenzo nunca habló de su sueño quebrantado sino indirectamente al pedirle a aquél no descuidar su salud: “No olvides que el primer capital es el organismo. Ojalá durmieras bastante y comieras a satisfacción. He allí los dos estribos de la salud”. Le escribe el 18 de noviembre de 1928 sin decirle, para no perturbarlo, que él mismo hacía años que sólo dormía con hipnóticos. “El recuento de enfermedades y desdichas aflige y deprime”, le repite en otra carta del 20 de marzo de 1929. Por esto, contadas veces perdió la paciencia, se irritaba o molestaba, lo que era notable por ser su disposición natural la gentileza. Su insomnio era inocultable por sus caminatas nocturnas, su demacración y palidez, por su irritabilidad inesperada. Entonces reconocía no haber dormido. Paz Castillo recuerda que una noche cuando lo acompañaba a caminar, le dijo con resignación: “Este insomnio terminará por matarme”.

El inmóvil deslumbramiento del poema en prosa

Pero Ramos Sucre estaba en la cúspide de su capacidad creativa. Ese año 1926 sólo en *El Universal*, entre junio y agosto, publicó siete poemas, entre ellos “Palimpsesto”, al que luego le cambió el título por “Ofir”, la mítica ciudad de Salomón. Un palimpsesto es un texto que ha sido borrado para escribir otro sobre él. Con el título, Ramos Sucre sugería que su poema provenía de muchas fuentes que él había reescrito. En este caso, sin el nuevo título “Ofir”, el lector no hubiese sabido a cuál ciudad fabulosa logró arribar el aventurero del poema, al ser Ofir una ciudad mítica, imaginada de muchas formas. Además, este poema muestra que Ramos Sucre también inventaba espacios paradisiacos, que tenía también una poesía feliz. “Palimpsesto” fue publicado el 27 de agosto. El 18 de septiembre, veintidós días después, aparece en *Elite* “La ensenada” con el mismo tema. Su título alude a la isla donde revive la edad de oro porque en ella está enterrado Homero. Son dos poemas que recrean mitos de la felicidad, escritos uno después del otro, lo que permite pensar en circunstancias afortunadas de su vida.

Además de “Ofir”, otros siete poemas dio a *Elite* entre septiembre y noviembre de ese año. Asimismo, en *La Nación* aparecieron dos, y en *Venezuela* uno, “Mar latino”, el 15 de noviembre, antes comentado. En total, dieciocho poemas que luego entrarán en *Las formas del fuego*.

En 1927 su poesía estará mucho más a la vista de todos en la prensa. Ese año aparecerán treinta y ocho poemas: veintiséis en *El Universal*, tres en *Elite*, ocho en *La Nación* y uno en *La Universidad*. De modo que cada mes el lector veía uno o cuatro poemas suyos, menos en octubre, lo que permite suponer alguna preocupación, enfermedad o crisis que le impidió entregar poemas a los medios desde el 30 de septiembre al 30 de noviembre, fecha cuando *El Universal* publica “Los elementos”. Al cotejar las fechas de las publicaciones se nota que a partir del 15 de febrero todos los poemas serán de *El cielo de esmalte*, su último libro. Lo que puede significar que para ese mes de febrero, en un poco más de un año, Ramos Sucre había producido los ciento veintiséis poemas de *Las formas del fuego*, su segundo libro. Había llegado a lo más alto

y se mantenía en un vuelo sostenido que duraba más de tres años, desde 1924, sin declinar.

El primer poema aparecido el 6 de enero de 1927 en *El Universal* tenía el nombre “A la sombra de la floresta de Ovidio”, luego sustituido por “Divagación” (con el sentido etimológico de vagar libremente) en *Las formas del fuego*. El bello título quizás fue eliminado porque recuerda demasiado el de la novela de Marcel Proust (1871-1922), *A la sombra de las muchachas en flor*, y parece probar que Ramos Sucre lo había leído y, por tanto, que también encargaba a sus librerías en París las últimas novedades literarias que sus amigos aseguraban no leía.

Entre los poemas mostrados ese año está el extraordinario “Omega”, publicado el lunes 12 de diciembre de 1927 en *El Universal*. En *El cielo de esmalte* “Omega” será el último, el poema del epílogo, así como “Preludio”, el primer poema de *La torre de Timón*, es una especie de prólogo. Los dos abren y cierran los libros con el mismo tema, el deseo de morir. El título “Omega”, la última letra del alfabeto griego, alude a las palabras del “Apocalipsis”: “Yo soy el Alfa y el Omega, el Principio y el Fin”.

Quando la muerte acuda finalmente a mi ruego y sus avisos me hayan habilitado para el viaje solitario, yo invocaré un ser primaveral con el fin de solicitar la asistencia de la armonía de origen supremo, y un solaz infinito reposará mi semblante.

En esta estrofa inicial el “yo” añora la llegada de la muerte, el solaz que tanto ansió Ramos Sucre. Como en toda su poesía, no hay miedo sino deseo y regocijo de morir. De ahí se sobrentiende que el mal y el sufrimiento pertenecen a la vida, no a la muerte, que es nostalgia de regresar al seno de la materia original. El “yo” se despedirá invocando “un ser primaveral”, una imagen del florecimiento que sea representación visible de la armonía, dando por sentido y sentido que a ella pertenecemos. Es propio de todo ser humano imaginar la muerte que desea, y sería justo que le fuese concedida. “Oh, Dios, dale a todo hombre su propia muerte”, clama Rainer María Rilke. Al terminar 1927 Ramos Sucre había vuelto a soñar su muerte sin sufrimiento ni ago-

nía como un regreso, es decir, una nostalgia, en el poema que situó al final de su libro, que sería también el último.

Ese mismo año se dio el debate sobre los movimientos de vanguardia y *El Universal*, del 25 de diciembre, publicó con el título “Una página vanguardista” su selección de doce poetas, entre los cuales lo incluye, con “Del país lívido”, junto a poemas de Antonio Arráiz, V. H. Escala, Pedro Rivero, Federico León, Pedro Sotillo, Fernando Paz Castillo, Víctor José Cedillo, José Nucete Sardi, Vicente Fuentes, Julio Morales Lara y Gabriel Espinosa, quienes, en ningún sentido pertenecieron a la vanguardia pero escribían, en ese momento, poesía fuera de los carriles del modernismo. Menos todavía Ramos Sucre, que se nutría del pasado y de libros antiguos, pero que les concedió un texto. Mientras, la revista *Cultura Venezolana* N° 81 de ese año, no lo incluyó en su selección de “Poetas venezolanos de vanguardia”, reseñada por *La Revue de l'Amérique Latine* del 30 de diciembre, donde aparece traducido al francés el poema de Antonio Arráiz.

Sin embargo, cuando se estudia la vanguardia poética en Venezuela siempre se empieza con la revista *válvula*, cuyo primer y único número salió en enero de 1928, con un editorial a cargo de Arturo Uslar Pietri, el abanderado del grupo que enunciaba su propósito de “renovar y crear”. Estos jóvenes “sin fe, con esperanza y sin caridad” le piden a Ramos Sucre, por respeto a su vasta ilustración, una colaboración y éste les entrega “El cortesano”, el poema que Ernesto Silva Tellería confundió con otro.

Enero del año 1928 se iniciaba entonces con un manifiesto rebelde de renovación de la poesía. Pero esta fecha marcará historia por otra rebelión, originada por los eventos del 6 al 12 de febrero de la Semana del Estudiante, que organizó la Federación de Estudiantes Universitarios y, luego en abril, llevó a la conjura estudiantil-militar que fracasó con cientos de los involucrados en las cárceles o el exilio. Muchos de los que intervinieron en estos sucesos históricos, la llamada Generación de 1928, habían sido sus alumnos en el Liceo Caracas, o compañeros en la universidad. Entre ellos poetas amigos como José

Tadeo Arreaza Calatrava, Jacinto Fombona Pachano, Gonzalo Carnovali o Andrés Eloy Blanco.

Ramos Sucre sufría por su parálisis ante los hechos, por su incapacidad para actuar en la historia. Subyugado por el tío y por la madre, por las fuerzas de la herencia, se consideró prisionero de las circunstancias. A Lorenzo se lo dice en su carta-confesión del 25 de octubre de 1929: “Uno no hace lo que quiere, sino lo que le permiten las circunstancias de herencia, educación, salud o enfermedad corporal, etc.” En este etcétera está el régimen de Gómez. Según una anécdota, la revista *Nosotras* quiso entrevistarlo para saber en qué época y país le hubiese gustado vivir, y molesto de que quisiesen divulgar su intimidad, se negó a responder. No hubiese sido bajo la tiranía de Gómez, ni en una pensión de Caracas.

¿Qué podía hacer entonces ante la derrota? Mostrar y exponer sus poemas en *El Universal* casi de forma exclusiva. Ese año 1928 aparecieron allí cuarenta y cuatro, que después incluirá en su último libro, *El cielo de esmalte. A Elite*, donde hasta entonces había entregado catorce y la mayoría de su “Granizada”, dio sólo “Penitencial” en un retiro voluntario, quizás porque esa revista había publicado dos parodias de sus poemas y no le habría hecho gracia.

Ramos Sucre habrá tenido sus motivos para elegir cuál de sus poemas entregaría a la prensa, así como los tuvo para desear mostrarlos. En ese momento los periódicos reproducían numerosos textos literarios, incluso novelas por entrega, para llenar el “vacío” de la información, y se publicaban lado a lado con las noticias del día, algunos en primera página, como los suyos. Pero nadie agradeció el privilegio de haber estado entre los elegidos que leerían antes que nadie, a primera hora y en el primer día, su poema dado a la luz. No hubo celebraciones. Sus amigos y alumnos lo leían en el diario, más por necesidad que por elección, puesto que lo iban a tropezar en algún momento del día y habría que decir “te leí hoy”. De modo que encontrar su poesía era inevitable porque así lo dispuso él. No para responder, sino sólo para preguntar sobre el secreto de su elección, doy un ejemplo: el 23

de febrero apareció su primer poema después de los hechos de la Semana del Estudiante, titulado “La vislumbre”, que en *El cielo de esmalte* será llamado “El tótem”. Este poema es una recreación de la figura del unicornio, que aquí es “el gamo unicorne”, cuya imagen augura felicidad cuando se deja ver. El narrador, emisario de un rey invencible, lo vislumbra a lo lejos (de ahí el título) cuando abandona para siempre el país inocente y elemental del cual es el “signo del feliz augurio”. Pero en el libro el título será “El tótem”, que resalta los poderes mágicos y regeneradores del símbolo. En el poema, la “vislumbre”, que era su primer título, es ver apenas o entrever la imagen del unicornio. En el contexto político de ese momento era la entrevisión de la esperanza. En el poema el país está regido por el símbolo del unicornio que expresa los deseos eternos de pureza, inocencia, simplicidad. Mientras que en ese momento la realidad histórica (¿y la nuestra?) estaba dominada por símbolos del mal y del sufrimiento humano. Lo notable es que Ramos Sucre no haya seleccionado un poema que muestre imágenes de “espanto y crueldad” como los hay también en este libro, de tortura y muerte. No eligió, por ejemplo, “Los gafos”, sobre la lepra que roe a los enfermos. Eligió un poema que revive un mito de pureza y de inocencia para enfrentar la historia. Y la superó, porque la única noticia que la prensa dio ese día fue su poema.

Un poema como éste marca la distinción entre *Las formas del fuego* y *El cielo de esmalte*. En el primero, Ramos Sucre viaja a las zonas oscuras, reprimidas o inconscientes, instintivas, de la mente del hombre para explorarlas. Sin ningún tipo de freno, sus malvados gozan de libertad total para practicar y proclamar su perversión. Por esto, *Las formas del fuego* es el libro de la poesía del mal vista desde adentro porque varios de sus poemas están narrados por el “yo” del malvado. Pertenece a este libro “El knut”, que es látigo en ruso, publicado en *Élite*, el 16 de octubre de 1926. Allí el “yo” narrador, por venganza y placer, logra que un famélico joven campesino sea azotado por todo el ejército “formándole calle”, hasta su muerte, en una tortura común durante la época de los zares. Al menos en quince poemas es el manda-

rín, el nómade, el rajá, el protervo, el cortesano, el musulmán, el prelado quien ejercerá libremente su maldad, expresada en suplicios, depredación, exterminio, violación, venganza e insidia con total impunidad. Mientras que en los poemas de *El cielo de esmalte* desaparecen estos “yo” protagonistas del mal Los personajes serán testigos, víctimas, pacientes del mal pero nunca sus autores, ni actores, ni sicarios. El “yo” es un testigo que sólo puede asistir a la muerte de su amada o de un compañero, a las torturas, a la guerra, a las intrigas sin poder hacer nada, como el yo de *Los gafos*, que presencia la lepra y sigue su camino. Aún hay más. En *Las formas del fuego* los espacios de felicidad invariable están en sólo dos poemas, “La ensenada” y “Ofir”, en los otros hay apenas destellos. En *El cielo de esmalte* sólo “El tótem” y “La juventud del rapsoda” son pueblos esenciales y puros. Sin embargo, en este libro hay otra especie de dicha, la aparición de figuras o sombras que se incorporan de la muerte y se dejan ver para socorrer o aliviar al sufriente que las invoca. Las doncellas muertas, que son símbolo permanente del dolor en toda su poesía, ahora regresan al mundo como sombras o fantasmas que guían, consuelan y salvan. Son la respuesta a las plegarias de quien las invoca como a los santos, o a las almas de los muertos pidiéndoles milagros. Sólo en un caso, “Isabel”, publicado en este diario el 25 de septiembre de 1927, la doncella rompe las cadenas terrenales para elevarse en vida al cielo, tal y como la virgen María: “Dijo mi nombre entre loores y promesas antes de transfigurarse y perderse en el espacio...”, relata su piadoso padre espiritual al contemplar su ascensión. En todos los poemas publicados ese año en *El Universal*, menos en dos, siempre estará presente el dolor por la muerte de una mujer, víctima del mal del mundo (que es también la enfermedad y la vejez). Pero al menos en treinta poemas ésta se ha transfigurado en imagen o sombra milagrosa y protectora.

Este libro es el regreso de su memoria a las vidas de santos que nutrieron su infancia, las efigies religiosas ante las cuales él también se arrodilló en las iglesias y pidió milagros, “yo demandaba el favor sobrenatural”, porque era un niño y sus padres y mayores no lo amaron.

No es el libro de un creyente cristiano, sino de un poeta que recupera imágenes y fábulas de su niñez: la doncella incorruptible en su ataúd de vidrio, los fantasmas o “ánimas” que aparecen, la visión de seres celestiales, los milagros de la Virgen y de los santos, el ángel de la guarda siempre al lado, todas manifestaciones de la gracia divina. En “El peregrino de la fe”, reproducido el 26 de febrero de ese año, un penitente en una isla pobre recibe al fin en sueños el mandato de irse, y en la costa un prócer celestial, según él narra, “favorecido con el semblante y la sabiduría de San Jerónimo, me esperaba a breve distancia en el barco del pasaje y lo dirigió con su voz”. Es creencia cristiana el ángel de la muerte que viene por el alma al abandonar el cuerpo. Pero en el poema espera al peregrino Jerónimo el santo, quien hizo vida de ermitaño dedicada sólo a la escritura y lectura de los libros santos. Pero en su memoria personal este es el nombre de su padre y pudo imaginar que estaría junto a él a la hora de la muerte esperándolo para conducir el viaje.

Al menos la mitad de los poemas de *El cielo de esmalte* reelaboran poéticamente estas creencias religiosas. Los personajes que las profesan son piadosos e ingenuos como un niño y quizás, por eso, acceden a las visiones celestiales. De ahí que su acción de gracias sea arrodillarse: “Yo presenciaba una visión aérea. Los símbolos de la fe ganaban una forma espiritual y despedían voz. Yo caí de rodillas bajo el cielo radiante”.

Esta ensoñación del “yo” de “Evangelio”, en *El Universal* del 11 de diciembre de 1928, ilumina por un instante “el valle sombrío” que es la tierra. Así debió ser José Antonio hasta que el padre Ramos terminó con el encantamiento religioso de su niñez. José Antonio, adolescente y adulto, nunca regresó al culto de las efigies religiosas ni a las iglesias, ni a la religión sino sólo en su poesía.

Enero de 1929 prometía ser un mes con muchas publicaciones porque el día 2 José Antonio regresa a *Elite* con “El sedentario”, sobre la magia de Fausto que ahuyenta al murciélago de Satán. Y el 7 y el 8 de ese mes, en *El Universal*, entrega “Fantasía del primitivo” y “Los senti-

dos iluminados”, pertenecientes a su ciclo religioso. El primero, ordenado como el penúltimo poema de *El cielo de esmalte*; y el segundo, el número treinta y nueve del libro. Pero será el último que publicará por la prensa porque se atravesó el destino.

Entre ruinas, la detención de la poesía

El 17 de ese mes de enero de 1929 Caracas, a primera hora, será estremecida con la noticia de que a las siete y media de esa mañana un terremoto de apenas treinta segundos de duración había vuelto escombros a Cumaná. *El Universal* desde el siguiente día se declaró de luto y en campaña como todos, y en sus páginas sólo aparecerán noticias con los pormenores de la catástrofe, testimonios de los sobrevivientes, de la recolección de medicinas y de bienes, y manifestaciones de solidaridad de todas partes.

La Catedral, la Iglesia de Santa Inés, el Castillo de San Antonio, las casas de la calle Sucre, la de los abuelos, se vinieron abajo, así como la totalidad de las viviendas. Sin embargo, casi toda la población pudo salvarse gracias a un primer temblor que dio tiempo de salir a las calles. No sabemos si José Antonio perdió algún amigo o conocido pero sí que sus hermanos, tíos y primos no sufrieron daño. Espacios visitados por muchos de sus personajes habían sido las ruinas, que eran signos de la decadencia y la destrucción, como los reinos abolidos o difuntos, los palacios fulminados, las aldeas extintas, los monumentos profanados, las estatuas descabezadas, o la arruinada mansión de recreo donde agoniza uno de ellos. Ahora leía el periódico para visitar a su ciudad en ruinas. Para oírla en las historias de familiares y amigos llegados a Caracas en espera del regreso, o para abandonarla. Su Cumaná era ahora la ciudad perdida que había imaginado en sus poemas, “el reino de escaldas”.

Por dos años José Antonio había trabajado sin detenerse en la creación y escritura de 240 poemas, que además supervisaba cuando los entregaba a la prensa. El ritmo de estas publicaciones era cada vez más intenso, como indicando que concebía y terminaba más poemas

cada año. Su poder y fuerza creativa se mantenían en apogeo y él no podía dejar de escribir un solo día para reponerse del agotamiento. Sin embargo, debió saber que estaba llegando al límite y que podría colapsar por falta de sueño a pesar de las dosis mayores del hipnótico. Sumado a que el proceso de creación significa ansiedad y sufrimiento y conlleva necesariamente a trastornos emocionales. Quizás en busca de una regeneración espiritual José Antonio quiso inventar imágenes de felicidad, y las encontró en la memoria de su infancia religiosa. De ahí el inicio de un nuevo ciclo, el de sus poemas místicos que están en *El cielo de esmalte*. Ese enero de 1929 tenía todas las intenciones de seguir presentándose por la prensa porque en la primera semana ya habían aparecido tres poemas suyos. Entonces ocurrió el terremoto de Cumaná y José Antonio no publicó más. Es cierto que durante ese mes y el de febrero las primeras páginas de los diarios estuvieron dedicadas sólo a la catástrofe; pero, paulatinamente, ya para marzo, aquélla había dejado de ser noticia. Únicamente sus poemas no regresaron a ocupar su espacio en la primera página de *El Universal*.

La poesía de José Antonio se había detenido. La tragedia de Cumaná había sido el acontecimiento que puso fin a la presentación de sus poemas en la prensa. Pero ya en algún momento de 1928 había dejado de escribir nuevos poemas. Sólo trabajaba en la revisión de los ya compuestos, era el artesano y el crítico que releía incesantemente su propia obra.

“Pasado mañana cumpla cuarenta años y hace dos que no escribo una línea”, le escribe José Antonio a Dolores Emilia en su última carta de Ginebra el 7 de junio de 1930. Si tomamos esta afirmación en su literalidad José Antonio habría dejado de escribir en junio de 1928. Pero es seguro que sólo esté contando los dos años anteriores a 1930 y no el mes. La paradoja es que el año de más publicaciones por la prensa sea el del declive y fin de su capacidad creadora. Si enumero desde el mes de su cumpleaños, en junio de 1928 publicó cuatro poemas, en julio tres, en agosto seis: los días 11, 13, 15, 17, 28 y 31; en septiembre, cuatro; todos los meses del año al menos tres. Entonces ¿cómo adivi-

nar cuándo comenzó a perder su fuerza creadora? Él afirma que no escribió una línea desde algún momento de ese año, pero tenía ante sí páginas con cientos de poemas pasados en limpio o por pasar, que continuaba leyendo y afinando sin recuperar su fuerza de creador. Y de ahí que debía elegir uno de entre tantos para *El Universal*, leerlo en la sala de redacción del diario por última vez en voz alta para oír la entonación, esperarlo al siguiente día en primera página y probar su permanencia. Él tenía plena conciencia de su valor, sabía que “había creado una obra inmortal” pero no podía continuar produciéndola. Había colapsado.

José Antonio tenía que reconocerse enfermo y buscar un tratamiento médico. Físicamente lucía más acabado que nunca. Comía muy poco y a disgusto solo pocos alimentos, estaba mal del estómago y derrumbado por el insomnio. Ramón Almándo, el esposo de Trina, se trataba una amibiasis en Caracas con el cumanés Salvador Córdova, el médico de la familia. Fue Córdova quien le diagnosticó una enfermedad parasitaria, una amibiasis intestinal. En la Escuela de Medicina ya funcionaba la cátedra de Parasitología desde 1922 y, por lo tanto, había especialistas y el tratamiento adecuado para esta infección muy común en el país. Pero la amibiasis era sólo una parte que explicaba su estado general de agotamiento físico. Su enfermedad tenaz era el insomnio que requería de terapia o de consulta con un psiquiatra, opción que José Antonio nunca hubiese aceptado. Él sabía mejor que nadie, en carne propia, porque era poeta, la relación de la creación con el insomnio, con el sufrimiento y la locura. Sabía de artistas que en ese momento habían recurrido a ayuda psiquiátrica, incluso a la moda de la hipnosis, pero le era impensable profanar sus conflictos o represiones, abrirle su alma a un médico. La única puerta abierta entonces era un cambio de hábitos de vida, irse a Europa. Había sido un crimen esperar tanto, para su salud, y para su obra, que no se conocía fuera del país. Su vida en Caracas ya no daba para más. El Canciller Pedro Itriago Chacín le aseguró su nombramiento apenas se presentara la primera vacante en el servicio exterior. Lo esperaba el viaje tanto

tiempo deseado, el que había hecho en su imaginación y en su poesía, el viaje de renacimiento que soñó para sus personajes que se arriesgan a buscar la curación en otras tierras.

Las formas del fuego y El cielo de esmalte

La partida era entonces inminente y José Antonio debía decidir el destino de los 258 poemas escritos en los dos últimos años, entregados en gran parte, 107 de ellos, a *El Universal* y otros cuantos a varias revistas.

No los ordenó en un solo libro sino que los separó y dividió en dos, de ciento cincuenta y nueve y ciento cincuenta y siete páginas cada uno para que fuesen simétricos. En el primero incluyó 126 poemas bajo el título *Las formas del fuego*. Y en el segundo, 132 poemas, más breves que los del anterior, con el nombre de *El cielo de esmalte*. Esta distribución hace pensar que poemas del segundo libro pasaron a formar parte del último, interrumpido por la esterilidad creadora. Así que ordenó su obra en dos unidades distintas cuando supo que debía viajar a Europa, cuando creyó que podría curarse del insomnio y recuperar su capacidad poética, que volvería a soñar. Por ello, editar estos dos libros, sobreponiéndose a su estado físico y mental, fue un acto de fe y no una despedida.

¿Cuál es, en resumen, el punto de distinción que llevó a su separación en dos libros? No es la fundación de la lengua poética que se mantiene incommovible desde 1924 y 1928, fechas entre las cuales fue perpetuada. Tampoco cuenta la cronología porque es una lengua intemporal. José Antonio quiso distinguir *El cielo de esmalte* porque este libro recreaba símbolos e imágenes del Cristianismo y de la vida después de la muerte, porque las mujeres víctimas del mal retornan al mundo santificadas como figuras protectoras, sombras transparentes, como imágenes visibles para quienes las invocan, el último tema que trató desde 1927 hasta 1928 cuando no pudo continuarlo.

Como todos los otros, los libros fueron revisados y editados por él mismo, esta vez en la "Tipografía Americana". En cuanto al mes de su

aparición, el 30 de julio fue la muerte legendaria de Salmerón Acosta en medio de una tormentosa lluvia, así que ha debido ser cerca de esta fecha y antes del 19 de agosto, cuando José Antonio dedicó a Lorenzo los suyos. Por lo tanto, también coincide su publicación con el fracaso de los revolucionarios que desembarcaron en el *Falke* el 11 de agosto en el puerto de Cumaná, a quienes *El Nuevo Diario* del 13 de ese mes llamó “enemigos de la paz” y “filibusteros”, entre otros epítetos insultantes. Los diarios se llenaron de adhesiones al régimen y de repudio a la invasión durante este mes y el siguiente, mientras que muy poco espacio hubo para estos dos libros que fueron las dos obras maestras de la poesía venezolana en el siglo XX. De hecho, este fue el año “dorado” del siglo XX de nuestra literatura porque febrero vio la edición en España de *Doña Bárbara* y junio, en Francia, la de *Las memorias de Mamá Blanca*.

Una reseña de V. M. Pérez Perozo, fechada en Quito, fue publicada en *El Universal* el 13 de octubre; otra de José Nucete Sardi salió el 29 de octubre en las páginas del mismo diario. En esta última, Nucete, su amigo y compañero en la Cancillería, reitera la afirmación sobre la superioridad de su lenguaje oral: “Hay que conocerlo, su charla es precisa y fulgurante (...) pareceme escuchar su carcajada nerviosa, sarcástica, mefistofélica...” *Cultura venezolana* de septiembre, N° 97, los reseña en la sección “Los libros”, sin firma, pero atribuida a Leopoldo Landaeta, como escritos faltos “de ilación”, y con risible definición los llama “cuadritos aderezados con esmero nimio”. Asimismo, *Elite* publicó en noviembre otra reseña, también anónima, firmada “El orate”. Y *El Universal*, el día de su viaje a Europa, reprodujo la nota de Pedro Sotillo que en noviembre había salido en *Cultura venezolana*.

Esta es toda la recepción crítica a la que se refieren las famosas líneas de su carta a Lorenzo del 25 de octubre de 1929: “Los juicios acerca de mis dos libros han sido muy superficiales. No es fácil escribir un buen juicio sobre dos libros tan acendrados o refinados. Se requieren en el crítico los conocimientos que yo atesoré en el antro de mis dolores”.

Él alude no sólo al trabajo poético de purificación y decantación de su lenguaje, que regresa a las fuentes originales latinas, y se regenera con palabras y giros de siglos anteriores, sino también a las imágenes culturales, las historias y mitos que su poesía recrea. Su obra es para un conocedor de la literatura y de la historia del hombre, un amante del lenguaje, un iniciado en la cultura universal. Pero también para un lector con imaginación y con alma, capaz de sentir y disfrutar la revelación de la belleza poética.

José Antonio estaba consciente de que los críticos y los lectores no comprenderían la originalidad de su propuesta poética. Sin embargo, prodigó sus poemas por la prensa con tal de verlos publicados, para ser leídos por su público histórico. No mereció celebraciones, ni elogios, ni reconocimientos, y era de esperarse. Su poesía tan “artista” y exigente requería un diálogo con otro creador que lo indujera a reflexionar sobre sus postulados y esclarecerlos. Pero no mantuvo comunicación epistolar con otros escritores o poetas latinoamericanos o europeos, que con seguridad pudo admirar, ni tampoco con los del país. Sólo en la frase antes citada él se refiere a la obra que entregó a sus contemporáneos pero que sabe recibirá sólo la posteridad.

Había sido un último esfuerzo sobrehumano editar y entregar sus libros a todo el mundo cultural. Pero al menos durante estos meses tuvo la compañía constante de sus primas Madriz Sucre, que permanecían en Caracas desde enero esperando la recuperación de su casa de Cumaná. Fue cuando por primera vez estableció una relación de intimidad y confianza con su prima Dolores Emilia. En su carta del 8 de abril de 1930 desde Ginebra, en respuesta al agradecimiento de sus hermanas por las lisonjas que les había dirigido, le dice: “He allí unas mujeres humanas, dulces y encantadoras. Siempre he admirado el carácter de esas primas gentiles. Viviendo en Caracas no me he acercado bastante a ustedes. Hoy lo lamento más que nunca”. El acercamiento fue propiciado por la tragedia de Cumaná y por el estado crítico de salud suyo que debió conmover a las primas. Pero de todas, fue Dolores Emilia quien se hizo su íntima amiga, su paño de lágrimas.

mas y su confidente. “Te advierto que mis dolores siguen tan crueles como cuando me consolabas en Caracas”. Le escribe en su última carta del 7 de junio en Ginebra recordando que ella mitigaba en aquel entonces su dolor con su presencia y sus palabras, y ahora estaba solo. Dolores Emilia poseía todos los atributos para que él sintiera alivio y reposo a su lado. “Ustedes son el sosiego”, le dice en otra carta en plural porque todas compartían esta virtud propia de lo femenino protector. Sin embargo, la relación se dio sólo entre los dos y no con todas. Dolores Emilia en ese momento tenía veintiséis años y lo que podía esperar era casarse enamorada y tener hijos, para lo cual ya era tarde según la época, en la que desde los veinte años una muchacha era “solterona”. Debió imaginar que esta intensa amistad con su primo podría convertirse en amor. Pero no era el momento. José Antonio estaba demasiado delicado de salud, agotado y desesperado por su insomnio, en espera de un viaje que debía decidirse de un momento a otro.

El destino resolvió que fuese el Consulado en Ginebra el primer cargo disponible en el servicio exterior y cuando el Canciller se lo ofreció, él no tuvo que pensarlo para decir que sí. El 26 de noviembre, el presidente Juan Bautista Pérez expidió las letras patentes con su nombramiento de Cónsul en Ginebra ante la Confederación Suiza, refrendadas por la firma del Canciller y por la suya propia. Y el 27 recibió el pasaporte diplomático N° 78, consistente sólo de un folio sin fotografía, firmado por el Canciller.

Lorenzo había pedido esperarlo para despedirse, pero el 30 de noviembre de 1929 le escribe:

No he podido diferir mi viaje hasta el arribo del “Orinoco”, el 7 de diciembre. Me veo precisado a coger el “Manuel Armís” y salgo en él mañana. Necesitaba mucho hablar contigo, pero las diligencias de un viaje a Europa, dada mi pésima salud, son innumerables y me he visto en el caso de efectuarlas precipitadamente...

Yo me prometo ver a Blanca en Maiquetía.

Yo permaneceré dos meses en Hamburgo, después de encargarme del consulado en Suiza.

Te escribiré una vez instalado, cuando mi dirección sea definitiva.

No hubo explicaciones posteriores del por qué de este adelanto del viaje, pero se infiere que fue para ingresar lo antes posible al Instituto Tropical de Hamburgo. Un grupo de sus amigos, también de la Cancillería y del Liceo, bajaría a La Guaira a despedirlo. Y en Maiquetía se encontró con Blanca, la esposa de Lorenzo, tal como se lo prometió. De su familia, debieron estar con él Juan e Isabel Almándo con su hijita Luisa Elena, y de los primos, Dolores Emilia. Con seguridad impidió que su madre y Carmen bajaran al puerto para desearle un buen viaje porque ellas fueron incapaces de quererlo, como le escribió a Lorenzo en carta sin publicar. Era un enfermo el que viajaba, y las únicas palabras de augurio tenían que ser por su restablecimiento para que pudiera disfrutar de las maravillas que ya había vivido en los libros y en la imaginación. Su última imagen fue la sonrisa deseada de Dolores Emilia. Debió creer que era posible salvarse.

Le habían traído *El Universal* que, en el centro de la primera página, reproducía su última foto con el titular: “Renombrado escritor venezolano que hoy se ausenta para el Viejo Mundo”, y abajo publicaba el trabajo de Pedro Sotillo “Sobre el cumanés José Antonio Ramos Sucre” que ya había leído en *Cultura venezolana*. Pero él siempre supo que el mundo real era irreal.

Diciembre 1929- junio 1930, la **estancia en Europa**

A partir de este momento sólo se tendrán noticias suyas por su correspondencia con Dolores Emilia, Lorenzo y Luis Yépez, dos cartas a César Zumeta, otra a José Nucete Sardi, y eso es todo. Están también algunos informes y misivas de funcionarios en Ginebra al Canciller Itriago Chacín, conservados en los archivos de la Cancillería. En el barco necesariamente encontró a conocidos y se relacionó con otros pasajeros con quienes, por obligación y cortesía, ha debido pasar gran parte de su tiempo pero no hay testimonio de ninguno de ellos, tampoco de los muchos que estuvieron con él en Europa.

El 21 de diciembre, cuando el vapor amaneció en el puerto de Génova y por primera vez tuvo la visión real de los espacios culturales tantas veces recreados en su poesía, habrá sentido la emoción de quien regresa a una posesión recuperada. Era el viaje a la fuente de sus conocimientos y su imaginación, y debió sentirse revivir porque no siguió en el tren expreso a Ginebra sino que se detuvo en Milán para contemplar la Catedral en cuyo diseño trabajó también Leonardo, y de la cual habló en carta a su primo.

El 22 de diciembre llegó a Ginebra donde lo esperaba J. J. Hurtado Machado, el Encargado de Negocios del Consulado General en Berna

y, como él, se alojó en el Hotel Bellevue, que daba al Ródano. Hurtado era un funcionario con más de veinte años de servicio en Europa y amigo personal del Canciller. Es él quien da la primera noticia suya en su carta del 8 de enero de 1930, dirigida a Itriago Chacín donde le cuenta los pormenores de su encuentro. Fue Hurtado quien lo puso en posesión del Consulado en la Rue du Rhône 39, una vía céntrica con elegantes joyerías, bancos y restaurantes frente a un parque que colindaba con el Ródano. Le presentó al administrador del local, lo llevó a la Secretaría de la Sociedad o Liga de Naciones en el Palais des Nations para presentarlo a los empleados. No estaba en la ciudad M. Constantin, el Vice-cónsul ad honorem, a quien el Canciller había encomendado los asuntos mercantiles del Consulado durante su ausencia. Ni Luis Yépez, el Cónsul General en Berna, quien lo supliría hasta su regreso. Al final de su informe, da su opinión sobre José Antonio: "Permíteme que me concrete ahora al punto Sociedad de las Naciones. Me parece que la designación de Ramos Sucre es muy acertada, pues a más de sus cualidades de caballero, lo adornan intelectualmente otras poco comunes. Soy el primero en aplaudir su nombramiento".

No era para menos, nadie mejor que él para tomar la palabra en la Sociedad de Naciones o para las funciones consulares. Su amabilidad y gentileza, aún más notables porque estaba muy enfermo, se ganaron la amistad y la protección de Hurtado con quien estuvo también esas dos primeras noches en Ginebra, como escribirá a Luis Yépez el 29 de diciembre desde Hamburgo: "El Dr. Hurtado y yo hablamos afectuosamente de ti cada noche de nuestra entrevista en el Hotel Bellevue".

La respuesta del Canciller el 8 de febrero de 1930 fue para darle las gracias: "Te agradezco el amable y eficaz cumplimiento que has dado a las instrucciones que te fueron comunicadas en ella concernientes al buen amigo Ramos Sucre."

El 24 y el 25 de diciembre serían para reconocer los espacios que se volverán costumbre, para pasear a orillas del Ródano que había imaginado leyendo las conquistas de César, detenerse ante el lago Lemán, de donde los alemanes tomaron el nombre. Por primera vez lo acom-

pañaban la paz y la soledad que había deseado para su poesía, vivía el silencio y la quietud de una ciudad purificada por la reforma religiosa, estaba en un lugar de su imaginación, pero no lograba dormir. Aunque había prometido esperar a Luis Yépez, su amigo desde sus estudios en la Universidad Central, que lo pondría al día en el manejo del Consulado, tuvo que huir a Hamburgo para adelantar su hospitalización en el Instituto.

Hamburgo y el Instituto Tropical en invierno

En esta primera carta del 29 de diciembre se justifica con Yépez: “Te he esperado hasta el 27, día de mi viaje precipitado para Alemania. Debiera decir mi fuga. Deseo mucho hablar contigo”. Era como un enfermo de muerte que se duele al contemplar una belleza que no podía gozar. Sin embargo, algo fue más fuerte que su enfermedad, quizás mirar el río de los mitos germanos, el Rin que limitó el avance de César, o el lago Constanza, que aparecen en su poesía, porque se detuvo un día y una noche en Basilea, como le cuenta a Dolores Emilia en su primera carta del 8 de enero ya en Hamburgo cuando le habla de la mujer europea: “Aquí la veo muy afanada y en Basilea me sirvió el desayuno una princesa, una aparición”.

El 29 de diciembre debió registrarse en el Hotel Esplanade de Hamburgo y habrá intentado comunicarse con el Dr. Mühlens para pedirle la orden adelantada de hospitalización pero aquél no se reintegraría al Instituto hasta el 2 de enero. Le quedaba permanecer prisionero en “la nevada urbe monstruosa” que había soñado en su primera juventud como una premonición en “Entonces”, donde un exilado melancólico ve a la indefensa niña pasar estremecida por “una violenta ráfaga de invierno”. Hamburgo era así, contenía más de un millón de habitantes, era el segundo puerto de Europa y la gran ciudad industrializada que había devorado, con su negra faz, el pasado. Sin embargo, dejó el Hotel para dirigirse al Consulado General de Venezuela, a cuya dirección, Ferdinandstr. 58, le llegaría la correspondencia. El Cónsul era “el incomparable” Rafael Paredes Urdaneta, su amigo de la

Cancillería, quien lo invitaría a cenar con él en familia el fin de año y por educación habrá asistido.

Hablaba bastante bien el alemán, pero lo oía con dificultad, escribirá después a Dolores Emilia en su primera carta del 8 de enero. Pero lo leía a la perfección y será Goethe el autor que elegirá para acompañarlo en estas primeras noches de insomnio. El 2 de enero se realizó su primera entrevista con Mulhens, a quien consultaba por recomendación de médicos venezolanos que lo conocían, y el 4 de enero será hospitalizado en el *Tropeninstitut* en el que se someterá al tratamiento para la amibiasis. A veces él sintetiza y escribe que está en la clínica, o casa de Muhlen, significando que éste dirigirá su caso en el Instituto donde también será estudiado por una junta de médicos, no sólo la infección intestinal sino el insomnio que no le daba reposo.

Durante este tiempo de su hospitalización hasta el 6 de febrero, José Antonio escribirá dos cartas a Dolores Emilia y otras dos a Luis Yépez, pero no se han conservado las que necesariamente escribió a Lorenzo, o por pérdida involuntaria o por decisión suya. Lorenzo era el único a quien debió dar el recuento y los detalles específicos de su enfermedad, así como de su tratamiento. Debió pedirle confidencialidad para resguardar la intimidad de su cuerpo. Además, le daría como un hecho cierto que se sanaría porque en sus otras cartas no habla más del estado de su salud, menos de su insomnio, como si fueran problemas resueltos.

Su primera carta desde el Instituto es del 5 de enero, dirigida a César Zumeta, Ministro de Venezuela en París, en respuesta a la suya. Zumeta era uno de los más prestigiosos e influyentes intelectuales del régimen y en Europa actuaba como su principal figura defensora. La carta de José Antonio es de elogio y de respeto: "Huelga decirle que le profeso a usted invariable simpatía desde mi niñez, y que ninguna causa me desviará de cultivarla. Yo me honro con un superior de sus cualidades". Esta simpatía se entiende en relación con su obra periodística y ensayística que él debió admirar por su don de síntesis e ironía. Además, en su estado de invalidez necesitaba un padre poderoso y protec-

tor con quien compartir sus lecturas y comentar la política europea. De hecho, en esta carta habla del episodio del *Wilhelm Meister* de Goethe, cuyo título cita en alemán, aunque es improbable que el positivista Zumeta tuviera interés en leer sobre “los escrúpulos de un alma nostálgica, agitada por intereses teológicos”. Es a él a quien da el primer diagnóstico de su enfermedad: “Yo le suplico indulgencia con una persona afligida por insomnios agónicos, enemigos directos de las facultades mentales. Según parece un parásito del trópico ha ocasionado esta ruina”. De ahí que los insomnios desaparecerían una vez curada la amibiasis, y pueda prometerle “ir a París y darle un abrazo”.

El 7 de enero José Antonio responde a José Nucete Sardi pidiéndole advertir a Pedro Sotillo “que se equivoca al calificarme de misógino. Yo soy para cada mujer un hermano y ninguna puede acusarme de negligente en su servicio, mucho menos de cruel. Los aforismos son disparos al aire”. Promete escribir a todos los compañeros de la Cancillería al menos una vez, y le repite la opinión médica de que su insomnio está relacionado con la infección bacterial: “espero curarme del intestino, autor de mi derrumbamiento. Los insomnios, de una tenacidad inverosímil, amenazan de cerca mis facultades mentales. El sistema nervioso es un escombro”.

A Dolores Emilia le responde el 8 de enero muy conmovido por encontrar su carta esperándolo y por su afecto y solicitud:

Niña incomparable:

He besado mil veces tu carta y la oprimo continuamente contra mi pecho. ¡Cuán llena está de tu generosidad! La amabilidad, carácter fundamental de ti y de tus hermanas, me ha seducido siempre y me tiene cautivado. Yo no aprecio sino esa sola cualidad y la virtud austera o con facha de burro y alma de caníbal merece a cada paso mi abominación. La austeridad es una forma de la crueldad.

Sobre su enfermedad habla con esperanza: “Me prometen curarme, levantarme de esta fosa”. Se deshace en elogios de las mujeres europeas, de las primas, de las hermanas del Sanatorio que “advirtieron

desde un principio mis horribles insomnios y me rodearon dos noches como palomas y me arrullaban en el bellissimo idioma alemán, el idioma de la canción. La mujer es una criatura celeste”.

Sin embargo, en su segunda carta del 5 de febrero, el día antes de que le dieran de alta, le advierte que sólo el miedo al suicidio le permite sufrir con tanta paciencia: “Yo mismo no sé qué tengo. Sospecho que todo este horror provenga de una enfermedad parasitaria y así mismo piensan dos especialistas consultados. Pero si el malestar posee existencia independiente y no deriva de esa infección, estoy perdido”. Por esto le pide que no venga en abril como le anuncia, porque “Para esa fecha no se habrá decidido todavía el tremendo problema de mi salud”. Antes le había escrito que encontraba a Europa “discorde y empobrecida”, eran los años de la gran depresión del capitalismo; ahora elogia la libertad y tolerancia de los europeos: “Por cierto, en toda Europa se es inmoral, se vive y se deja vivir a los demás. Los rugidos de la virtud antropófaga no se oyen por aquí. Los europeos trabajan espantosamente y son muy afables. Aquí nadie echa maldiciones ni blasfema. Estos son países muy cultos. Yo debí nacer en Europa porque soy profundamente corrompido o sea humano”.

A Yépez le escribe el 13 de enero, preguntándole qué hacer para domiciliar su sueldo en Ginebra, y pidiéndole conservar el local del Consulado. Pero no hay mejoría: “Yo sufro infinitamente y los insomnios anulan mis facultades mentales”. La siguiente carta es del 6 de febrero cuando el Instituto “declara que la enfermedad intestinal ha sido curada perfectamente. Me ordena pasar a un sanatorio en Merano...” Sin embargo, José Antonio sigue en agonía: “Los desórdenes nerviosos, mi desesperación, no han cesado todavía. Son muy singulares y me desconciertan por completo. Los insomnios siguen siendo horribles. Si estos fenómenos no desaparecen, habré caído en la desgracia más profunda. Perdería mis facultades mentales”.

En este estado de postración, el 7 de febrero, tomó el tren para Merano, deteniéndose en Frankfurt una noche para, al siguiente día, ver bajo la luz invernal la ciudad que alumbró a Goethe. Y siguiendo la

vía de Munich entró a Italia por el paso del Brennero, la ruta histórica que la une con Austria.

El Tirol italiano, el reposo en Merano

Los médicos de Hamburgo lo enviaban a Merano para restablecerse del agotamiento y quitarle los hipnóticos, según le escribe a Dolores Emilia el 5 de febrero. Esta ciudad, que había sido la primera capital del Tirol, situada en un valle protegido por los montes Dolomitas, cercana a la frontera con Austria, era uno de los sitios más recomendados por los médicos y científicos del momento para reposar y convalecer debido a su clima moderado durante el invierno, y por sus depósitos de aguas termales que permitían incluso cultivos mediterráneos como la vid y el olivo. Era una ciudad de villas, hoteles, parques y paseos, habilitada para la quietud y la paz mental, en donde el silencio era tan profundo que en las comidas se oían los cubiertos. José Antonio llegó a “Villa Stephanie”, una construcción de tres pisos con balcones frente a jardines y parques que llegaban hasta el río Pasirio, que cruza el centro de la ciudad. No era un sanatorio como él lo llama sino una casa de reposo con médicos alemanes que supervisarían su convalecencia, en su caso, su régimen de desintoxicación de los hipnóticos, de alimentación y reposo. Actualmente es una casa de cura para ancianos enfermos. Durante su permanencia allí, desde el 10 de febrero hasta el 11 de marzo, sólo escribirá a Luis Yépez cinco cartas en total porque le preocupaba el envío de su sueldo, o la renovación del arrendamiento del Consulado. Y en todas le hablará del curso de su enfermedad. En su primera carta del 13 de febrero le hace el recuento:

Los médicos de Hamburgo, entre ellos un especialista en las enfermedades nerviosas, me examinaron de pies a cabeza y sólo descubren una debilidad profunda. Lo mismo dice aquí el director del sanatorio.

Yo me siento herido de muerte. Puedo pasar horas continuas en la cama sin hacer movimiento y sin intentar dejarla. Te advierto que el sentimiento de la debilidad no tiene nada de agradable. Yo espero que todo este proceso me conduzca a una consunción, a una tisis.

Ya había paseado por la ciudad, puesto que la cura incluía largas caminatas para estar al aire libre y al sol, y de ahí que pueda hacerle este comentario: “He descubierto aquí un vestigio de Goethe, la calle de su nombre. (...) El poeta alemán debió de residir aquí al dirigirse a Italia. No poseo los medios para verificar esta conjetura. Recuerdo precisamente su estancia en Trento, donde descubrió un solo edificio distinguido: un palacio atribuido al diablo, fabricado por él en una sola noche”.

La calle Goethe es la vía que va desde la Plaza del Teatro y del puente sobre el río hacia el norte de la ciudad. Pero José Antonio no cuenta ya con su “prodigiosa memoria” porque había olvidado que el poeta alemán cuando visitó Italia por primera vez en 1796 entrando por el paso del Brenner o siguió sin detenerse cincuenta horas por la ruta principal que pasa por Bolzano hasta llegar a Trento, primera ciudad italiana donde se quedó a dormir una noche. Él había leído su *Viaje por Italia* y en “El año desierto” había recreado esta leyenda que Goethe recogió a su paso por Trento: “la maravilla del edificio, refugio de mi desesperanza. Había surgido en una sola noche, según la fábula de los humildes, y por un arte réprobo”. Tampoco experimentaba la profunda regeneración espiritual que sintió Goethe en Italia al contemplar por primera vez los monumentos de la antigüedad clásica que admiraba tanto como él, porque a pocas horas de Merano estaba el palacio de su poema, así como todos los sitios que había visitado en su imaginación pero no se movió para verlos. Es en este mismo párrafo cuando erradamente describe la composición étnica del Tirol: “Muchos eslavos”. La población del Tirol, acabado de recuperar por Italia en 1919, era en su mayoría germánica y aún lo es; y allí José Antonio habló siempre alemán, que habrá perfeccionado, y muy poco el italiano “la amada lengua” que Goethe emocionado oyó por primera vez en Trento.

Como persisten sus insomnios y su debilidad extrema, José Antonio quiere pasar también en Merano el mes de marzo, y así se lo dice en su carta del 24 de febrero, pautando una primera entrevista para el 1 de abril. Pero ocurre un vuelco imprevisto. Yépez había sido depuesto de

su cargo en Berna y nombrado Cónsul en Cartagena, Colombia. José Antonio le responde el 25 de febrero atribulado por este “descenso”: “Me voy a encontrar muy solo en Suiza cuando te hayas ausentado. Yo poseo el hábito del sufrimiento, pero estoy fatigado de la vida interior del asceta, del enfermo, del anormal. Leopardi es mi igual. Tú me habrías servido mucho y nuestra amistad es fraternal”.

De modo que José Antonio interrumpirá su tratamiento para regresar a Ginebra antes del viaje de Yépez con quien necesitaba hablar “miles de asuntos” sobre el Consulado. En su última carta del 1 de marzo, aún esperando el aviso de su viaje, le pide conseguirle una pensión “donde haya buena alimentación y silencio y gente cortés”. Será Yépez entonces quien elegirá la pensión Huguenin en la zona de la Universidad.

La primavera dolorosa de Ginebra

El 11 de marzo José Antonio ya estará en Ginebra y Hurtado se lo informa al Canciller: “Acabo de recibir carta de Ramos Sucre. Regresó el 11 a Ginebra. Continúa con sus insomnios. Los médicos alemanes no le encontraron lesión alguna sino debilidad general”.

José Antonio despacharía solo en el Consulado, un espacio con ventana hacia la calle y el río, amoblado, según el inventario, con un escritorio y un sillón para el cónsul, dos sillones de cuero y una mesita con su alfombra para los visitantes, una silla y mesa con una máquina de escribir *Continental* en donde escribiría los informes y cartas, dos armarios-biblioteca llenos de libros oficiales y dos archivos, además de un colgador de sombreros y una cesta de papeles, muy poco que mantener en orden. Tampoco eran demasiados los trámites desmenuzados por Yépez, quien también le habrá contado la intriga que le costó el puesto, los comentarios adversos de algunos funcionarios extranjeros sobre su comportamiento social en Berna. Yépez permanecería en Ginebra más allá de la fecha prevista de su viaje, a la espera del nuevo Cónsul en Berna, el joven ingeniero Carlos Eduardo de la Madriz, emparentado con Dolores Emilia.

Sin embargo, el 18 de ese mes, apenas a los siete días de su regreso, José Antonio intentará suicidarse en esta oficina. Yépez informa a Hurtado en una carta, que éste transcribe al Canciller el día 21 cuando le da la noticia. El 23 de marzo Yépez escribirá al Canciller contándole de nuevo el hecho (entre paréntesis están las variantes significativas de su carta anterior):

El 18 en la mañana estuve con el Doctor José Antonio Ramos Sucre, en el Consulado, hasta las doce y media. Antes de separarnos le dije que quería verlo a las 4 de la tarde para tomar el té con él, a lo cual me respondió que él no podía verme porque tenía algo urgente que hacer (que él iba a hacer una visita). Al día siguiente, fui a buscarlo al Consulado y a la pensión (Huguenin) donde está alojado y me fue imposible encontrarlo. En la noche del mismo día vino a verme la señora propietaria de la pensión y me comunicó que Ramos Sucre había intentado suicidarse en el Consulado tomándose un frasco de cloral (veronal). Bajo la acción de la droga pasó toda la noche en la oficina (afortunadamente vomitó y el veneno no hizo efecto) y al día siguiente salió, pero en un estado tal de debilidad que se cayó, desvanecido. Allí lo recogieron los pasantes y después de haberlo conducido a una farmacia próxima, lo condujeron al Hospital Cantonal de esta ciudad. Allí le hicieron un lavado de estómago y le administraron los cuidados necesarios que su estado requería con urgencia.

Del Hospital Cantonal ha sido trasladado a la Clínica "Sismondy" muy cerca de Ginebra, en donde ha mejorado bastante, físicamente. Moralmente, el pobre amigo continúa triste y sombrío, y no deja de repetir que la sola solución para él es suicidarse, (porque ese es su destino) encerrarse para siempre, o no pensar.

José Antonio ya no podía más con el insomnio. En Hamburgo y en Merano sólo habían tratado su cuerpo, pensando que de él nacía el desarreglo. Habían llamado "debilidad" corporal a lo que en ese momento era probablemente una melancolía aguda, y que Freud y Jung hubiesen tratado como un tipo de depresión o de psicosis. No le preguntaron por su vida personal, por su pasado, quizás ni siquiera supieron que era un poeta que había perdido su capacidad para escribir, que era un creador y, por tanto, un caso único y enigmático. Sólo Sig-

mund Freud en Viena y Carl Gustav Jung en Zurich lo hubiesen tratado con psicoterapia, pero José Antonio nunca pensó en la posibilidad de tratamiento psicoanalítico.

José Antonio había decidido salir voluntariamente de esta vida, como el personaje de “Edad de plata”: “al notar los síntomas del tedio, al sentir las trabas y cadenas de la vejez”. En su caso, al sentir la pérdida de las capacidades mentales. Había vivido sólo la vida del espíritu y de la imaginación y no la de su cuerpo, que carecía, por eso, de recuerdos de felicidad. Y estar en Ginebra sin poder ir a la Universidad donde Ferdinand de Saussure había fundado la lingüística moderna en su curso, que él había leído en la primera edición, era estar muerto espiritualmente. De ahí que las pocas palabras que recuerda Yépez de su despertar a la vida fueran de tristeza por estar vivo, sin esperanza de recuperar su fuerza espiritual y creativa. Su destino tenía que ser el suicidio, morir a su hora para no traicionar las necesidades de su alma. Las otras opciones eran imposibles, vivir sin la poesía: encerrarse o no pensar.

Al tanto por Hurtado, el Canciller responde el 3 de abril a su segundo cable: “He sabido con sincero agrado que Ramos Sucre se encuentra mejor y con buena asistencia en una clínica. Ojalá pudiera restablecerse en forma duradera. Yo encarezco a usted nuevamente la conveniencia de continuar velando, dentro de lo posible, por ese buen amigo, a fin de que nada le falte en cuanto a vigilancia, cuidados y asistencia médica”.

El 21 de marzo José Antonio egresa de la clínica e inmediatamente se incorpora al Consulado, como si estuviese curado, a pesar de que sus palabras a Yépez hacían pensar que persistía en su idea. Allí escribirá a máquina un último poema, “Residuo”, con fecha “Ginebra, marzo de 1930”, después de esta experiencia de muerte con la que inexorablemente está asociado:

Yo decliné mi frente sobre el páramo de las revelaciones y del terror, donde no se atreve el rocío imparcial de la parábola...

Una forma casta, de origen celeste, depositaba en mis cabellos su beso glacial. Acudía a través de mi sueño de proscrito, a mi cama de piedra, fosa de Job, abismo de dolores de Leopardi. ¿Se habrán lastimado sus pies de azahar?

En el poema, un personaje perseguido y apátrida sueña con la muerte, que es la entrada a todos los misterios y terrores, y con una forma pura, como las que aparecen en *El cielo de esmalte*, que desciende a consolarlo mientras yace en el lecho de sus dolores, similar al de Job y Leopardi, en una identificación transparente con el sufrimiento del poeta. Según este sueño, en la muerte hay formas espirituales puras que ya no son las “vacías tinieblas” de “Preludio” o los átomos insensibles de Lucrecio. Asimismo, el título “Residuo”, más que al relato, alude al modelo que repite idéntico, sin signos de regeneración o de cambio, como una despedida de la poesía.

En ese mes de abril José Antonio reanudará su correspondencia con Dolores Emilia y con Lorenzo, sin decir nada de lo ocurrido y, lo menos posible, acerca de su enfermedad. Incluso, el 8 de abril de 1930, en su primera carta del mes a su “Prima adorada” comienza así: “Solo puedo asegurarte que no volverás a verme enfermo”, comprensible sólo como un anuncio de restablecimiento, ratificado más adelante al decirle: “Cuando me serene y vaya a París, me acordaré de ti. Te enviaré algo para que me recuerdes más”. Habría que pensar que luego de su experiencia con la muerte, José Antonio sintió una pulsión hacia la vida, una leve mejoría del insomnio, una recuperación de la esperanza que se manifiesta al recordar a su prima y al “maravilloso florilegio” de sus hermanas, o al hablar de la gente en Europa: “Aquí todo el mundo es cortés y risueño”. A Dolores Emilia, como antes, le pide defenderlo: “Tú sabes que personas interesadas han esparcido por allí que soy intratable. No dejes triunfar esa infame leyenda. Yo soy muy accesible y fácil”.

Del mismo tono es la primera carta a Lorenzo (que comprueba también que las anteriores no se conservaron), del 9 de abril: “Tu carta me produjo sumo bienestar. Tú eres providencial con mi vida. De ti no

pueden venirme sino bienes”. Ni una palabra sobre su enfermedad ni sobre Europa, sólo buenos deseos para sus sobrinas y reiteración de máximas sobre su trabajo o finanzas: “Ahorra, pero no negocies”. Desde esta carta y en las dos siguientes le recomienda a Luis Yépez que irá para Venezuela “de un momento a otro. Recíbelo muy bien. Él desea ser amigo tuyo”. Su siguiente carta del 24 del mes comienza: “Mi estado de salud no inspira ninguna alarma, y te digo esto para impedir que esta carta se torne sombría”. De ahí que debamos pensar que, en abril, José Antonio experimentó esta mejoría que manifiesta en sus cartas. Lo demás es para hablarle muy bien de Luis Yépez pidiéndole presentarlo a los suyos y a todos los amigos, “de modo que su estancia en Maracay le sea muy grata”. El mismo día le responde a la “Adorable Dolores Emilia” una carta del 10 de marzo, explicándole la imposibilidad de enviar unos juguetes alemanes que le encarga desde Ginebra, “una ciudad muy aburrida y lluviosa y no seduce a los viajeros. (...) Mi única esperanza es visitar París y comprarte allí algún objeto de arte”. Sin embargo, ya al despedirse, le escribe: “Yo no sé cómo estoy pero te aseguro que no siento mucho miedo a la muerte”. Tal pareciera de nuevo que las esperanzas sobre su enfermedad se han alejado y que la muerte aparece como posible. También porque, en su sano juicio, a José Antonio jamás le hubiese parecido Ginebra una ciudad aburrida sino propicia a la vida espiritual, y para la tan ansiada soledad, incluso por la lluvia. Y en su última carta del 28 del mes a Lorenzo, después de la continua reiteración de atender a Yépez, se dedica a explicar cómo enseñarle francés e inglés a Gladys, o cómo sus niñas comenzarán por leer libros de historia. Lo novedoso es que niegue haber tenido alguna relación con Unamuno: “Yo no puedo mandar mis libros a Unamuno. No sé cómo puede conocerlos. La opinión del mundo castellano es que mi literatura es nueva y sin antecedentes...” Esta opinión, atribuida al “mundo castellano”, más parece referirse al juicio unánime que tendrá la posteridad sobre su obra y no al del momento, cuando circuló sólo en Venezuela; y que él mismo asegura que Unamuno, gran conocedor de la literatura latinoamericana, no la hubiese leído.

El 27 de abril comenzará la reunión de la Asamblea de la Liga de las Naciones sobre el desarme, a la cual asistirá también como delegado el Ministro en París, César Zumeta, a quien José Antonio conocerá y atenderá junto con Hurtado Machado y el nuevo Cónsul en Berna, Carlos Eduardo de la Madriz. Las deliberaciones serán hasta el 2 de mayo, días durante los cuales debió conocer a muchísimos diplomáticos, entre ellos a Sir James Eric Drummond, el Secretario General, pero no subsisten testimonios de ello. Tampoco resta en los archivos de la Cancillería el resumen que debió redactar sobre los resultados. Sólo tenemos el comentario del propio José Antonio en su última carta a Lorenzo del 18 de mayo, en la que le pide hablar siempre bien de Zumeta, porque entre los dos se dio una relación afectuosa más allá de la política: “Aquí en Ginebra es muy considerado por los políticos europeos. Es bondadosísimo aunque sus enemigos digan lo contrario. Está casado con Margarita Gómez, cuñada de Ángel María Sucre. Él y ella me trataron como a un hijo. Vinieron a Ginebra en mayo actual”.

El sueño, que es el morir

En plena primavera y con Ginebra floreciente, aquellos primeros días de mayo debieron transcurrir sin visitas después de la partida de Yépez y Zumeta. La próxima noticia suya la brinda Hurtado Machado desde Berna al Canciller, en carta del 7 de mayo: “Ramos Sucre vino ayer a pasar unas horas conmigo y regresa ahora a Ginebra. Lo encontré en estado verdaderamente satisfactorio. Lo dejé en casa y se distrajo mucho. Sin embargo, siempre nervioso. Lo atiendo con el mayor cariño pues su alma infantil merece todo cuidado”.

Esta “alma infantil”, por sensible, impresionable, ingenua, pero también indefensa, no se enmascaraba detrás de la rigidez, frialdad y lejanía que recuerdan algunos alumnos, porque en Europa no se oían “los rugidos de la moral antropófaga”.

Sin embargo, la siguiente noticia suya que proporciona Hurtado al Canciller, el 26 de mayo de 1930, es diferente:

Por informes que rogué a la señora de la Madriz, quien está en Ginebra y conversa diariamente con Ramos Sucre, sé que la situación ha cambiado. Vuelve a su antigua idea y dice que no la realiza porque la señora de la pensión donde vive lo cuida mucho y que si estuviera solo en un apartamento, la llevaría a cabo. Con cariñoso esmero he procurado que aquella idea no volviera y hasta logré la venida de Ramos Sucre a Berna. El caso es complicado vista la dificultad que hay para convencerlo de que debe permanecer en una clínica. En Ginebra haré personalmente ante él todo esfuerzo para ver si lo alcanzo.

Desafortunadamente este viaje a Ginebra debió ser pospuesto para después del Congreso Internacional del Trabajo, que se reuniría en Bruselas el 9 de junio, al cual asistiría como delegado y como expositor, y ya para entonces sería demasiado tarde. El mismo José Antonio, en la última carta a Dolores Emilia, el 7 de junio, le confiesa su agonía:

Yo no me resigno a pasar el resto de mi vida, ¡quién sabe cuántos años! en la decadencia mental. Toda la máquina se ha desorganizado. Temo muchísimo perder la voluntad para el trabajo. Todavía me afeito diariamente. Apenas leo. Descubro en mí un cambio radical en el carácter...

Los médicos de Europa no han descubierto qué es lo que me derriba. Yo supongo que son pesares acumulados. Tú sabes que mi cadena fue siempre muy corta y muy pesada. Nací en la casa donde todo está prohibido.

Yo te suplico que disculpes estas confidencias. Beso las manos de las distinguidas primas y me despido así mismo de ti.

Escríbeme.

El 9 de junio, día de su cumpleaños, fue lunes y José Antonio habrá repetido sus costumbres de un día de trabajo. Temprano en la tarde, encerrado en su cuarto, atenderá el aviso de la cena para no inquietar a la señora de la pensión. Cuando cerró de nuevo la puerta, en algún momento de esa noche de su cumpleaños, acompañado por sus libros de Homero, Virgilio, Dante, Goethe, sus diccionarios, se tomó todo el frasco de veronal para el sueño eterno.

Sólo al día siguiente, al no abrirse su puerta a la hora acostumbrada, la señora se dio cuenta de que algo pasaba. En ambulancia lo llevaron al Hospital Cantonal el martes 10 y allí hicieron todo lo posible, incluso electroterapia, por sacarlo del coma profundo. El jueves 12, Hurtado Machado ya está en Ginebra desde donde informa por telegrama al Canciller: "Ramos nueva tentativa grave", y también Zumeta desde París el mismo día: "Nueva tentativa suicida Ramos Sucre éste requiere largo tratamiento especial. Ruégole instrucciones". El viernes 13 de madrugada, después de cuatro días sin recobrar la conciencia, pasó de esta vida para unirse al enigma del origen, como él mismo lo había deseado.

El día 16, en la Catedral de Notre Dame, se celebró la ceremonia religiosa y el día 30 su cuerpo viajó desde el puerto de Le Havre en el vapor *Guadeloupe* que llegó a La Guaira el día 17. Hasta el día 20 José Antonio permaneció en capilla ardiente en el Hospital San Juan de Dios. Y el día 21 fue su regreso a Cumaná, donde fue inhumado el 25 de junio en el panteón de los Ramos Martínez, para reposar junto a su padre en el antiguo cementerio, al pie del castillo, desde donde cuando era niño dominaba la vastedad del mar y del cielo.

- **Álvarez, Cristian.** *Ramos Sucre y la Edad Media.* Caracas, Monte Ávila Edit. 1991.
- **Beroes, Pedro.** *Tiempo y poesía de Ramos Sucre,* Caracas, Edit. Planeta Venezolana. Colección Ensayo, 1990.
- **Bravo, Víctor.** *José Antonio Ramos Sucre: poeta del mal y del dolor.* Caracas-Cumaná, Edición cultural universitaria. Universidad de Oriente, 1996.
- **Carrera, Gustavo Luis.** *El signo secreto. Para una poética de José Antonio Ramos Sucre.* Caracas-Cumaná, Edición cultural universitaria. Universidad de Oriente, 1996.
- **Gómez, Mercedes.** *Le poète sublimé, La question de la sublimation dans la psychose.* Mémoire de D.E.A., Université de Paris VIII Saint Denis. 2000. Manuscrito.
- **Hernández Bossio, Alba Rosa.** *Ramos Sucre, la voz de la retórica.* Caracas. Monte Ávila Editores, 1990.
- **López Pedraza, Rafael.** *Sobre héroes y poetas,* Caracas. Festina Lente. 2002.
- **Martínez, Tomás Eloy.** *Retrato del artista enmascarado.* Caracas. Edit. Poseidón, 1980.
- **Montejo, Eugenio.** "Aproximación a Ramos Sucre". En *La ventana oblicua.* Valencia. Dirección de Cultura. Ed. Universidad de Carabobo, 1974.
- **Paz Castillo, Fernando.** *El solitario de la Torre de Timón.* Caracas. Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, 1973.
- **Rama, Ángel.** *El universo simbólico de J.A. Ramos Sucre.* Cumaná. Universidad de Oriente, 1978.

- **Ramos Sucre, José Antonio.** *Obra poética.* Caracas. Ediciones de la Biblioteca. Dirección de Cultura, Universidad Central de Venezuela, serie Poesía, 1979 Prólogo: Carlos Augusto León, *Las Piedras mágicas*, 1945.
 _____. *Obra completa.* Caracas. Biblioteca Ayacucho, 1989, LXXVIII Prólogo de José Ramón Medina; cronología y bibliografía de Sonia García.
 _____. *Las formas del fuego.* Madrid, Siruela, 1988. (Incluye *La torre de Timón*, *El cielo de esmalte* y *Las formas del fuego*)
 _____. *Obra poética.* México, Fondo de Cultura Económica; Venezuela, Equinoccio, Eds. de la Universidad Simón Bolívar, 1999. Prólogo de Guillermo Sucre.
 _____. *Obra poética.* Barcelona. Colección Archivos, ALLCA XX, N°52, 2001 (Edición crítica coordinada por Alba Rosa Hernández Bossio)

- **Sucre, Guillermo.** "José Antonio Ramos Sucre" en *La máscara, la transparencia.* Caracas, Monte Ávila, 1975. México. Fondo de Cultura Económica, 1985.

- **Yrady, Benito.** Documentos, fotos, manuscritos, entrevistas a Arturo Úslar Pietri, Carlos Augusto León y Fernando Paz Castillo. En *Oriente*, Revista de Cultura de la Universidad de Oriente, Cumaná, N°10, 1981.

La constelación del pasado	9
La Cumaná de los orígenes	9
Tras las huellas de los Ramos	12
En el nombre sagrado de Sucre	16
El romance de la niña Sucre y del caballero Jerónimo Ramos	19
Cumaná 1890-1900, la casa y el sol de la niñez	21
Carúpano 1900-1903, el mar de los dolores	26
La “Libertadora” lucha por oriente y por Carúpano	30
Cumaná 1903-1910, la trama de la madre y de los libros	34
Un adolescente sufrido y cabizbajo	38
Caracas 1910-1913, un joven estudioso y desarraigado	45
La salida del prosista y la iniciación del poeta	50
Sobrevivir al naufragio de la esperanza	55
De 1914-1925, los trabajos y las obras de un poeta	59
El traductor e intérprete de la Cancillería	60
Las mujeres enclaustradas y difíciles de Ramos Sucre	63
Las lecciones de un eterno estudiante	67
Las trampas y los hierros de la historia	69
Derrotero del viaje, el poema	75
La invención del maldito y otras personas	78
La escala al cenit de la poesía	82

1926-1929, altura y desenlace del poema	87
Las noches de creación y de insomnio	87
El inmóvil deslumbramiento del poema en prosa	91
Entre ruinas, la detención de la poesía	98
<i>Las formas del fuego y El cielo de esmalte</i>	101
Diciembre 1929- junio 1930, la estancia	
en Europa	106
Hamburgo y el Instituto Tropical en invierno	108
El Tirol italiano, el reposo en Merano	112
La primavera dolorosa de Ginebra	114
El sueño, que es el morir	119
Bibliografía esencial	122

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

Primera etapa / 2005-2006

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

Segunda etapa / 2006-2007

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca
28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat
29. Morella Muñoz / Ildemaro Torres

30. Cipriano Castro / Antonio García Ponce
31. Juan Vicente González / Lucía Raynero
32. Carmen Clemente Travieso / Omar Pérez
33. Carlos Delgado Chalbaud / Ocarina Castillo D'Imperio
34. César Zumeta / Luis Ricardo Dávila
35. Carlos Soublette / Magaly Burguera
36. Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
37. Agustín Codazzi / Juan José Pérez Rancel
38. Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
39. Raimundo Andueza Palacio / Edgar C. Otálvora
40. Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
41. Rómulo Gallegos / Simón Alberto Consalvi
42. Eugenio Mendoza / Carlos Alarico Gómez
43. José Gregorio Monagas / Agustín Moreno Molina
44. José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
45. Gustavo Machado / Manuel Felipe Sierra
46. Rafael Arias Blanco / Manuel Donís Ríos
47. José María Vargas / Carolina Guerrero
48. Mario Briceño-Iragorry / Laura Febres
49. José Antonio Ramos Sucre / Alba Rosa Hernández Bossio
50. Laureano Vallenilla Lanz / Elsa Cardozo

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de enero de 2007, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

José Antonio Ramos Sucre

Alba Rosa Hernández Bossio

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

El mayor poeta venezolano de todos los tiempos murió en Ginebra, a los 40 años. El día que los cumplió, decidió buscar paz en la muerte, convencido de que no tendría ninguna otra alternativa para el insomnio que lo torturaba como una despiadada condena. Percibió que había perdido sus facultades creadoras, sintió que lo rodeaban el abismo y la soledad. "Los insomnios, de una tenacidad inverosímil (le escribió a su amigo José Nucete Sardi), amenazan de cerca mis facultades mentales". Con lucidez admirable, le añadió: "El sistema nervioso es un escombros".

José Antonio Ramos Sucre escribió tres obras estelares: *La torre de Timón*, *Las formas del fuego* y *El cielo de esmalte*. Muy poco comprendidos en su tiempo sus poemas en prosa, el poeta no dudó de que los escribía para el futuro. En lugar de besos y juguetes tuvo una madre lejana y áspera. De allí nació el desasosiego que no le dio tregua. Del desasosiego, su poesía. Escribir la biografía del gran poeta es tanto como intentar un interrogatorio incesante: descifrar cada enigma, cada palabra, cada gesto.

Tarea semejante no se asume a menos de que todos los instrumentos hayan sido afinados; así, cuando Alba Rosa Hernández Bossio comenzó a escribir, o, sea, a interrogar las múltiples esfinges de la vida y la obra de Ramos Sucre, ya conocía a fondo sus poemas en prosa; la singular cultura clásica del poeta, su obsesión con la muerte. Ella nos dice: "Como en toda su poesía, no hay miedo sino deseo y regocijo de morir. De ahí se sobreniente que el mal y el sufrimiento pertenecen a la vida, no a la muerte, que es nostalgia de regresar al seno de la materia original". En suma, una biografía escrita para vivirla, disfrutarla o, quizás, padecerla.

Simón Alberto Consalvi



J-00012242-3

EL NACIONAL

J-00002949-0

BANCARIBE 